

# Revista medellín

---

teología y pastoral para américa latina  
vol. XXV - nº 138 / Junio 2009 - ISSN 0121-4977

---

## Hacia una Revaloración de la Piedad Popular



**Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM**  
**Instituto Teológico-Pastoral para América Latina - ITEPAL**

# medellín

Teología y Pastoral para América Latina  
Revista Trimestral Fundada en 1975

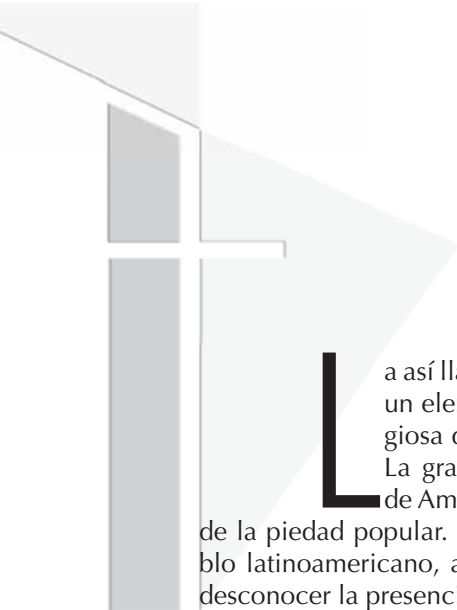
La revista Medellín, fundada en 1975, es una publicación trimestral del ITEPAL, especializada en temas teológicos y pastorales. Busca ser una expresión profética y sapiencial del continuo redescubrimiento que la Iglesia Latinoamericana y Caribeña hace de sí misma, iluminando nuestra realidad desde la fe.

Está dirigida a: estudiosos, investigadores, docentes de teología y pastoral, agentes pastorales en general, así como a alumnos y exalumnos del ITEPAL

Director	P. SALVADOR VALADEZ FUENTES Rector del Itepal
Equipo Editorial	Mons. BALTAZAR PORRAS CARDOZO Arzobispo Responsable del ITEPAL Mons. JOSÉ LEOPOLDO GONZÁLEZ Obispo Secretario General del CELAM P. SALVADOR VALADEZ FUENTES Rector del ITEPAL Mons. GUILLERMO MELGUIZO YEPES Vice-rector Pastoral del ITEPAL P. PAULO CROZERA Vice-rector Académico del ITEPAL
Colaboradores	P. Luis Ávez de Lima, sdb (Brasil) P. Carlos María Galli (Argentina) Dra. Olga Consuelo Vélez (Colombia) P. Leonidas Ortiz Lozada (Colombia) P. Roberto Russo (Uruguay) P. Fidel Oñoro (Colombia) Dr. Pedro Morandé (Chile) P. Álvaro Cadavid Duque (Colombia)
Distribución y suscripciones Pago On-line (Internet)	Luis Guillermo Pineda Moreno (ITEPAL) Enviar solicitud a: <a href="mailto:editorial@celam.org">editorial@celam.org</a>

Dirección: Avenida Boyacá No. 169D-75 Tels.: (57-1) 667 0050 - 667 0110 - 667 0120  
Fax: (57-1) 677 6521 Bogotá, Colombia  
E-mail: [revistamedellin@celam.org](mailto:revistamedellin@celam.org)

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.  
Impreso en Colombia - Printed in Colombia


 La así llamada “*piedad popular*” es, sin lugar a dudas, un elemento esencial de la identidad cultural y religiosa de los pueblos de América Latina y el Caribe. La gran mayoría de las manifestaciones culturales de América Latina llevan la impronta de expresiones de la *piedad popular*. De hecho, “la Patria, en su contexto de pueblo latinoamericano, al hacer memoria de su identidad, no puede desconocer la presencia y aporte de la fe cristiana tan arraigada a su nacimiento y desarrollo. Desconocer este dato, o clasificarlo como una información lateral, es desconocer los elementos constituyentes del alma de las naciones de la América mestiza y creyente” (Marco A. Ordenes Fernández).

No es de extrañar, por tanto, el lugar tan relevante que dicho tema ha tenido en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y, por ende, en el documento conclusivo, en donde se reconoce que: “La *piedad popular* es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda” (DA 284). El texto dedicado a la *piedad popular* en *Aparecida* es el mejor logrado hasta hoy en los documentos del magisterio.

Dada la pertinencia y relevancia del tema, hemos creído oportuno entregar en este número 138 de nuestra revista el aporte de un grupo de expertos que nos ofrecen una serie de reflexiones desde diversos enfoques, siempre desde la óptica de *Aparecida* y el proyecto de la Misión continental.

El título de este número, *Hacia una revaloración de la Piedad Popular*, hace alusión a la preocupación y, al mismo tiempo, a la propuesta que subyace en la temática abordada, a saber: el imperativo pastoral inaplazable de revalorizar la *Piedad Popular* como un dinamismo de renovación eclesial y un camino auténtico de discipulado y misionariedad.

Sin embargo, cada artículo nos ofrece elementos particulares que, vistos en una mirada de conjunto, nos presentan un panorama variopinto de la gran riqueza de la *piedad popular*, así como el enorme potencial que encierra para hacer de nuestras Iglesias verdaderas comunidades de Discípulos y Misioneros.



La piedad popular, debidamente revalorada y creativamente asumida, puede ser “la puerta grande” para construir el modelo de Iglesia que Aparecida sugiere: una Iglesia Discípula, Misionera, Madre, Pedagoga, Samaritana, etc. Es un hecho fácilmente comprobable que el eje transversal de la Piedad popular en los pueblos de América Latina y de El Caribe es la Virgen María. Y, justamente, Aparecida sugiere tomar a María como modelo, pues ella “es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional y burocrática” (DA 268). Además, “la Virgen María, por su fe (cf. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. Lc 2,19.51) es la discípula más perfecta del Señor (cf. LG 53)” (DA 266).

En suma, tal como nuestros autores lo señalan, la piedad popular: es una genuina expresión de identidad, encuentro, experiencia y acogida (Mons. Marco A. Ordenes Fernández); es un punto de sinergia entre mística popular y pastoral urbana (Jorge R. Seibold S.J.); es un camino de inculturación, integración y renovación de la Liturgia romana (Pe. José Ulysses da Silva.CSsR.); es un factor de conversión pastoral, es decir que “la religiosidad popular es algo que no sólo exige discernimiento, sino que ella misma es eje de discernimiento para la evolución de distintos modos de la vida auténtica de la Iglesia. Los pastores y teólogos están llamados a ‘purificar’ la religiosidad popular, a condición que ellos mismos se dejen “purificar”, a su vez por la religiosidad popular” (Fr. Carlos Rockembach); es un auténtico lugar de encuentro con Cristo en la vida comunitaria (P. Felipe de Jesús de León Ojeda); y un verdadero desafío pastoral para los santuarios (Jorge Eddy Solórzano).

Cerramos estas exposiciones con un breve pero valioso artículo, que nos ofrece una visión sintética y comparativa de lo que han aportado las Conferencias Generales de Medellín a Aparecida en relación al tema que nos ocupa (Noel Londoño).

En conclusión, la piedad popular constituye un “precioso tesoro” de la Iglesia católica en América latina, con una gama enorme de elementos que no pueden ser desconocidos para la realización de la misión continental, sobre todo ante el desafío de una sociedad que marcha hacia una creciente secularización. Dicho con palabras de uno de nuestros autores: “Cuando se buscan los caminos para la renovación de los procesos evangelizadores para la América latina y el Caribe, no es posible considerar a la Piedad popular como un elemento secundario o de adorno festivo para los momentos masivos de la expresión pública de la fe cristiana y católica; porque si bien estas expresiones son masivas y populares, a la vez son profundamente personales y contemplativas” (Marcos A. Ordenes).

Salvador Valadez Fuentes  
**Director**



## Piedad Popular, en las categorías de identidad, encuentro, acogida y experiencia

Marco A. Ordenes Fernández\*

### Sumario

La piedad popular constituye un precioso tesoro de la Iglesia católica en América latina en medio de una sociedad que experimenta una creciente secularización. Frente al desafío de una nueva evangelización y misión continental permanente, esta expresión de mística popular contiene elementos que no pueden ser desconocidos en la transmisión y comprensión de la Fe. Este artículo reflexiona en torno a las categorías de identidad, encuentro, experiencia y acogida, como elementos clave en la evangelización y presentes, a nivel de categorías existenciales, en la piedad popular. La dimensión discipular del creyente se genera en el encuentro que es experiencia de acogida con la Buena noticia de Jesús y su Evangelio, generando una identidad que marca no sólo a la persona, sino a la comunidad, y que muestra la presencia de Dios en su historia y cultura.

---

\* Obispo de Iquique, Chile; Responsable de la Sección de Piedad Popular y Santuarios, del Departamento de Misión y Espiritualidad del CELAM.



**Palabras clave:** Piedad popular, Identidad, Encuentro, Acogida, Experiencia, Catequesis.

**Sumário:**

A piedade popular constitui um tesouro precioso da Igreja católica na América Latina no meio de uma sociedade que experimenta uma crescente secularização. Diante do desafio de uma nova evangelização e missão continental permanente, esta expressão da mística popular contém elementos que não podem ser desconhecidos na transmissão e na compreensão da fé. Este artigo reflete sobre as categorias de identidade, de encontro, de experiência e de acolhida, como elementos chave na evangelização e presentes, em nível de categorias existenciais, na piedade popular. A dimensão discipular do fiel é gerada no encontro que é experiência de acolhida com a Boa notícia de Jesus e de seu Evangelho, gerando uma identidade que marca não somente a pessoa, mas também a comunidade, que amostra a presença de Deus em sua história e cultura.

**Palavras chave:** Piedade popular, Identidade, Encontro, Acolhida, Experiência, Catequese.



## Introducción

La piedad popular se nos muestra como un tesoro, no sólo de fe, sino que da vida y memoria a un pueblo que, descubriéndose a si mismo peregrino, la vive como fuente de identidad y esperanza. La piedad popular posee una rica expresión de catolicismo inculturado, constituyendo un precioso tesoro de la Iglesia católica en América latina. Y esto no es una cuestión menor, cuando se evidencia una sociedad que progresivamente experimenta los fuertes vientos del secularismo. La Piedad Popular es una verdadera fuente de esperanzas que el Espíritu ha suscitado para la vida e identidad cristiana de nuestros, la que requiere ser mejor comprendida, protegida y promovida por parte de todos los miembros de la Iglesia, especialmente por sus pastores.<sup>1</sup> Por otra parte, esta manifestación de fe, que atraviesa los diversos estratos sociales, está constituida no sólo por elementos de referencia folklórica, sino que contiene los rasgos distintivos de una auténtica y legítima espiritualidad cristiana.<sup>2</sup>

El presente artículo quiere ser una reflexión en torno a la presencia en la Piedad Popular de algunas categorías como identidad, encuentro, experiencia y acogida, que resultan muy importantes al momento de realizar una comprensión de lo que ellas significan en la evangelización, transmisión y penetración de la fe en la profundidad y totalidad del ser humano, en su ser y hacer.

La Iglesia, comunidad de bautizados, está llamada a realizar el anuncio permanente del Evangelio, y Aparecida, ha vuelto a formular

---

<sup>1</sup> DA, 258,35,37

<sup>2</sup> DA, 263,264



la dimensión discipular como la base fundamental de la vida del cristiano y de su testimonio misionero; y esto lo ha hecho en relación a la experiencia del encuentro como la raíz que da inicio al proceso del discípulo misionero<sup>3</sup>. Por otra parte, la dinámica del encuentro ocurre en una realidad propia que es identitaria de la persona. La identidad es una reflexión que también nos urge desde la experiencia de la fe, pues esta alumbra y también guarda el patrimonio fundante de una persona, de un grupo social y de un país. Varios países latinoamericanos, comienzan a celebrar el bicentenario de su independencia; y frente a la globalización, los amplios procesos migratorios, los nuevos desafíos con el milenio que se inicia, exigen una reflexión sobre la identidad de la nación, donde la fe cristiana, mestiza en su expresión, es parte constitutiva de esta identidad patria.

Este texto quiere animar un proceso de reflexión en torno al valor que posee la Piedad Popular en estas categorías de tal manera que, no sólo se le descubra como una dimensión valorable pero no implicante, sino que por el contrario, necesariamente a tener en cuenta al momento de realizar el anuncio del Evangelio en nuestro continente mestizo.

No habrá verdadera encarnación del Evangelio si no tomamos en cuenta, y valoramos en sus verdaderas dimensiones los aportes de la Piedad popular, pues *“en el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión de Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe”*.<sup>4</sup>

Al utilizar el término Piedad Popular, siguiendo la distinción del Directorio de Piedad Popular, queremos referirnos a la presencia de estas categorías, en las expresiones de una religiosidad popular de identidad y confesión cristiana, que es el gran sello del fervor popular latinoamericano.<sup>5</sup> Por otra parte, el uso de la palabra categoría, quiere referir a un elemento de sustancialidad e importancia cuando este se coloca en relación a otros. Al utilizar esta palabra, queremos destacar el valor que tiene la identidad, el encuentro, la acogida y experiencia, tanto en la evangelización como en la misma Piedad Popular.

<sup>3</sup> DA, 243,245

<sup>4</sup> DA, 264

<sup>5</sup> Cfr. *Directorio de Piedad Popular*. Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los sacramentos, 9-10. Editrice Vaticana, Vaticano, 2002.



## 1. La categoría de la identidad

La identidad es una demanda que, en sociedades que avanzan a la globalización, requieren horizontes como una necesidad que dé sentido, o por lo menos, enmarque la experiencia común. Es una necesidad de los pueblos, los Estados, la familia, para no “diluirse” en medio de un mar humano cada vez más cosmopolita y transculturado. Se necesita saber qué es lo propio, qué es aquello que lo individualiza y entrega una auto comprensión particular y peculiar.

Según algunas tendencias de la psicología contemporánea, la identidad del sujeto surge del complejo de las representaciones actuales y recuerdos con un peso afectivo. Así este complejo psíquico va experimentando cambios al integrar nuevas vivencias. Se conecta al pasado con las huellas que este deja y que la memoria registra y guarda, garantizando al “yo” su continuidad<sup>6</sup>. Pero desde aquí, descubrimos que la conciencia significativa no sólo es producto de la acumulación de hechos en la memoria sensitiva; sino que la significación de la experiencia se realiza en un centro de interna coherencia, al que Aristóteles llamó “mens” y que hoy podemos llamar conciencia interior. En este punto se recoge toda nuestra capacidad intelectual y sensitiva; y es donde hacemos la experiencia de la identidad, íntimamente ligada a la memoria. Santo Tomás de Aquino le llamó “alma” y siguiendo a Aristóteles, afirmó que la conciencia de su existencia está dada por el acto de su “presencia habitual”, en cuya “permanente noticia de sí” se desarrolla la base de la experiencia de la identidad propia<sup>7</sup>.

La memoria, como una facultad interior que elabora lo que recoge de la información de los sentidos exteriores, constituye un elemento propio de la naturaleza de la conciencia. En la memoria del ser humano, no sólo ocurre el fenómeno de la “memoria espontánea y de asociatividad”, propia de los reflejos condicionados, dado principalmente en los animales, sino que en la memoria del hombre ocurre un acto de “reminiscencia” que da a las cosas pasadas una particular significación<sup>8</sup>. Sin querer detenernos a profundizar en este admirable

<sup>6</sup> Cfr. *Psicología e vita spirituale*. Ed. San Paolo. Roma, 1998. pp 25ss

<sup>7</sup> Cfr. *Summa Theologiae* I q. 87 a. 1. En: Fabro, C., *Percepción y pensamiento*, Ed. EUNSA, Pamplona 1978. p 191-195.

<sup>8</sup> Cfr. *Psicología e vita spirituale*. Ed. San Paolo. Roma, 1998. pp 30.



proceso, resulta interesante destacar que la memoria humana, no sólo realiza codificaciones de experiencias nocivas o placenteras (propio de la memoria animal) sino que el intelecto establece vínculos entre los hechos y la información significativa que posee, interpretándolas con categorías de tiempo.

La memoria permite entonces a la conciencia, describir la ruta de la identidad, al ir proporcionando la acumulación de los “hechos vividos”, para que puedan ser comprendidos significativamente. Esta intelección significativa, produce la identidad, la que podemos comprender como “el vínculo entre lo que soy y lo que he vivido”. Esta unión intelectual es un vínculo que, implicando todos los sentidos, genera la profunda conciencia que nos establece en la percepción de lo que somos. No es por tanto, el relato sistemático de hechos, es algo mucho mayor. La identidad es la conciencia de “la conciencia de comprender lo que soy”.

Esta identidad, generada en lo más hondo de las raíces de lo humano, surge por el aporte de los hechos vividos en el tiempo que los va aquilatando como un tesoro. Desde esta afirmación, podemos preguntarnos: ¿Cómo evidenciamos esta categoría esencial de la persona y de la sociedad en la piedad popular? ¿Cómo contribuye a la misma identidad del individuo y de la sociedad?

La piedad popular, está construida en el tiempo en base a esos elementos fundantes de la memoria de un pueblo, acontecimientos que han adquirido significación intelectual y afectiva, en los cuales se ha producido la búsqueda y encuentro de Dios desde la experiencia de la fe transmitida y de su ethos cultural, permitiendo vivirla y celebrarla con categorías existencialmente significativas, que han quedado grabadas a fuego en la conciencia personal, familiar, de un pueblo e incluso de un Estado, como es el caso de muchos países en Latinoamérica. Podemos afirmar entonces que, la Piedad Popular es un ethos identitario, en cuanto constituye un arca que guarda hechos significativos para la construcción de la identidad; pero no al modo de una bodega de acumulación clasificada por el tiempo, sino que tiene una condición de “actualización” al estar presente en la realidad de una conciencia que hace conciente de sí. Este ethos identitario que descubrimos en la Piedad Popular, tiene su propia identidad, pero

que se enraíza y construye en la identidad más amplia y compleja de la persona y la comunidad. Su mismo nacimiento se une e implica a la identidad del otro y los otros; y esto no es menor. De allí, que su presencia en la vida de nuestros pueblos es presente y vigente; pero a la vez la presencia de la identidad del pueblo y la persona es necesaria en su propia identidad. Intentado profundizar en este aporte de la piedad popular, aproximémonos a descubrir su propia identidad en el vínculo con la identidad personal y colectiva en los aspectos que a continuación desarrollaremos.

### **Identidad de una fe que es cristiana**

Se ha discutido abundantemente las diversas situaciones vividas en torno al descubrimiento y conquista de América y el proceso de evangelización. Buscando ir más allá de las situaciones particulares, es posible afirmar que el encuentro con la fe cristiana del continente, produjo un verdadero descubrimiento de la noticia de Jesucristo. Descubrimiento que fue acogido y aceptado por la mayoría de los pueblos indígenas, a pesar de las sombras que también tuvo. Sin embargo, al mirar la historia de este continente, la fe cristiana tocó la puerta del corazón amerindio y mestizo, acogiendo al Dios de Jesucristo, y esto ocurrió mayoritariamente en el seno de la familia de la Iglesia católica.

La identidad católica de este continente se fue fraguando en la experiencia de una síntesis que, por el auxilio mismo del Espíritu, fue uniendo en el pueblo sencillo la memoria de una fe recibida con la experiencia de una identidad cultural propia. El pueblo fue capaz de generar una verdadera síntesis que permitió expresar la verdad de la fe cristiana sin abandonar el patrimonio de su identidad cultural, en un culto festivo, siempre esperanzador e íntimamente personal y comunitario, con una clara identidad católica, y una catolicidad hispana, proceso que sigue ocurriendo hoy. Como hemos dicho anteriormente, si bien se pueden encontrar antecedentes contrarios a lo anteriormente formulado, o intentos de negar este proceso de síntesis; no es posible ocultar la evidencia de una identidad cristiana, que resolvió en una síntesis, no siempre comprendida por nuestra argumentación racional o de las elites intelectuales, el proceso de la conciencia de la presencia del Dios cristiano en medio de todo el ser y hacer de un pueblo creyente.



La cultura latinoamericana está marcada por este hecho, haciendo un elemento arquetípico para la identidad común. Un peligro sería comprender esta realidad como una cuestión ocurrida en un momento, pensando que se encierra en sí misma y que no puede experimentar desarrollo como condición de identidad. Todas las culturas no son cerradas en sí, sino que se abren al aporte, no sólo externo, sino al propio proceso de maduración que van realizando sus miembros.<sup>9</sup>

### ***Identidad que se expresa en la cultura de un pueblo***

Pero la síntesis producida en la América mestiza, no fue un proceso unilateral, todo lo contrario; la misma palabra síntesis refiere a una tarea no simple y de mutua implicación. Así, la cultura mestiza del continente es producto de este proceso de permanentes implicaciones. Esta dialéctica generó una nueva mirada, un nuevo horizonte, marcado por la vivencia y memoria de Dios revelado en Jesucristo, y su presencia modulada por la raíz propia de un pueblo que no perdió su condición fundamental y arquetípica de comprensión del cosmos. El cristianismo vino a plenificar lo que estaba presente como “semillas y presencias mismas de Dios”. Así hoy, nosotros, somos hijos e hijas de una cultura que está marcada por la tradición católica popular, y que inyectó de valores cristianos muchos aspectos de la existencia: el respeto a la vida, el valor de lo sagrado, la conciencia solidaria, el respeto por los lazos de unión, el amor a la Patria y la familia, etc.<sup>10</sup>

La identidad cultural de nuestros pueblos está marcada por la presencia y valor de lo sagrado. Dios está mucho más presente en la conciencia y en la vida, cuestión que se vuelve difícil de comprender y aceptar, frente a quienes formulan una sociedad que sea indiferente a lo religioso y distante de lo cristiano<sup>11</sup>. Allí está por todas partes la presencia

<sup>9</sup> Cfr. Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe, 1 Benedicto XVI.

<sup>10</sup> Cfr. Algunos de estos valores fueron decididamente nuevos e incluso contrarios a culturas locales como el caso de la azteca frente al respeto por la vida humana, especialmente del enemigo. Cfr. Clodomiro L. Siller Acuña: *La evangelización guadalupana.*, México, D. F.: Cuadernos Estudios Indígenas 1, 1984. pp 23.

<sup>11</sup> Existen diversos tipos de críticas y de sectores contrapuestos. Un grupo de críticas proviene del interior de la Iglesia: algunos de tendencia purista y otros que plantean la piedad popular como profanación del contenido del mensaje paganizándolo. Otro



de los innumerables actos de Piedad popular: desde los multitudinarios en los santuarios a los más escondidos en la vida familiar y personal, marcando el modo de comprender el mundo. Y si bien, está unido a un patrón heredado, se vuelve a confirmar en la libertad de las nuevas generaciones, al hacer propias las tradiciones de los padres y de los abuelos. Expresiones como: “mis papás me llevaban al santuario desde pequeño, ahora yo llevo a mis hijos para que sigan la tradición”, son el testimonio por el cual se vuelve a renovar la identidad religiosa de muchos en las actuales generaciones de creyentes; y que se identifican con las manifestaciones vividas y fortalecidas en el tiempo.

La identidad religiosa se ha vivido hondamente unida a la experiencia de la realidad de las personas en el contexto histórico, político y social. Así, los procesos de emancipación en América latina, han quedado íntimamente unidos a declaraciones explícitas de fe y actos de Piedad popular, como los ex votos de tantos próceres y proclamaciones juradas de invocación a la Madre del Señor. En la construcción de la identidad del país, la presencia de la identidad cristiana, a través de las expresiones de la Piedad Popular son innumerables; marcando los momentos cruciales de la historia, tanto en los triunfos y derrotas; como en calamidades naturales y situaciones de tensión y drama social<sup>12</sup>.

La Patria, en su contexto de pueblo latinoamericano, al hacer memoria de su identidad, no puede desconocer la presencia y aporte de la fe cristiana tan arraigada a su nacimiento y desarrollo. Desconocer este dato, o clasificarlo como una información lateral, es desconocer los elementos constituyentes del alma de las naciones de la América mestiza y creyente.

La presencia de la fe popular en la identidad de un país, es un dato primario que marca su identidad y expresión cultural. La gran

grupo proviene de tendencias agnósticas que se sienten guardianes de lo étnico y popular. Para ellos la Piedad Popular es un colonialismo del catolicismo destructor de la identidad indígena. Cfr. Maldonado, Luis. *La Religiosidad Popular*. Tomo I: Antropología e historia. Ed. Anthropos. Barcelona. Ed. Edición, 2003. pp 38-39.

<sup>12</sup> Cfr. Madianes, M. Caracterización de la Religión popular. En: *La Religiosidad Popular*. Tomo I: Antropología e historia. Ed. Anthropos. Barcelona. Ed. Edición, 2003. pp 44-48.



mayoría de las manifestaciones culturales de América latina están unidas a las expresiones de la Piedad Popular. El proceso migratorio ha dejado antiguos pueblos en verdaderos caseríos abandonados, pero que vuelven a tener fuerza cuando suena la banda que recorre las calles del pueblo anunciando la fiesta del santo patrono. Vuelve el color, la danza, la música, el incienso, los ritos, la procesión, el banquete social y fraterno; y con ello, se recrea la identidad, no sólo la personal sino la de un pueblo, que seguirá uniendo lo humano y lo divino para encontrar en esa síntesis la memoria viva de quién es.

Las nuevas culturas emergentes, tan complejas de definir, presentan la cuestión religiosa como un elemento privado aún en el ámbito social. A esto se resiste la expresión de la Piedad Popular, porque esta implica siempre la presencia del otro, nunca se es solo. El individualismo no tiene espacios en el corazón de la Fe Popular. La conciencia de la presencia de Dios en la vida, permite establecer aquellos diálogos y encuentros fundamentales que nos otorgan una identidad religiosa y dialogante con Dios, consigo mismo, la comunidad y la naturaleza, sacándonos de la tentación del encierro egoísta del yo en su autoreferencia.

### ***Identidad que genera esperanza***

La identidad es una cuestión que implica el presente. Si bien se construye con el aporte del tiempo vivido, tiene su presencia en la conciencia permanente del ser en el presente. Y es allí, en el hoy, donde su presencia marca las opciones y decisiones de los caminos a seguir. El actuar del presente requiere la presencia de la identidad pues en el presente, se fecunda el futuro y se trazan los virajes del compás de ruta en una navegación que pone en marcha la vida, alejándonos de la “amnesia del ser” producida en el actuar fáctico sin la conciencia presente y activa de su identidad.

La piedad popular contribuye a generar una identidad que se descubre no desprovista del cuidado de Dios. Posee la bella característica de descubrirlo como “siempre presente” y fuente de misericordia, donde todos tienen clara conciencia que pueden acudir, incluso cuando las opciones de la vida pudieran ser opuestas al planteamiento

del Evangelio.<sup>13</sup> Posee el don de hacer a Dios presente en la realidad misma de la vida, como recuerda el documento de Aparecida.<sup>14</sup>

La presencia de Dios providente en la vida, genera una visión del mundo que es cósmica y no caótica. Esta intelección, guardada en lo profundo de la cosmovisión amerindia, descubre que Dios, el Trascendente, está totalmente presente en la marcha de los días y las estaciones, en el devenir de los momentos de la vida. Dios está allí, y esta es una verdad que tiene su comprobación en la misma experiencia de existir. La vida que florece en la “madre tierra, pachamama”, que sostiene el aliento de los animales, genera el ciclo de la vida y de la muerte, el aliento de la vida en el ser humano, es el testimonio de la providencial presencia de Dios. Aquí, radica el mirar entonces el presente como una realidad sostenida y vinculada en Dios y el futuro, como una potencialidad de vida que proviene del mismo Dios que ya está presente. Sin duda, que esto da una mirada de esperanza, porque el Dios providente de Jesucristo, es el Dios que alimenta a los pájaros y viste con belleza a los lirios del campo y sostiene el aliento de la vida, nunca olvidándose de los suyos. Y ante la cuestión del sufrimiento y la injusticia, que han marcado la historia de nuestros pueblos, no existe una huida enfermiza, que intenta desconocer esta realidad, como ocurre en muchos parámetros de la modernidad, sino que lo hace suyo. Sin intentar comprender los secretos de los designios de Dios, se vuelve a la humildad de la “incomprensión confiada” pero que es profunda comprensión de la vida.

La piedad popular genera en el corazón del creyente una actitud positiva ante la vida que nunca es vencida por la adversidad; más bien ésta se mostrará como una oportunidad de mostrar el designio y la bondad de Dios.

Por otra parte, la generación del optimismo, otorga fuerzas al individuo para descubrirse en un conjunto que le otorga las fuerzas necesarias para no caer en el pesimismo existencial y el anonimato

<sup>13</sup> Resulta interesante observar cómo en la literatura aparecen imágenes como estas: el delincuente, el asesino sabe que puede invocar a Dios, que encuentra en Él un espacio, un diálogo, incluso una ayuda, para su propio interés. Si bien, podemos cuestionar la dimensión moral de los hechos, es incuestionable el principio de fe que está allí presente, el que sin duda debe crecer en comprensión, pero quiero destacar el hecho de la fe como un punto inicial para cualquier proceso de conversión.

<sup>14</sup> Cfr. DA, 259



social, tan propios de los nuevos tiempos. Entrega una fuerza, dada en la identidad de un pueblo, que lo hace protagonista de la historia<sup>15</sup>. Así, el que se involucra, no se implica sólo por el momento, y su acto lo hace relucir ante la comunidad, haciéndolo consciente de su importancia histórica. Por ejemplo, la fiesta patronal de los pueblos, tiene en el alferazgo, no sólo el rol de una coordinación, sino que es mucho más. Está en juego la fiesta misma, se vuelve a recrear la identidad y se hace sensible la memoria. La fiesta es la actualización del parto de la significación, y el alférez y la comunidad lo saben. Su participación es clave en la continuidad de la identidad, entonces todos los presentes y ausentes le reconocen su dignidad y la importancia de su acto. Al participar como protagonista de la costumbre tanto el alférez, como la comunidad, participan de la recreación de la identidad y con ello se echa al vuelo la esperanza. Se puede seguir viviendo porque “sabemos quiénes somos e intuimos hacia dónde vamos”. Participar en el ritual, en las expresiones de la Piedad Popular, especialmente en sus momentos más festivos, es ser partícipes de la “recreación” de los sentidos, de los horizontes, tanto para la vida personal como la comunitaria. Por ello, que todos cuantos participan han hecho lo más posible para que así ocurra. Las peregrinaciones a los santuarios en los días de fiesta, a los pueblos lejanos, los diversos sacrificios, etc. son expresiones en que se explicita que no da lo mismo no ir. Ser parte es ser partícipe de la conciencia activa que genera identidad y con ello esperanza. ¡Cuánto nos falta aprender de esto en medio de nuestras comprensiones más racionalizadas del mundo!

## 2. La categoría del encuentro

Una palabra clave en la dimensión del discipulado, y que utiliza el documento conclusivo de Aparecida como una estructura teológica subyacente, es el término encuentro afirmando que, “*una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-Amor.*”<sup>16</sup> La palabra encuentro (*occursus, occurrere*) es evocadora del acto de presentación ante alguien y de lo que esto produce, es decir: implica a otro sujeto, el acto de salir hacia la otra persona y las consecuencias de esta acción. Desde la

<sup>15</sup> Cfr. “*El santuario, memoria, presencia y profecía del Dios vivo*”, L, Osservatore Romano. Ed. Española, 22-28 mayo, 1999.

<sup>16</sup> DA, 240



perspectiva bíblica, en los encuentros de Jesús podemos destacar dos grandes formas: por una parte, la actitud propositiva del encuentro de Jesús, y por otra, la actitud receptiva de Jesús ante la actitud propositiva de otro<sup>17</sup>. Estas dos actitudes presentes en el Maestro son las dos actitudes básicas de un auténtico proceso de encuentro: presencia y acogida. Esto produce la relación fundamental entre las personas, cuyo contacto está dado por presencias dialogantes.

El encuentro genera el acercamiento de presencias, pero que no son estáticas, pues ambas requieren del activo movimiento dado por la voluntad de presentarse ante el otro, y de acoger su presencia. En Jesús, aparecen claramente estas dos formas. Podemos afirmar que el encuentro requiere la presencia activa de la existencia, y que implica la totalidad del ser porque involucra necesariamente su existencia; pues de otra manera se produce un acercamiento de las formas, pero no de las presencias. Esta característica es clave: es presentación en el orden existencial y en la misma dimensión es la recepción. Inmediatamente descubrimos que la invitación al encuentro con el Señor esta realizada en una categoría ontológica, y está lejos de buscar establecer relaciones de superficialidad que involucran parcelas de la vida, o restringidas sólo al hacer, estableciendo así modos de contacto utilitaristas.

La Piedad Popular se desarrolla en esta dinámica de encuentro existencial porque establece el diálogo con Dios a nivel de la conciencia de la existencia. Sus expresiones más fundamentales constituyen un patrimonio de identidad que se genera en la conciencia permanente de si, haciendo que el encuentro con lo sagrado reclame siempre esta dimensión. La presencia en la Piedad Popular es una cuestión necesaria y absoluta, pues la falta de alguna de estas presencias, no concreta y profundiza la experiencia de la fe, como tampoco la dimensión de la identidad y la acogida.

El encuentro en la Piedad Popular lo podemos dimensionar en dos grandes experiencias: la que hemos estado comentando, el encuentro con Dios, y también el encuentro con lo humano. Esto último, el

<sup>17</sup> Cfr. Algunos ejemplos bíblicos de encuentros de Jesús: La actitud receptiva del Maestro: Curación de un leproso Mt 8,1-4, La mujer pagana Mc 7,24-30, el ciego de Jericó Lc 18, 35-43. Actitud propositiva del Maestro: El llamado a Leví Lc 5,27-31, la viuda de Naím Lc 7,11-17, Zaqueo Lc 19,1-10, confesión de Pedro Mc 8,27-30.



encuentro con lo humano, también constituye un espacio existencial. Lo humano dado, en las relaciones personales y sociales, en las expresiones rituales, en las dimensiones de la razón y el afecto, etc., son integradas en la Piedad Popular. La devoción y mística popular expresan todas estas realidades de lo humano, llenándolas de significación. Las relaciones comunitarias encuentran en las fiestas de la Piedad Popular los argumentos para vivir la fraternidad y la solidaridad, al descubrirse relacionados en el parentesco más fundamental: “ser hijos de Dios” y por tanto, hermanos entre todos. El “hacer del hombre” es ennoblecido por la presencia de lo sagrado en ella. Las grandes ornamentaciones, los trabajos preparativos, los modos de organización, etc., tienen un valor que se une a la experiencia de vínculo y encuentro con Dios.

El documento de Aparecida explicita que la Piedad Popular constituye un lugar de encuentro con Jesucristo, pues posee la capacidad de relacionar existencialmente a la creatura con el Creador. A través de los actos sensibles y populares, se dinamiza esa vinculación donde se vislumbra una relación de amor<sup>18</sup>.

Al reflexionar acerca de las motivaciones del encuentro, es necesario preguntarnos por la motivación religiosa de la Piedad Popular, pues estas se inscriben en la honda sed de Dios que poseen los pobres y sencillos, y que son capaces con libertad interior de expresar, sin dejarse someter a la obligatoria privatización de la fe que ha realizado la modernidad. Hoy se plantea que existe una crisis en la fe institucional, mientras que existe un auge en la fe popular, produciéndose una paradoja entre la crisis y el auge de lo religioso<sup>19</sup>. Buscando acercarnos a las motivaciones de lo religioso en la Piedad popular, estas afirmaciones permiten preguntarnos: ¿Qué es lo que posee la Piedad popular que mantiene encendida la fe? ¿Cuál es su metodología para expresar sus motivaciones más profundas? Sin querer acabar con las respuestas, conviene hacer una aproximación desde la categoría del encuentro.

En la Piedad Popular, el encuentro tal como hemos dicho, es una categoría necesaria porque le permite mantener y guardar la

<sup>18</sup> Cfr. DA, 256 ss

<sup>19</sup> Cfr. Amigo, C. *Religiosidad Popular*. Ed. PPC. Madrid, 2008. pp 16.

experiencia de su identidad en una dimensión existencial. Esto se hace evidente en los diversos modos de vínculo y expresión con las manifestaciones que posee: el rito, la tradición y la costumbre, las formas de organización, etc., no son sólo modos estructurales de funcionamiento eficiente, sino que son expresión de vinculación. Pertenecer a una cofradía es “mantener un vínculo personal y existencial” Se sufre y vibra con todo lo que ello significa. Ese vínculo está lleno de significaciones que son implicantes, dando una identidad también social<sup>20</sup>. Encontramos en esto la evidencia de un lenguaje significativo, que logra expresar y transmitir la vivencia de la Fe, a diferencia del lenguaje del culto formal, que no siempre logra expresar la totalidad del creer y sentir religioso, especialmente en los ambientes más populares.

La raíz que sostiene esta experiencia significativa de la fe la encontramos en la motivación del acto dialogal. Lo que está a la base es la experiencia del amor, es decir de la gratuidad. El pueblo percibe el don gratuito del amor de Dios. Un amor que es cercanía y misericordia, que se da sin condiciones, sobre la cual se establece la base de una confianza infinita; y en torno a esta, se genera la libertad y el afecto, es decir, se implica la totalidad del ser. La fe no queda reducida sólo a una elaboración racional, sino que brota de una experiencia de amor, a partir del encuentro en la dimensión personal y personal-comunitaria. Las actitudes propositivas y receptivas del encuentro, tanto en la percepción que el creyente tiene de Dios, como las que experimenta de sí mismo frente a Él, generan presencia y acogida.

Pero conviene agregar otro punto. A partir de la misma condición humana, este encuentro, tiene una necesaria expresión significativa a través del permanente y característico uso de los signos y ritos que manifiestan sensiblemente la donación gratuita del amor. Esta simbólica se encuentra en la veneración a las imágenes sagradas, en los símbolos populares, en la enorme variedad de ritos, unidos a las expresiones festivas, danzantes, de indumentarias, musicales,

<sup>20</sup> Este hecho que ocurre en la Piedad Popular, ocurre con características similares, en otras circunstancias con motivaciones diversas: el equipo de fútbol, baloncesto; una agrupación de hooby común, etc. Generan formas de vinculación muy estrechas. Algo similar ocurría con los partidos políticos, los que han fortalecida actualmente vínculos que giran más en torno a los intereses que a las convicciones.



etc. Por intermedio de estos gestos se establece un lenguaje que no hace abstracta la vivencia del amor, sino que vuelve “visible” lo invisible.

La particular veneración a las imágenes sagradas, son una de las más bellas expresiones de la significación visible de lo invisible. Son “íconos” de la presencia de lo sagrado. Dios trinitario, la Virgen y los santos “viven” en medio de la comunidad y establecen a través de las imágenes las ventanas sagradas de la comunicación y la vivencia del encuentro<sup>21</sup>. Bellamente dice Aparecida: *“La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual”*<sup>22</sup>

La diversidad de signos y gestos son auténticos en la medida que guardan significación profunda, es decir, en cuanto son expresiones de encuentro. De allí que ellos también se guarden en la memoria de todo el pueblo, que “sabe” cuáles son los modos que posee para establecer esta unión con el Dios de la vida<sup>23</sup>. Estas expresiones significativas se vinculan a una fuerte dimensión contemplativa. Hay en cada uno de estas expresiones espacios para el silencio que abre al ser humano al diálogo con Dios. Aún en medio de las danzas y el fuerte sonido de la música, el creyente, el bailarín, guarda el diálogo interior

<sup>21</sup> Es interesante observar en este punto la cercanía de este modo de comprensión de la imagen religiosa por parte de la Piedad Popular a la teología del ícono, pues en esta teología se descubre cómo lo sagrado penetra lo cotidiano, y lo cotidiano se infunde en lo sagrado. Cfr. Fitzurka. C. *Religiosidad Popular y espacio sagrado. El ícono en la teología oriental*. En: *Teología y Vida* v44.n2-3 Ed. PUC. Santiago. pp. 250-264.

<sup>22</sup> DA, 25

<sup>23</sup> Todo proceso de acompañamiento pastoral en la Piedad Popular debe tener esmero en la comprensión y cuidado de la dimensión simbólica, pues de otra manera, aún con las mejores intenciones, podría dañar o falsear este rico patrimonio. Así mismo, se debe animar procesos de mayor conciencia de esta riqueza y su significación profunda, para evitar la manipulación de la misma Piedad Popular por parte de tendencias que desean que ella exprese la dimensión lúdica y festiva de la persona, pero no la fe que esta guarda y posee.

que es la oración entre el Hijo y su Padre, expresado en las oraciones simples y profundas, entre el devoto y la Madre del Señor, entre el devoto y los santos, cuya base es la vivencia del amor que sabe que es gratuito. El amor trinitario encuentra en estas manifestaciones un “sólido fundamento” para mostrar su grandeza y gratuidad.<sup>24</sup>

### 3. Las categorías de acogida y experiencia

En el análisis de algunas categorías que resultan importantes para la evangelización, transmisión y penetración de la fe en la profundidad de la totalidad del ser humano, y que se encuentran presentes en la Piedad Popular, demos una mirada a las categorías de experiencia y acogida, tan propias del requerimiento humano, y por tanto cristiano.

La categoría de acogida (*acogere*) refiere a ese acto de la persona consistente en tomar algo para introducirlo o hacerlo próximo a sí. En referencia a la categoría del encuentro, este tomar tiene por objetivo llevar al otro hacia sí. Esto es acogida: dar un espacio en la propia existencia a la existencia del otro. Por otra parte, la categoría de experiencia (*ex perenne*) implica el concepto de permanecer. A través de ella, el sujeto hace la permanencia en algo o alguien, pero que tiene consecuencias en la persona. De esta forma podemos comprender la vinculación que existe entre la acogida y la experiencia; pues de hecho no hay una auténtica experiencia sin una verdadera acogida.

En la vinculación de las personas y comunidades, la acogida y la experiencia, son absolutamente necesarias para los procesos de integración, vida e identidad común. En los modos modernos de vivir, estas categorías tienden a ser comprendidas de manera no existencial, es decir, la acogida y la experiencia la podemos comprender a modo de una vinculación que no involucre la profundidad de la persona. Hoy, tenemos la tendencia a establecer relaciones pragmáticas y consumistas del otro, es decir, son vinculaciones que tiene por objetivo favorecer el interés del proyecto individualista y pragmático. Esto tiene

<sup>24</sup> Cfr. DA, 240. La experiencia del amor se vuelve significativa en la contemplación del misterio del amor gratuito de Dios visiblemente presente en la dimensión kenótica del Verbo. Es admirable observar la gran devoción en la Piedad Popular que se experimenta frente a la imagen de Cristo crucificado.



su origen al ir negando progresivamente la dimensión ontológica de la persona.<sup>25</sup> La acogida y experiencia sumergen a las personas en un verdadero y profundo diálogo, porque no es posible permanecer en el otro existencialmente sin establecer el contacto dialogal, que nos permite expresarnos en la frecuencia del ser.

La acogida implica la apertura de recibir al otro con la totalidad de su identidad, y estar dispuesto a la interacción que su presencia producirá en la persona que acoge. Podemos entonces afirmar que el encuentro requiere de la necesaria actitud de acogida. Pero bien sabemos que, las relaciones profundas, requieren de un surco hondo en la tierra de la existencia. Esta hondura la va produciendo la experiencia; el permanecer en el encuentro y recepción del otro, produce la huella de su propia geografía humana en la personal. Sólo esto genera una experiencia que marca, haciendo fecundar una identidad común y que es propia.

La acogida y experiencia, se viven en la piedad popular, a la manera del encuentro, en el marco de la totalidad de la expresión humana que implica afectos, razón, gestos, palabras y silencio. Todo ello engendra un diálogo de amor en el Amor, abarcando la totalidad del ser. Así, toda la vida en la experiencia del amor se detiene y dialoga en la verdad de su condición: desde la virtud, la santidad y la presencia del pecado; desde los triunfos y las derrotas; desde los anhelos y los temores. El todo del misterio del hombre ante y en el todo de la totalidad de Dios. Se experimenta la “desigualdad ontológica” pero a la vez la cercanía filial absoluta.<sup>26</sup> La totalidad de la vida es la que se hace presente.

### ***La experiencia de ser acogidos por Dios***

Estas dimensiones existenciales, se viven en torno a las diversas experiencias de la Piedad Popular, en una conciencia permanente de la percepción de ser “recibidos por Dios” que espera siempre a sus hijos. El santuario se vuelve ícono de esta espera amorosa por parte de Dios, el que se experimenta como un misterio que lo supera, y que

<sup>25</sup> Cfr. Ruiz de la Peña, J. *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*. Presencia teológica 49. Ed. Sal Terrae. Santander, 1988. Pp 166-175.

<sup>26</sup> Cfr. DA,259

se vive en las dimensiones mismas de la universalidad, al sobrepasar las dimensiones del barrio y de la familia, experimentando la acogida en el seno de la Iglesia.

La acogida de Dios se vive como un encuentro provocado y sostenido por el amor. Aquí, el creyente, sabe que Dios lo ama, en una lógica de razones que sobrepasan las razones puras, para abrirse paso a los argumentos del corazón. Este amor lo conmueve: experimenta la grandeza del Dios cercano y la pequeñez del hijo confiado. Esta acogida por parte de Dios, vivida ontológicamente, constituye la base de una auténtica espiritualidad popular, cuya expresión mística genera un modo legítimo de vivir la fe y sentirse parte de la Iglesia.<sup>27</sup> La persona, al verse acogida por Dios, se vuelca hacia Él en la totalidad de sus sueños y temores, de sus inquietudes y proyectos, en la totalidad de sus éxitos y fracasos, descubriendo que Dios que se ha manifestado en su historia, y que revela la plenitud de su querer salvífico en Cristo. Desde esta acogida en la dimensión de Dios y del hombre, la creatura adhiere en libertad para ir haciendo la permanencia en la presencia transformante del Verbo. De esta manera, la permanencia de Dios en las cosas de los hombres, va “transfigurando” en el rostro de la santidad de Cristo, la vida del creyente que se ha vuelto discípulo.<sup>28</sup> Aquí existe una certeza de amor que evidencia, que precisamente en el amor es donde radica la plenitud del encuentro, la acogida y la experiencia<sup>29</sup>.

La experiencia de la acogida en el seno de Dios y en los brazos de la Iglesia, requiere ser vivida en todas las dimensiones de la vida de la comunidad creyente. El aporte de la Piedad Popular es muy importante, porque ella ha sabido realizar la integración del dato de la fe con la experiencia sensible de la misma. Y si bien, estas síntesis nunca están acabadas porque están siempre en maduración, desde la mística popular se hace la experiencia de acoger a Dios en la realidad de la historia, sin huir de ella, o tocarla de manera superficial.

<sup>27</sup> Cfr. DA, 263,264

<sup>28</sup> Cfr. *Novo Millennio Ineunte*, 30

<sup>29</sup> La dimensión de espiritualidad en la Piedad Popular es un importante aporte para su comprensión desde el Documento conclusivo de Aparecida, y en esta perspectiva hay mucho que profundizar. Cfr. Ordenes, Marco. *Piedad Popular*. Colección comentarios a Aparecida, 9. CELAM. Bogotá, 2008.



## ***La experiencia de acoger y ser acogidos por el otro***

La Piedad Popular fue en algún tiempo criticada por considerarla un intimismo que desvincula de la preocupación social, sin embargo al profundizar en ella, se descubre que contiene un hondo sentido fraterno y comunitario. La experiencia de acogida por parte de Dios, dispone el corazón del creyente a realizar la experiencia de acoger al otro, pues se descubre la necesidad de responder en la misma dinámica de gratuidad. Del horizonte de Dios, que el hombre y la mujer vislumbran en la Piedad Popular con tanta claridad, surge una verdadera valoración de la dignidad de la persona, el respeto por la vida y el particular cuidado hacia los más necesitados, como también la necesidad de compartir lo poco que se pueda tener. En los ambientes festivos se generan diversos modos de compartir solidario y verdaderos ambientes de paz, a pesar de constituir muchas veces grandes multitudes. En el peregrinar hacia los santuarios, se produce un permanente ejercicio de solidaridad que invita a prolongarse en la actitud del peregrino más allá de la fiesta.<sup>30</sup>

Otra dinámica relacional y de acogida comunitaria es la expresión de celebrar juntos la fiesta y el rito. Esto puede ser vivido a modo familiar o grupal, a través de cofradías y hermandades. Una imagen permanente de esto es la peregrinación al santuario, donde la gran mayoría acude en grupos familiares, agrupaciones de diversos tipos, generando espacios de permanente convivencia. Esta experiencia de fe comunitaria fortalece un culto en las mismas expresiones: todos tienen una participación vinculante, distinguiendo el orden jerárquico de ella, pero que no afecta la relación de todos. En la dinámica de la expresión popular todos tienen un lugar y nadie puede sentirse excluido. El requisito básico de participación es la apertura a la identidad común vivida en la expresión de fe popular. Por ello, que el migrante y forastero también es acogido y unido a la celebración. Muchas instituciones de carácter benéfico surgen de las expresiones

<sup>30</sup> Algunos hermosos ejemplos se ellos se ofrecen en la peregrinación de Toluca al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, México. La gente en el camino le va ofreciendo a los romeros que comer y beber, y entre ellos mismos comparten el alimento. Otro ejemplo a destacar es la experiencia del compartir que se realiza en las fiestas patronales andinas, donde todos ayudan con sus recursos al alférez pasante, el que a su vez, se preocupa que todos puedan comer en el banquete de la "Boda", hermosa imagen de un banquete fraterno y mesiánico.



de Piedad Popular, y esto no es nuevo, ha sido tradicional que las grandes agrupaciones de cofrades, asumieran responsabilidades en el campo de la atención a los enfermos, educación y otras formas de solidaridad.

La acogida del otro va generando la conciencia de la identidad personal, pero a la vez la maduración creciente de la identidad comunitaria. Esto es una fuente de creciente desarrollo de la conciencia social, pues se descubre que los dramas del otro, sus pasiones, son también las mías y las de la comunidad. De esta formas los enfermos, los privados de libertad, los necesitados, se vuelven prioridad constante a raíz de una memoria creciente de que somos pueblo, y como pueblo creyente hermanos y solidarios.

## Conclusiones

Al reflexionar sobre las categorías de identidad, encuentro, acogida y experiencia, hemos intentado formular la importancia que estas poseen en el proceso de la evangelización y maduración de la vida cristiana, y cómo estas están verdaderamente presentes en la expresión de la Piedad Popular.

La piedad popular, tiene sus raíces en una dinámica existencial y demanda esta misma profundidad a todas sus expresiones. No es posible pensar en una auténtica piedad popular, vivida en la superficialidad de las expresiones. En esto consiste el tesoro que la Iglesia posee en ella: que guarda en la fe de Jesucristo el corazón de los humildes y sencillos, abriendo las puertas al diálogo de la Fe a nivel de la conciencia personal y comunitaria<sup>31</sup>. Cuando se buscan los caminos para la renovación de los procesos evangelizadores para la América latina y el Caribe, no es posible considerar a la Piedad popular como un elementos secundario o de adorno festivo para los momentos masivos de la expresión pública de la fe cristiana y católica; porque si bien estas expresiones son masivas y populares, a la vez son profundamente personales y contemplativas.

<sup>31</sup> DA. 258



En la piedad popular las categorías de identidad, encuentro, experiencia y acogida, tan propias y necesarias del itinerario formativo del discípulo misionero<sup>32</sup>, están totalmente presentes y actuantes porque constituyen una presencia en el orden del vínculo ontológico, que genera una integración profunda del misterio de la presencia de Dios en la vida personal y comunitaria de los creyentes, haciendo palpable al Señor en la historia. En la experiencia de la Piedad Popular hay una verdadera confesión de fe que se vuelve testimonio ante una sociedad que intenta excluirlo. De allí que resulte necesario seguir buscando caminos de integración, de acogida, valoración y respeto para esta expresión de espiritualidad cristiana, que está en el corazón de nuestros pueblos; pero que aún no parece tener el lugar debido en el corazón de nuestras formulaciones pastorales.

---

<sup>32</sup> DA, 278



## Piedad popular, Mística popular y Pastoral Urbana. Sus vinculaciones según el Documento de Aparecida

Jorge R. Seibold S.J. \*

### Sumario

El autor demuestra que existe un vínculo muy estrecho entre piedad popular, mística popular y pastoral urbana. Se apoya, de manera particular, en las conclusiones de Aparecida. La originalidad de este artículo radica en el tratamiento que el autor le da al tema de la llamada mística popular, en el cual es experto y abanderado en la Iglesia.

**Palabras clave:** Piedad popular, Mística popular, Pastoral urbana, Aparecida.

207

medellín 138 / junio (2009)


\* E-mail: [jseibold@fcias.com.ar](mailto:jseibold@fcias.com.ar)



### **Sumário**

O autor demonstra que existe uma ligação muito estreita entre a piedade popular, mística popular e pastoral urbana. Apóia-se, de maneira particular, nas conclusões de Aparecida. A originalidade deste artigo está no tratamento que o autor dá ao tema da chamada mística popular, sobre o qual é perito e é reconhecido na Igreja.

**Palavras chave:** Piedade popular, Mística popular, Pastoral urbana, Aparecida.



## Introducción

**N**os proponemos en este trabajo mostrar, en perspectiva fenomenológica, tal como lo presenta el Documento de Aparecida (DA), las íntimas vinculaciones existentes entre Piedad popular, Mística popular y Pastoral urbana<sup>1</sup>. El poner de manifiesto las vinculaciones esenciales, que se dan entre estas tres consideraciones, es de extrema importancia, dado que habitualmente a estas tres realidades se las considera de un modo independiente y sin ninguna estrecha vinculación entre ellas. Creemos que el DA ofrece pistas interesantes a tener en cuenta para vincular de un nuevo modo estos tres acontecimientos.

Nuestro aporte se desplegará en tres momentos. En el primero veremos cómo se muestra, en este DA, el fenómeno de la *“piedad popular”* o *“religiosidad popular”*, que caracteriza a buena parte de nuestros pueblos Latinoamericanos y Caribeños. Lo haremos desde una óptica fenomenológica atendiendo de un modo especial a las ricas y profundas experiencias que viven esos pueblos al encontrarse con el Misterio del Dios vivo, que les sale al encuentro.

En un segundo momento, trataremos de ahondar en las raíces místicas de la *“piedad popular”* para mostrar fenomenológicamente la emergencia de la *“mística popular”*, que el DA señala, por primera vez en el Magisterio de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña, como una de las nuevas dimensiones del *“catolicismo popular”*. Lo haremos

---

<sup>1</sup> Nosotros citaremos la edición del DA publicada por Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en su segunda edición de agosto 2007, siguiendo la numeración lateral de sus párrafos.



de la mano de lo que el mismo DA denomina “*espiritualidad popular*”, que hace como de nexo entre la “*piedad popular*” y la “*mística popular*”, tal como más adelante mostraremos.

En el tercer momento, consideraremos, a continuación, lo que Aparecida llama la “*nueva pastoral urbana*”, pero sólo en tanto esté ligado a la “*mística popular*” y la “*piedad popular*”, aspectos que de ningún modo pueden ser obviados cuando se plantee esta nueva pastoral de la ciudad. El DA pone de manifiesto el “*misterio de Dios*” que habita en nuestras ciudades, misterio que se encarna y oculta en su diario vivir, y en las diversas manifestaciones de la “*piedad popular*” y de la “*mística popular*”. No habrá una genuina pastoral urbana si no se atiende a la interconexión de estos diversos fenómenos. De este modo quedará mostrado en su evidencia cómo están íntimamente vinculados entre si estos fenómenos de la “*piedad popular*”, la “*mística popular*” y la “*pastoral urbana*”.

Finalmente, en la conclusión, esbozaremos algunas reflexiones que nos puedan ayudar a reafirmar este nuevo ver espiritual y fenomenológico de un modo más unitario y sin simplificaciones aberrantes que nieguen la diferencia de estos fenómenos y que a su vez nos permitan ver las íntimas correlaciones, que ellas tienen, gracias a sus mediaciones. Esta toma de conciencia ayudará enormemente a la Iglesia Latinoamericana y Caribeña para asumir los nuevos desafíos que le impone la nueva evangelización y la “*Misión Continental*”, que Aparecida ha propuesto a todos.

## 1. La “Piedad popular” en Aparecida

El tema de la “*piedad popular*” o “*religiosidad popular*” es tratado en el Documento de Aparecida en el capítulo 6 titulado “*El itinerario formativo de los discípulos misioneros*”. Como ya es conocido el DA pone mucho énfasis en esta dupla “*discípulo-misionero*” como característica fundamental de los miembros de esta comunidad de fieles llamada Iglesia y que peregrina en Latinoamérica y el Caribe. Nuestro tema es desarrollado en su detalle en el apartado 6.1.3 del DA, a partir del n. 258, titulado: “*La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo*”. Ya el mismo título nos adentra en la naturaleza del fenómeno de la “*piedad popular*”, que no es un fenómeno meramen-

te natural y externo, sino que brota del “*encuentro con Jesucristo*”, como expresión de una experiencia profunda donde el fiel no sólo se comunica con Él, sino que todavía más se une y se transforma en Él, en un verdadero y pleno encuentro personal y eclesial.

Ya el tema de la “*religiosidad popular*” fue ampliamente tratado en el Documento de Puebla (DP), que condensó en 1979 los resultados de la III Conferencia General de los Episcopados de América Latina y el Caribe. El tema será retomado, luego, por la IV Conferencia de Santo Domingo de 1992, haciéndose más hincapié en la problemática de la inculturación. Finalmente la V Conferencia de Aparecida en el 2007 lo tratará, pero con nuevas y profundas perspectivas, que ahora deberemos explicitar.

Para ello vayamos directamente al párrafo 6.1.3 del DA. El primer número de este apartado, el n.258, está destinado a valorizar la “*piedad popular*” de nuestros pueblos Latinoamericanos y Caribeños. Comienza con las mismas palabras que pronunciara el Santo Padre, Benedicto XVI, en su discurso inicial a la Conferencia de Aparecida al subrayar la “*rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos*”<sup>2</sup>. En esta religiosidad popular ya se manifiesta el “*alma*” de nuestros pueblos, pero más adelante el DA mostrará que también se transparenta algo todavía más profundo como es el “*habitar de Dios*” en el corazón de estos pueblos. Para el Santo Padre esta religiosidad es el “*precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina*” (Ibid). La piedad popular no es algo meramente exterior y secundario, sino un “*precioso tesoro*” donde se expresa el profundo sentir del pueblo en su relación con Dios. De aquí la necesidad de “*promoverla y protegerla*” (Ibid.). Ella no es patrimonio de un solo sector social, sino ella se halla presente “*de diversas formas en todos los sectores sociales*” (Ibid). Por ello es más bien patrimonio de “*una multitud que merece nuestro respeto y cariño*”, no por su número, sino, porque su piedad “*refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer*” (Ibid.)<sup>3</sup>. Siempre será la “*experiencia espiritual*” de Dios la que califica y que es patrimonio eminente de los “*pobres y sencillos*” de Espíritu. Por

<sup>2</sup> Discurso Inaugural de su Santidad Benedicto XIV en Aparecida el 13 de mayo de 2007 (DI,1).

<sup>3</sup> Aquí el DA cita a la Evangelii Nuntiandi ( EN 48) de Paulo VI. .



esta razón la Conferencia de Puebla llegará a afirmar que la *“religión del pueblo latinoamericano es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular”*<sup>4</sup>. Y que por ser *“popular”* estará *“profundamente inculturado”* y compenetrado con los valores más propios de la *“cultura latinoamericana”*.

En el comienzo del siguiente número, el 259, el DA enumera toda una serie no exhaustiva de *“expresiones”* o prácticas características de esa *“piedad popular”*. Luego un poco más adelante hace una preciosísima descripción fenomenológica de una de esos *“expresiones”* populares como es la *“peregrinación”*. Veamos en primer lugar la enumeración de alguna de esas prácticas:

*“Entre estas expresiones de esta espiritualidad se cuentan: las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y vía crucis, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia”*.

Esta enumeración de estas prácticas es sólo indicativa, de ningún modo quiere agotar la variedad y cantidad de esas prácticas, tal cómo se dan en el rico e inagotable acervo religioso-cultural de nuestros pueblos. Lo interesante de esta cita es que el DA llama a tales prácticas *“expresiones de esta espiritualidad”*. Es un mismo *“Espíritu”* el que genera, recorre y anima a tales prácticas. En cada una de estas *“expresiones”* se manifiesta con diversas acentuaciones y experiencias la piedad del Pueblo de Dios.

A continuación el DA elige a una de ellas como es la *“peregrinación”* para mostrar las ricas y diversas vivencias que un fiel puede sentir y vivir al peregrinar a algún Santuario. De hecho los Obispos reunidos en Aparecida, según varios testimonios dados en esa Asamblea, se conmovieron al ver la fe y la devoción de la multitud de peregrinos que diariamente entraban y salían del Santuario de Aparecida, ya que la sala de reuniones estaba en las inmediaciones del Templo, en el mismo subsuelo del Santuario. La descripción de la peregrinación es muy vivencial y debió ser extraída de la misma experiencia peregrinante. Es, además, una excelente muestra de este

<sup>4</sup> Aquí el DA cita al Documento de Puebla (DP444).





acercamiento fenomenológico que nosotros intentamos mostrar, no sólo por la minuciosidad de su descripción, sino aún más por la hondura de los sentimientos que allí se expresan y que nos hablan de una profunda experiencia de Dios. Vayamos al mismo texto para valorar todos esos matices experienciales que contiene:

*“Allí (en la peregrinación), el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el Santuario ya es una confesión de fe, el caminar un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual”<sup>5</sup>.*

Este hermosísimo texto ilustra por demás la “*espiritualidad*” que anima a esta práctica devocional de la peregrinación. Ya puede verse allí que esa práctica no es meramente un hecho exterior llevado a cabo por el peregrino. Sino que al contrario es un acontecimiento de fe y fruto del accionar del Espíritu en el alma de los peregrinos que se expresa a través de innumerables signos sensibles, algunos de los cuales están excepcionalmente anotados en esta presentación. El peregrino al peregrinar “*celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera*”. Su experiencia gozosa es al mismo tiempo experiencia de Dios y de sentirse “*inmerso*” en la columna de muchos “*hermanos*” en la fe que caminan junto a él. Incluso el peregrino suele sentir, a semejanza de los discípulos de Emaús (cfr. Lc. 24, 13-35), la presencia de Cristo que “*se hace peregrino y camina resucitado*” junto a él y los pobres que lo acompañan. Pero esa experiencia se enriquece y se diversifica a medida que la peregrinación se despliega en diferentes estancias o etapas. La primera será “*partida*” y todo lo que allí acontece, luego se prosigue en el mismo “*caminar*” y culmina en su

<sup>5</sup> DA, nº 259.



"llegada" al Santuario. Nuestro texto califica a esos momentos del peregrinar como una "confesión de fe", un "canto de esperanza" y un "encuentro de amor". Los peregrinos sienten intensas vivencias interiores y espirituales a lo largo de todo su peregrinar, desde su partida hasta su llegada. Pero el texto se detiene con peculiar interés en el "término" de la peregrinación cuando ya el peregrino ha entrado en el Santuario y se encuentra ante la imagen de su devoción. Allí la "mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios". A través de sus sentidos espiritualizados por su fe y amor, frutos del Espíritu, el peregrino se siente transportar a lo más íntimo del Misterio que lo acoge. En ese momento tiene la certeza de que el "amor se detiene". La presencia donante de Dios le hace "contemplar el misterio" y "disfrutar en silencio". Todo ello hace que se "conmueva" hasta las lágrimas y que en ellas derrame "toda la carga de su dolor y de sus sueños", las que ha traído por sí y por otros. Es recién entonces que puede balbucear su "súplica sincera", que le comienza a fluir "confiadamente". Esta oración es la de un corazón que ha renunciado a sí haciéndole reconocer que "solo nada puede hacer". Y el texto se cierra con la importante constatación de que toda esa experiencia ha sido en su verdad una "viva experiencia espiritual".

El número siguiente, el 260, está dedicado a explicitar en qué consiste esta "experiencia espiritual" del peregrino. Puede decirse que en todo su peregrinar, pero más todavía cuando el peregrino se encuentra en el Santuario frente a la imagen de su devoción "vive la experiencia de un misterio que lo supera". El centro ahora ya no es él, sino el Misterio de Dios, que no sólo lo excede por su "transcendencia", sino que también le hace tomar conciencia de su pertenencia a la "Iglesia, que trasciende su familia y su barrio". De aquí la importancia de los Santuarios como lugares sagrados en los que Dios se manifiesta y se da a sentir a los peregrinos que allí se dirigen para alcanzar alguna gracia y vivir una intensa experiencia espiritual en la que se "toman decisiones que marcan sus vidas".

Finalmente el n. 261 viene a señalar que esta "piedad popular", que penetra experiencialmente la vida espiritual de cada fiel es, por su misma esencia, también absolutamente personal debido a su carácter experiencial. No debe olvidarse que el fiel vive una

□ *“viva experiencia espiritual”* (n.259 fin). Por este mismo carácter experiencial, esta espiritualidad aunque se la viva en medio de una “multitud” no puede ser, sin embargo, una *“espiritualidad de masas”*. También el texto advierte que tales experiencias pueden darse en la vida cotidiana y no sólo en el Santuario. Porque en medio de la *“lucha cotidiana”* los fieles recurren a variados *“signos del amor de Dios”*, como puede ser *“un crucifijo”* un *“rosario”*, una *“vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad”*, o un *“padre nuestro musitado entre lágrimas”*, o una *“mirada entrañable a una imagen querida de María”*, que los fieles pueden llevar consigo, o hacer algún gesto como *“elevar una “sonrisa dirigida al Cielo, en medio de una sencilla alegría”*. Actitudes y gestos diarios que pueblan la vida de nuestro catolicismo popular y que muestran los dones del Espíritu que alimentan la piedad de este pueblo en sus más variadas circunstancias. Esto ya nos habla de una auténtica *“espiritualidad popular”* y hasta de una *“mística popular”*, que ahora en el próximo apartado debemos desplegar más ampliamente.

## 2. La “Mística popular” en Aparecida

Nos toca ahora tratar el tema de la *“mística popular”*, tal como nos lo presenta el DA. El término *“mística popular”* aparece sólo una vez en el DA, al final del n.262, pero su problemática está tratada amplia y profundamente en la segunda parte de nuestro apartado 6.3.1 y abarca sus últimos cuatro números, que van desde el 262 hasta el 265 inclusive. Pero antes de introducirnos en el contenido de los mismos, debemos señalar que el tema de la *“mística popular”* es, sin lugar a dudas, uno de los aportes más significativos y enriquecedores de Aparecida. Al final del n. 262 el DA dice que la *“mística popular”* encierra dentro de sí un *“rico potencial de santidad y justicia social”*. El Documento no desarrolla explícitamente este concepto de *“mística popular”*, en su esencia y en relación a otras místicas cristianas, pero sí la enmarca como la fuente surgente de la que brota la *“religiosidad popular”*, que le da su marco, tal como lo hemos visto más arriba, y que se muestra acabadamente en las características en las que se perfila la *“espiritualidad popular”* de este pueblo fiel, que ya los apartados anteriores del DA comenzaron a explicitar. Pero antes de iniciar este análisis es conveniente clarificar, aunque sea muy someramente, el significado que tiene el término *“mística cristiana”* y que



es sobreentendido en este texto de Aparecida, en orden a comprender con posterioridad lo que significa “*mística popular*” en el DA. Dada la complejidad del tema nosotros daremos aquí sólo algunos de sus principales elementos<sup>6</sup>.

La mística en general hace referencia a una experiencia espiritual que vive el sujeto humano al ser introducido en el Misterio sagrado, que se le concede por solo la Bondad divina en su total gratuidad. Este Misterio es el Misterio del amor de Dios, que irrumpe con tal fuerza y evidencia en la vida del creyente que este en su libertad no puede menos que abrazarlo y hacerlo suyo. A partir de ese momento el creyente siente que se halla incorporado y conducido por ese Misterio. Es la experiencia de Abraham y de Moisés en el Antiguo testamento. Será la experiencia de Pablo en el camino a Damasco. La experiencia mística es rica en vivencias, que afectan a todas las esferas del sujeto, tanto lo corporal como lo espiritual, desde la sensibilidad hasta lo imaginativo, pasando por lo efectivo, lo intelectual y lo volitivo. Esa experiencia es tan rica que no puede ser expresada adecuadamente y por tal motivo es inefable. Por eso muchas veces se expresa a través del lenguaje simbólico. El individuo, que vive a fondo esta experiencia espiritual, se torna receptivo ante lo Divino y sus potencias se vuelven “*pasivas*” a fin de que el Espíritu obre en él sin encontrar ningún obstáculo. Por eso, en realidad, esa “*pasividad*” del individuo se reviste ahora de una nueva actividad, movida y conducida por el Espíritu, que lo vuelve mucho más activo y creativo en orden a edificar al Reino. En esa experiencia mística el individuo se ve enriquecido por nuevas relaciones con Dios y con el prójimo. El fiel conducido por el Espíritu avanza en los caminos del amor, se hace menos discursivo y se dirige con la mayor de las simplicidades a las persona Divinas a las que sabe tratar familiarmente, como un amigo trata con un amigo. Adquiere una “*sabiduría del amor*”, que no es fruto del saber ilustrado, la cual lo permite vincular todos los acontecimientos humanos al Misterio de Dios, sabiduría que el mundo no puede dar ni comprender. Esa será la experiencia mística del indiecito Juan Diego en las apariciones de Guadalupe. Esa experiencia viene asociada muchas veces con experiencia senso-espirituales como son

<sup>6</sup> Para un tratamiento más amplio véase nuestro trabajo: *La mística popular*, Buena Prensa, México, 1ª edición, mayo de 2006.

las que se expresan en el “derramar lágrimas de amor”, el de tener “hablas o el de escuchar palabras interiores”, el de experimentar “toques” y otras sensaciones ligadas a los “sentidos espirituales”, que son como las antenas del místico. Pero también el místico al lado de sus consolaciones por la presencia sentida y cercana de Dios, experimentará muchas veces su ausencia en el total desamparo de su soledad, que le hará gemir como lo describe admirablemente San Juan de la Cruz al comienzo de su “Cántico Espiritual”: “Adónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido”<sup>7</sup>. Y esta experiencia de la “noche oscura” del alma no es una experiencia exclusiva de los grandes místicos como San Juan de la Cruz o de Santa Teresa, sino que es patrimonio también de los humildes y sencillos de nuestro pueblo que también viven con intensidad esos estados de consolación y de completo abandono. Pero la presencia de estas pruebas de consolación y de ausencia están ordenadas a acrecentar la experiencia de amor, de unión y de transformación en Dios, que vive el místico con total incondicionalidad. Será la experiencia del amor que se da entre el esposo y la esposa en el “Cantar de los Cantares” o en la “mística nupcial” entre el Amado y la Amada, tal cual la plasmó admirablemente San Juan de la Cruz o una Teresa de Ávila, o como lo expresaba en otros términos e imágenes Teresita del Niño Jesús en su “Historia de un alma” al proponer su “Caminito santo”, el de los pequeños, humildes y sencillos, que son transfigurados en Cristo y por Cristo en ese mismo caminar. La “mística popular” de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños no puede menos que inscribirse en esta historia de la mística cristiana con sus peculiares características, que el DA esboza a través del concepto de “espiritualidad popular”, y que ahora pasamos a profundizar.

Nos toca ahora presentar los grandes lineamientos que hacen a la “espiritualidad popular” y la “mística popular” tal como se despliegan en la segunda parte de nuestro apartado 6.1.3 del DA desde el número 262 al número 265 inclusive. El número 262 comienza con una importante observación. Se trata de la profundización de la fe encarnada en la cultura y en la “forma de vivir de nuestros pueblos” (Ibid.). El DA afirma que esa profundización de la fe sólo puede darse “si valoramos positivamente lo que el Espíritu santo ya ha sembrado” (Ibid.).

<sup>7</sup> S. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 1



Allí se reconoce que la *“piedad popular”* es un fruto de la acción del Espíritu Santo que hunde su accionar en el alma inculturada de nuestros pueblos y que cualquier crecimiento posterior de esa fe debe tener en cuenta esos logros del Espíritu. Por eso si a veces se dice que esa vida en el Espíritu de nuestro pueblo fiel debe ser *“evangelizada o purificada”* no se quiere decir que esas formas de la piedad popular están desprovistas de la *“riqueza evangélica”* (Ibid.). Al contrario con ello sólo se quiere exhortar a que los *“miembros del pueblo de Dios”*, siguiendo los ejemplos de María y de los santos, *“traten de imitarlos cada día más”*. (Ibid.). De ahí la importancia de alimentar la fe popular con *“un contacto mas directo con la Biblia”* y con los *“sacramentos”*, en particular con la *“Eucaristía”*, todo lo cual será de gran ayuda para vivir el *“servicio del amor solidario”*. Y el número 262 se cierra con la ya conocida mención de la *“mística popular”* al decir: *“Por este camino, se podrá aprovechar todavía más el rico potencial de santidad y justicia que encierra la mística popular”* (Ibid.).

El siguiente número del DA, el 263, va a hacer mayor hincapié en defender la riqueza que se encuentra en esta *“mística popular”*, expresada a través de la *“espiritualidad popular”* y de la *“piedad popular”* que viven nuestros pueblos y que de ningún modo puede ser considerada *“un modo secundario de la vida cristiana”* (Ibid.). Vale la pena atender a la totalidad de este texto para valorar la acción del Espíritu Santo en la vida de nuestro pueblo, presencia y acción que lo hace *“místico”*, *“espiritual”* y *“devoto”*. Lo hace *“místico”* al estar este pueblo inmerso en el Misterio divino que ha interrumpido en su vida y que lo transforma y lo eleva completamente. Lo hace *“espiritual”* en la medida en que este pueblo es *“conducido por el Espíritu”* y lo hace *“devoto”* en la medida en que este pueblo se expresa mística y espiritualmente por las expresiones de su piedad popular. He aquí el texto del n.263 en su integridad:

*“No podemos devaluar la espiritualidad popular o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios. En la piedad popular se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no*

depende directamente de la ilustración de la mente, sino de la acción interna de la gracia. Por eso, la llamamos espiritualidad popular. Es decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no es por eso, menos espiritual, sino que lo es de otra manera”.

Este magnífico texto es una excelente síntesis de todo lo que hemos expresado anteriormente cuando nos hemos referido a la “mística popular” y a la “espiritualidad popular”. Afirma la primacía del Espíritu en todos los procesos y manifestaciones que hacen a la vida espiritual y que se expresan muy particularmente en la “piedad popular”. En esta “espiritualidad popular” está presente también aquella “sabiduría sobrenatural”, fruto del amor y no de la ilustración de la mente, de la que hablábamos más arriba, cuando caracterizábamos los rasgos de la vida mística en la experiencia espiritual de los creyentes. En fin esta “espiritualidad popular” embebida en sus raíces místicas y con sus propias peculiaridades es una genuina “espiritualidad cristiana” donde sabe integrar el “encuentro personal con el Señor” con lo “corpóreo, lo sensible y lo simbólico, y las necesidades de las cosas”, tal como también lo veíamos más arriba al caracterizar lo místico. De este modo esta “mística popular” y esta “espiritualidad popular”, puede decirse y así lo afirma el final de este número 263, es una “espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso es menos espiritual, sino que lo es de otra manera”. La frase da una pista para calificar a esta “mística popular” con el nombre de “mística de los humildes y sencillos”, que es una mística de amor, aunque expresada con otros símbolos bien diferentes de las “místicas esencialistas”, muy despojadas de todo lo sensible, pero también cristianas, tales como las que expresaron el Pseudo Dionisio Areopagita a fines del siglo VI en su “Teología mística” o Meister Eckhart en los tiempos medievales y también bien diferentes, en otros aspectos, con las “místicas nupciales”, arriba mencionadas, de un San Juan de la Cruz o de una Santa Teresa de Ávila.

En el número siguiente, el 264, se realza el rol de la Piedad popular, que al estar encarnada y percibir “las hondas vibraciones de la América profunda” se hace misionera y apta para transmitir la fe en “el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos”.



En el último número de este apartado, el 265, se agrega una última nota que caracteriza a la *“espiritualidad popular”* muy ligada a la pasión de Cristo, al señalar con una expresión muy fenomenológica extraída de la *“piedad popular”*, que *“nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el ‘que me amó y se entregó por mí’ (Ga 2, 20).”* (Ibid.). Esta es otra característica de nuestra mística popular latinoamericana y caribeña, que no puede dejarse de lado. Se da una identificación muy íntima entre el Cristo sufriente y el pueblo sufriente. Los fieles, *“muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados no bajan las manos”* y al visualizar en esas imágenes sufrientes de Cristo su propio drama y dolor, se *“aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad”* (Ibid.). El número termina con una delicada alusión a María, en quien estos fieles encuentran en su rostro *“la ternura y el amor de Dios”*. Y en otro rasgo místico, en clara referencia a la Virgen de Guadalupe, la Virgen les *“hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el pliegue de su manto”*. Ahora desde Aparecida invita a sus hijos *“a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra a nuestros pueblos en torno a Jesucristo”* (Ibid., fin). A partir de allí el DA le dedicará todavía a la Virgen un nuevo apartado, el 6.1.4 a *“María, discípula y misionera”*. Pero lo dicho hasta aquí es más que suficiente para ver cómo la *“piedad popular”* está íntimamente vinculada con la *“espiritualidad popular”* y con la *“mística popular”*, que era parte de nuestro objetivo inicial. Ahora nos falta ver esta misma vinculación con la *“pastoral urbana”*. Esta es la última tarea a la que ahora debemos abocarnos.

### 3. La *“Pastoral urbana”* en Aparecida

La *“pastoral urbana”* recibe un tratamiento especial en el DA en su capítulo 10, titulado *“Nuestros pueblos y la Cultura”*. Se le consagra allí todo un apartado, el 10.6, titulado justamente *“La Pastoral Urbana”*, que comprende 11 párrafos, de los cuales los diez primeros (nn. 509 al 518 inclusive) están destinados a tratar específicamente la problemática de la *“pastoral urbana”*, y el restante, el n.519, está dedicado a la *“pastoral rural”*. Prueba evidente de la importancia que ha tomado la *“pastoral urbana”* en estos últimos años en nuestros



países y naciones latinoamericanas y caribeñas. Se ha llegado a decir que cerca del 80 % de sus poblaciones viven en ciudades, debido en gran parte a las migraciones provenientes del mundo rural o de otras regiones y países, que han venido en búsqueda de mejores condiciones de vida y de trabajo.

Está fuera de nuestro propósito estudiar en su detalle y en la totalidad de sus aspectos esta nueva realidad de la *"pastoral urbana"*, pero sí queremos acercarnos a ver y a escuchar lo que nos dice el DA sobre esta nueva problemática por demás compleja. Y muy especialmente nos interesa examinar cómo se vincula este nuevo fenómeno de la *"pastoral urbana"* con los anteriores de la *"piedad popular"* y de la *"mística popular"*, tal como lo habíamos propuesto al inicio de este trabajo.

Lo haremos siguiendo de cerca nuestro método fenomenológico de acercamiento a estas nuevas realidades pastorales que nos plantea hoy la ciudad. Método que no es sólo descriptivo de lo simplemente humano que "aparece", sino que, además, está atento para percibir el "Misterio" que se esconde y se manifiesta en las entrañas misma de la ciudad. Este último aspecto será muy importante porque permitirá que podamos vincular sin distorsiones ni artificialismos la problemática de la *"pastoral urbana"* con los temas anteriores de la *"piedad popular"* y de la *"mística popular"*.

El apartado que nos ocupa puede leerse y es conveniente hacerlo bajo las modalidades del método *"ver, juzgar y obrar"*. Al *"ver"* le corresponden los números que van del 509 al 513 inclusive. En esta sección se describen las principales características que presentan hoy las ciudades contemporáneas y hacia el final se describe la posición histórica de la Iglesia frente a las ciudades y los desafíos que hoy se le presentan a su tarea evangelizadora. Al *"juzgar"* le corresponden los números que van del 514 al 516. Esta parte es, quizás, para nosotros la más importante porque aquí se muestra un *"juicio"* iluminado por la fe y que nos permite lograr profundidades no alcanzables anteriormente y que tienen que ver con el "Misterio" que habita en la ciudad, tal como después exponremos en su detalle. Finalmente al *"obrar"* le corresponden los números que van del 517 al 518 inclusive y que tratan de lo que el DA llama *"nueva pastoral urbana"* y donde se



presentan en apretada síntesis una multitud de aspectos o *ítems* que la nueva pastoral urbana deberá tener en cuenta en el futuro a fin de renovarla con una nueva evangelización que llegue a todos los sectores y ambientes de la ciudad y muy particularmente a su corazón, que lo conforman sus habitantes. Pero no nos demoremos más. Haremos una rápida pasada por el “*ver*” de la primera parte. Para, luego, detenernos más en el “*juzgar*” a fin de contemplar y adentrarnos en el “*Misterio*” de la ciudad. Descubierta este “*misterio*” y habiéndolo vinculado con la “*piedad popular*” y la “*mística popular*” podremos finalmente asumir en el “*obrar*” los nuevos desafíos, que nos propone esta “*nueva pastoral urbana*”.

El apartado de la pastoral urbana se abre en el n.509 con un análisis sociológico de nuestras grandes ciudades que son “*laboratorios de esa cultura contemporáneas compleja y plural*” (Ibid.). Por esto el n. 510 nos dice que las ciudades se han convertido “*en el lugar propio de nuevas culturas que se están gestando e imponiendo un nuevo lenguaje y una nueva simbología*”, problemática que se “*extiende también al mundo rural*” (Ibid.). Problemática a la que deberá responder también la “*piedad popular*”, que para actualizarse deberá asumir creativamente esos nuevos lenguajes y símbolos, so pena de quedar desactualizada. A continuación el n. 511 dirá que “*en el mundo urbano, acontecen complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas, religiosas que hacen impacto en todas las dimensiones de la vida*” (Ibid.). Estos serán nuevos desafíos para la “*pastoral urbana*” que serán respondidos más adelante cuando se proponga poner en “*obra*” una “*nueva pastoral urbana*”. Iguales desafíos serán los que presenten las “*ciudades satélites y los barrios periféricos*”. En el n. 512 se hace una apretada referencia en base a breves contraposiciones de la compleja multiculturalidad de nuestras actuales ciudades donde cohabitan en un mismo espacio diferentes imaginarios sociales. Finalmente en el n. 513 se hace una consideración en relación a la posición que tomó la Iglesia frente a las ciudades a lo largo de su historia, en la que se nos recuerda que la Iglesia neotestamentaria se inició en “*las grandes ciudades de su tiempo*”. Hoy el desafío no es menor ante las nuevas metrópolis. De ahí la realización a nivel eclesial de nuevas experiencias para salir al encuentro de esos desafíos, aunque el DA reconoce que se plantean en diversos lugares “*actitudes de miedo ante la pastoral urbana*”,

como así también se notan “*tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y de tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura*” y tampoco faltan “*sentimientos de impotencia antes las grandes dificultades de las ciudades*” (Ibid). Todo ello hace que se necesite un fino sentido de discernimiento en el Espíritu para juzgar esta nueva problemática. Es lo debemos examinar más de cerca en la segunda parte de nuestro apartado dedicado al “juzgar” y que nos pondrá en contacto con una visión más profunda del fenómeno de la ciudad a la luz del Misterio que habita en la ciudad.

El número 514 se abre con una consideración importantísima que nos proporciona la fe: “*Dios vive en la ciudad*”<sup>8</sup>. Este es un presupuesto para cualquier pastoral urbana que se quiera emprender. Veamos ahora más en detalle qué significa esta afirmación. Este habitar o vivir de Dios en la ciudad no es primeramente un habitar meramente físico, como sería de una persona que habita en un espacio determinado. Incluso no habita porque haya alguna estatua erigida en honor a Dios o porque se lo honre en el Sacramento eucarístico. El texto no niega estos signos, pero comienza por poner en relieve algo insospechado para muchos al afirmar que Dios habita en la ciudad “*en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos*”(Ibid.). No es un habitar incontaminado de Dios, sino en íntimo contacto y hasta identificación con las más y contradictorias experiencias humanas como son las de la alegría y las del dolor. Y más aún el texto insiste para que veamos la presencia de Dios en las mismas “*sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión*” (Ibid). Situaciones tremendas que llegan al límite del dolor y del abandono, como la que sufrió el mismo Cristo al decir en la Cruz: “*¡Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?*” (Mc. 15, 34). Situaciones terribles, pero en la que sigue estando Dios, porque aún cuando Cristo, en cuanto hombre, no lo sintiera, su Padre estaba junto a El y lo consolaba, conuelo que le hizo decir a Cristo antes de su muerte: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc. 23,46). Esas mismas realidades, que también se dan de múltiples maneras en nuestras

<sup>8</sup> Véase nuestro artículo “*Dios habita en la Ciudad*” (Revista CIAS, Buenos Aires, setiembre-octubre 2007, también está en Internet). Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional de Pastoral Urbana “*Dios habita en la Ciudad*” realizado en México del 6 al 9 e agosto de 2007..



ciudades “no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos” (Ibid.). Dios no es sólo el buen samaritano que se conduele con la víctima tirada al borde del camino, sino también es la misma víctima que yace golpeada, a la intemperie y en total desamparo.

Pero también al lado de estas lamentables situaciones la parte final del número 514 nos invita a ver también en nuestras ciudades otras situaciones abiertas a la “libertad y oportunidad”, propicias a la convivencia, a la fraternidad y a la solidaridad, donde “el ser humano es llamado constantemente a caminar siempre más al encuentro del otro, convivir con el diferente y aceptarlo y ser aceptado por él” (Ibid.). En todas estas experiencias también habita Dios. Esta mirada contemplativa del Misterio de Dios en nosotros y en la ciudad nos la da la fe, con la que se penetra en lo más profundo de las experiencias humanas. Pero esta mirada de fe no tiene todavía la claridad de la visión, propia de la vida bienaventurada, en la cual veremos las cosas tal cual son, sin ningún recorte o ensombrecimiento.

Por eso el número 515 nos introduce en el “proyecto de Dios”, que según el Apocalipsis se realizará “en la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo” (Ap. 21,2). Y un poco más adelante el texto de Aparecida cita por entero el texto de Ap.21,3-4, donde se habla de la ciudad como una realidad escatológica donde Dios habitará con los hombres, donde “ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos” enjugando las “lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido” (Ibid). Realidades que no son meramente futuras, sino que comienzan ya a realizarse en Jesucristo, que es el “Alfa y la Omega, el Principio y el fin” (Ap. 21,6) y que nos dice “Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap. 21,5). La ciudad se hace así símbolo de Cristo y del Pueblo de Dios. Este pueblo de Dios ya está recorriendo la historia y muestra en sus entrañas los mismos signos que Cristo mostraba en su resurrección al extender su manos y mostrar su costado. Este Pueblo de Dios en el que acampa Dios es un “Misterio sagrado” oculto, pero que ya se muestra y se revela en parte en la “piedad popular”, en los numerosos rasgos que caracterizan a la “espiritualidad popular” y a la “mística popular”, tal como lo mostramos

más arriba. El fenómeno de la *"piedad popular"* no es privativo sólo de los medios rurales, sino que alcanza su última diafanidad en la ciudad, como nuevo símbolo que expresa las últimas realidades de la unión consumada entre Dios y los hombres. Este *"Misterio"*, que solo será develado al final de los tiempos, pero que ya está en pleno crecimiento en nuestra historia, debería ser el modelo básico a tener en cuenta cuando se quiere implementar la *"pastoral urbana"*. De nada valdría elaborar estudios sociológicos, que siempre son necesarios, para encarar una nueva pastoral urbana, si olvidamos el *"Misterio de Dios"* en la ciudad y en el cual estamos insertos. Como lo dice muy bien el número 516: *"La Iglesia está al servicio de la realización de esta Ciudad Santa"*. Y esto lo hará implementando toda una serie de iniciativas pastorales que vayan *"transformando en Cristo, como fermento del Reino, la ciudad actual"*.

El apartado dedicado a la *"pastoral urbana"* finaliza con el *"obrar"*, desarrollado en los números 517 y 518, en los cuales *"la V Conferencia propone y recomienda una nueva pastoral urbana"*. El número 517 propone en 11 *items* toda una nueva iniciativa para promover esa nueva pastoral urbana. Y el número 518 en 15 *items* trata la problemática de la formación de los agentes de pastoral y plantea la necesidad de integrar los elementos que deben acordarse para la formulación de una coherente pastoral orgánica de la ciudad. Temas amplísimos que no podemos abordar aquí y ahora por el limitado espacio que tenemos.

## Conclusión

Para concluir hacemos nuestros votos para que estos fenómenos de la *"piedad popular"*, la *"mística popular"* y la *"pastoral urbana"*, junto también a una *"renovada pastoral rural"* (n.519), en su diversidad, pero también en su vinculación y entrecruzamiento, tal como lo hemos mostrado en este trabajo, puedan seguir fecundando nuestras ciudades y sociedades. Será de la mayor importancia para el futuro que la Iglesia, sus agentes de pastoral y hasta el pueblo sencillo y humilde, que viven los carismas más variados de su vida mística, tomen una mayor conciencia de estos dones del Espíritu que los habita y los anima. El Documento de Aparecida nos mueve a ello. Esto permitirá que el Espíritu siga impulsando en la Iglesia y en el mundo las más



variadas iniciativas para responder de la mejor manera posible a los importantes desafíos que hoy el mundo contemporáneo nos plantea, para que transformando nuestras ciudades y sociedades con la fuerza del Espíritu vayamos, finalmente, paso a paso y sin claudicaciones, construyendo la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, y que no es otra cosa que ir adelantando el advenimiento del Reino de Dios. La “*Misión Continental*” (n.551), que nos propone Aparecida, puede ser una buena oportunidad para ello.

## Piedade popular e liturgia

Pe. José Ulysses da Silva.CSsR.\*

### Sumario

Este artículo parte del estímulo que el Documento de Aparecida ofrece cuando habla de piedad popular, con el fin de superar el dualismo entre Liturgia romana y piedad popular. Hace memoria de las prácticas de Jesús y de las primeras comunidades cristianas, como referencias esenciales. Hace una breve memoria de la historia del rito romano hasta el Concilio Vaticano II, constatando el dualismo que se generó entre Liturgia romana y piedad popular. Retoma el proceso iniciado por el Concilio Vaticano, como esperanza de una renovación todavía en marcha. Analiza la nueva ciudadanía eclesial que el Documento de Aparecida confiere a la piedad popular, subrayando sus valores evangélicos, para proponer que la piedad popular “evangelice” la Liturgia. Concluye con una propuesta de inculturación y de reintegración entre piedad popular y Liturgia, como parte de los desafíos para la Misión Continental.

**Palavras chave:** Piedade Popular, Liturgia.

\* Licenciado em Liturgia pelo Pontifício Ateneu Santo Anselmo – Roma; Vice-mestre de Noviços da Província Redentorista de S. Paulo; Endereço: Seminário Santa Teresinha, Rua do Expedicionário 133, 18530-000 Tietê. SP. Brasil; Tel.: (55.15) 3282-1002; Cel.: (55.11) 8563-9222; E-mail: peulysses@yahoo.com.br



### **Sumário:**

Este artigo parte do estímulo que o Documento de Aparecida oferece quando fala da Piedade popular para propor uma superação do dualismo entre Liturgia romana e Piedade popular. Relembra algo das práticas de Jesus e das primeiras comunidades cristãs, como referências essenciais. Faz uma breve memória da história do rito romano até o Concílio Vaticano II, constatando o dualismo que se criou entre Liturgia romana e Piedade popular. Retoma o processo desencadeado pelo Concílio Vaticano, como esperança de uma renovação ainda em marcha. Analisa a nova cidadania eclesial que o Documento de Aparecida confere à Piedade popular, sublinhando os seus valores evangélicos, para propor que a Piedade popular “evangelize” a Liturgia. Conclui com uma proposta de inculturação e de reintegração entre Piedade popular e Liturgia, como parte dos desafios para a Missão Continental.

**Palavras chave:** Piedade Popular, Liturgia, Palavra de Deus. Inicia sua reflexão, demonstrando que as Sagradas Escrituras, sem deixar de ser Palavra de Deus, são também palavra humana. Paulo, com efeito, foi um apaixonado da Revelação de Deus e um profundo conhecedor das Sagradas Escrituras. Ele é o grande enamorado da Palavra, um mestre da Palavra e um valoroso pregador da Palavra.

**Palavras chave:** Palavra – Palavra humana – Palavra de Deus – Sagradas Escrituras – Pregação.



## Introdução

**S**enhor Deus onipotente, veja quanto desespero retiraram da igreja nosso santo padroeiro. Tudo agora ficou triste, ninguém mais quer ser festeiro. Isto é o fim do mundo, eu quero morrer primeiro.

A notícia no jornal deixou todo mundo aflito  
e o nosso arraial ficou muito esquisito  
com o nosso padroeiro tudo era tão bonito  
e agora ninguém sabe onde está São Benedito.  
A promessa que eu fiz não sei onde vou pagar  
a capela está vazia não tem santo no altar  
meu pretinho milagroso, padroeiro do lugar,  
no oratório do meu peito para sempre ficará.”

Essa canção sertaneja reflete a perplexidade da maioria do nosso povo católico logo após o Concílio Vaticano II diante de certas decisões “litúrgicas” renovadoras impostas pelo clero.

Na pressa de importar o “aggiornamento”, tal como acontecia na Europa, muitos sacerdotes atropelaram a tradição de piedade secular do nosso povo. Impuseram-lhes determinadas reformas litúrgicas, privaram-nos de suas imagens e devoções favoritas, desqualificaram seus costumes devocionais, sem ter-lhes proporcionado um processo de informação e de formação sobre os documentos do Concílio. Era um esforço que coincidia com a ideologia de construir um cristianismo sem religiosidade. Como bem comentou Mons. Joan Carrera: “Era por amor ao ‘Povo’, com maiúscula, que fustigavam o povo, com minúscula, cada dia trabalhando para afastá-lo das formas de religiosidade que



eram consideradas mais ou menos supersticiosas e, portanto, aviltantes. Não somente as procissões, as bênçãos, as imagens... eram varridas, mas também para a própria prática sacramental começou a se exigir um nível de conhecimento, de opção pessoal e uma capacidade cultural edificada sobre a secularidade e a mística do compromisso, que a situava muito distante da maneira de ser real do povo”.<sup>1</sup>

Como acontece com tudo o que é imposto à força ao mais fraco, boa parte do nosso povo continuou com suas práticas devocionais e passou a se conformar com as novidades. Hoje, podemos dizer que a reforma litúrgica já faz parte da vida do nosso povo, principalmente pelo espaço de participação ativa que criou para as assembléias. Contudo, não conseguiu superar o dualismo entre Liturgia e Piedade popular. Continuam sendo duas realidades paralelas, às vezes contraditórias, em que a Liturgia, ainda sob controle quase exclusivamente clerical, apresenta-se como superior à Piedade popular. Ou seja, o Povo de Deus, cantado em tantos versos e defendido em tantas teses e documentos, de fato, ainda está longe de ter conquistado o seu espaço de direito na Igreja, tal como propunha a Constituição *Lumen Gentium*.

## I. Piedade popular e Liturgia, uma história antiga

1. Jesus provoca uma transformação profunda no modo de orar comunitariamente. O próprio mistério da Encarnação escapa a todos os moldes de ‘culto oficial’ que se haviam institucionalizado até então. A fé nesse mistério fontal da revelação cristã propõe uma superação definitiva de todos os dualismos de que se alimentavam as religiões tradicionais, como sagrado e profano, culto oficial e piedade pessoal, etc. A Encarnação representa o ponto de partida e a motivação de fé de qualquer movimento de inculturação da fé cristã, da evangelização e da liturgia. Por isso, a relação de Jesus com o culto oficial judaico no Templo parece ter sido mais de conflito do que de participação (Jo 2, 13-22; 7,14-53; 12, 22-39). E não se tratava apenas de criticar o modo como era praticado, mas

<sup>1</sup> Mons. Joan Carrera, De la religiosidad popular a um cristianismo popular, em *Religiosidad popular y Santuários, Dossiers CPL*, 64, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona, 1995, p. 13-14

de anunciar que um novo tempo estava chegando, em que Ele e seu Corpo místico (Jo 2, 21-22; Rm 12, 1; 1Cor 6, 19-20; Hb 10, 1-10) seriam o verdadeiro templo do culto que agrada a Deus. Ele vivencia e propõe uma vida de piedade fundamentada no diálogo interior com o Pai (Mt 6, 5-15) e na reunião dos discípulos em seu nome (Mt 18, 19-20). Sua linguagem está longe de ser uma linguagem cultual. Pelo contrário, escolhe gente simples como discípulos e apóstolos, e, a partir de suas vidas e de suas experiências, anuncia-lhes e com eles celebra um Evangelho de libertação total. Ao celebrar a Páscoa judaica, foge do ritual prescrito, retoma o sentido familiar da celebração e, usando a moldura do rito antigo, coloca um conteúdo novo: o seu corpo e o seu sangue, como sacramentos que atualizam a redenção pascal, realizadas pela sua morte e ressurreição. O Novo Testamento testemunha que as primeiras comunidades continuaram a “fazer memória” daquela Última Ceia (1Cor 11, 23-25), através da “fração do pão”, quando se reuniam para acolher o anúncio do Evangelho, para orar em comum e para partilhar seus bens (At 2, 42-47). Por alguns anos, muitos judeus cristãos, talvez por não perceberem nas reuniões das primeiras comunidades um novo culto, continuaram a freqüentar o templo e a sinagoga. Paulo, porém, ajuda a compreender a novidade absoluta de Jesus, diante de quem todo o passado cultual fora apenas uma sombra e um anúncio. O verdadeiro culto desejado pelo Pai é Jesus, por isso, já não é mais necessário manter outros cultos, ritos e tradições. Em torno do Senhor Ressuscitado inicia-se uma nova prática de oração pessoal e comunitária, em que não existe distinção entre Liturgia e Piedade. Pode-se afirmar que a Piedade, enquanto espírito de oração contínua, principalmente através de expressões que se dirigem a Jesus, à Virgem Maria e aos mártires, etc., antecede o surgimento de uma Liturgia cristã. É muito claro que “na época apostólica e pós-apostólica encontra-se uma profunda fusão entre as expressões cultuais que hoje chamamos, respectivamente, Liturgia e piedade popular”...“Liturgia e piedade cristã não se contrapõem nem conceitual nem pastoralmente: concorrem harmoniosamente para a celebração do único mistério de Cristo considerado unitariamente e para a sustentação da vida sobrenatural e ética dos discípulos do Senhor”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Diretório sobre a Piedade Popular e a Liturgia (DPPL), Paulinas, 2ª. Ed. 2009, n. 23



2. Essa unidade e simplicidade iniciais, na medida em que se distanciam do contato com os Apóstolos, vão cedendo lugar à criatividade, que diversifica o modo de celebrar. Nada está ainda codificado e, tanto os evangelizadores como os bispos têm liberdade para presidir e improvisar a oração da comunidade. Modelos vão surgindo, como a atual Prece eucarística II, inspirada em Santo Hipólito (séc. III). Ao redor das grandes sedes episcopais, caracterizadas pela sua ligação com algum apóstolo, vão se desenvolvendo ritos próprios, que mais tarde se tornarão famílias litúrgicas. Nesta riqueza de famílias litúrgicas, muitas das quais até hoje estão bem vivas na Igreja Católica, destaca-se a Liturgia do rito romano, a única a que me refiro neste artigo. Ela entra num processo de polarização, de controle e de uniformidade litúrgicos, na medida em que vai se desfazendo a unidade da 'pax romana'. O latim, que já era nem falado nem compreendido por todos, torna-se a sua língua oficial e sagrada. Eis o início daquilo que poderíamos chamar de involução do nosso rito romano: a partir do séc. IV, com o edito de Constantino, começa a elitização social do clero e a marginalização do povo das celebrações litúrgicas, que passam a ser apenas assistidas, não mais participadas pela assembleia. A idéia de "culto oficial", com a fixação de textos, ritos, fórmulas e rubricas, que conduzem cerimônias bem executadas, prevalece sobre a de celebração comunitária.
  
3. Ainda assim, o papa Gregório Magno (séc. VI), um dos grandes promotores do processo de codificação da Liturgia, tem a sabedoria de propor "sábias diretivas para que a conversão dos novos povos ao Evangelho não aconteça com prejuízo da tradição cultural deles; ao contrário, que a própria Liturgia se enriqueça de novas e legítimas expressões culturais; harmoniza as nobres expressões do gênio artístico com as mais humildes da sensibilidade popular..."<sup>3</sup> Contudo, todas as reformas litúrgicas posteriores foram sempre no sentido de manter a ortodoxia doutrinal, embelezar as cerimônias, codificar e uniformizar o rito romano, jamais no sentido de promover a participação ativa e consciente da comunidade. Além de normas rigorosas, que afastavam o povo da comunhão eucarística, fabricou-

<sup>3</sup> DPPL, N. 27

se uma catequese eucarística, em que a Missa, entendida apenas como sacrifício expiatório, quase que se transforma apenas em “sacramento dos mortos”. E a participação visível do povo, ainda que salvando a dimensão da graça invisível, vai-se reduzindo apenas à espórtula para encomendar missas. A partir dessa época, “A Liturgia reflete a visão simbólica do universo e a concepção hierárquica e sacral do mundo”,<sup>4</sup> além de aculturar-se com os cerimoniais das cortes dos reis.

4. É o momento em que o Espírito Santo, longe de abandonar o Povo de Deus, o conduz pelos caminhos da Piedade popular. Pelo séc. VII, já que se tornara inevitável “o dualismo celebrativo, paralelamente à Liturgia, oficiada em língua latina, desenvolve-se uma piedade popular comunitária, que se expressa em língua vernácula”.<sup>5</sup> Os livros litúrgicos e o latim são inacessíveis, o povo cria as suas devoções, os seus símbolos, os seus ritos, enfim, sua forma cultural de comunicar-se com o divino. Distanciados da Palavra de Deus e do direito de participar ativamente, o povo descobre suas compensações devocionais. Em lugar dos 150 salmos dos monges surgem as 150 Ave-Marias do rosário. Os sinos das igrejas fazem ecoar o “Angelus Domini”, santificando as horas do dia. Já que os ministros clericais se tornam uma casta separada, o povo encontra em seus santos, principalmente em Maria Santíssima, os intermediários que escutam suas necessidades e intercedem por ele. Festas, novenas, procissões, peregrinações integram essa “liturgia popular”, que dispensa os ministros ordenados. Medalhas, escapulários, imagens e pinturas sacras tornam-se símbolos sacramentais ao alcance de todos. Enquanto o “culto oficial” transforma-se em espetáculo clerical ou em lei da Igreja, que obriga à assistência, as devoções se expressam em língua vernácula e com símbolos populares, é cheia de gratuidade, de confiança, de espontaneidade e de generosidade. Nela falam os sentimentos afetivos mais do que a obrigação e os textos ortodoxos. Se a Liturgia queria imitar a corte celeste, tal como a fantasiava, a Piedade popular agarra-se à humanidade de

<sup>4</sup> DPPL n. 28

<sup>5</sup> DPPL n. 29



Jesus, ao seu nascimento, ao seu sofrimento, ao seu coração cheio de amor, que motiva milhares de pessoas no caminho da santidade. Parece que a Liturgia vai se esquecendo dessa humanidade de Jesus, que deveria atualizar em seus ritos, para se limitar a rubricas bem ou mal executadas. O povo não perde o sentido de Igreja, continua a construir desde simples capelas até belíssimos templos e os frequentam sempre, mais pelo gosto de visitar os seus santos e cumprir suas devoções, do que para participar do “culto oficial”.

5. Eis algo da história da Liturgia romana, pela qual não passaram outras famílias litúrgicas católicas, como as orientais, principalmente quanto a esse distanciamento entre celebração litúrgica e piedade do povo.<sup>6</sup> Daquele jeito tão próprio e original de ser, conviver e orar de Jesus com seus discípulos, que culmina ao redor de uma mesa na Última Ceia, cujo rito inicial foi um Lava-pés, até chegar aos ‘cultos oficiais’ da Liturgia romana, que a partir da Idade Média até o Concílio Vaticano II, mantinham o povo apenas como presença passiva do ato celebrativo ou como pagador de espórtulas, há uma involução que pouco tem a ver com o jeito de Jesus. Ainda que se salvasse a essência do ato sacramental, enquanto comunicação da graça divina, perdera-se totalmente o sentido de assembléia reunida ao redor do Senhor ressuscitado, para louvar, agradecer e suplicar juntos. Em lugar disso, a Liturgia romana tornou-se um meio de afirmação hierárquica clerical, que até hoje continua sendo uma tentação atraente na vida da Igreja.

## II. O Concílio Vaticano II, um novo início de caminhada

6. Houve na Igreja Católica uma proposta de reestruturação de sua vida e do seu agir pastoral, a partir das Constituições publicadas pelo Concílio Vaticano II. As propostas conciliares sobre a Igreja, a Liturgia, a Palavra de Deus e a presença da Igreja no mundo abriram um espaço pastoral cheio de esperança. Finalmente, tinham sido superados muitos séculos de tradições

<sup>6</sup> Cf. Rafael Serra Abellá, *Piedad Popular, Liturgia, Vida Cristiana*, em *La Piedad popular y La Liturgia*, cuadernos Phase 134, p. 36



e costumes da Igreja católica do ocidente, que já não eram tão fiéis à primeira tradição oriunda dos Evangelhos e das primeiras comunidades cristãs.

7. O Concílio Vaticano II refez o cerne da Liturgia cristã, que é constituído pelo Mistério pascal de Jesus. É maravilhosa a teologia litúrgica que a “Sacrossanctum Concilium” oferece ao Povo de Deus. Ela reafirma os três pilares da Liturgia cristã, que devem fundamentar todos os ritos: ser uma atualização da História da Salvação, sacramentalizar a presença e a ação de Jesus Ressuscitado e constituir-se numa comunidade celebrante, que tem o direito e o dever de participar plena, consciente e ativamente da celebração litúrgica.<sup>7</sup> O grande desafio era transformar os princípios constitucionais do Concílio em prática celebrativa. Logo nos primeiros anos após o Concílio, foi resgatado um imenso tesouro de textos litúrgicos. E havia a consciência clara da necessidade de, a partir desse tesouro, iniciar um processo de inculturação litúrgica em cada região e em cada povo. Contudo, para o nosso continente, foram importados muitos modelos celebrativos, que não tinham quase que nenhum vínculo com nossas culturas. A renovação e a profusão de textos em língua vernácula e a formalização de ritos antigos são ainda demasiadamente pobres em gestos e em símbolos, que sejam significativos para o nosso povo. O resultado é que a liturgia romana dificilmente expressa a alma religiosa do nosso povo latino-americano e caribenho. Ou seja, houve apenas tradução de línguas, não porém uma tradução de culturas. Estamos ainda longe de um processo de inculturação dos textos e ritos litúrgicos. Talvez por abusos daqueles que manipulavam as celebrações, ou pela mentalidade reacionária de parte da hierarquia, atualmente estamos correndo novamente o risco do rubricismo, que nos remete à época anterior a “Mediator Dei”. Hoje, usa-se facilmente a expressão “litúrgico ou anti-litúrgico” mais para reafirmar a autoridade clerical do que para penetrar na participação do mistério pascal da Liturgia.
8. É verdade que fizemos uma caminhada irreversível de renovação ao longo das últimas décadas. O hinário litúrgico foi enriquecido

<sup>7</sup> Cf. Sacrossanctum Concilium nn. 4-7; 14



com criações locais, a assembléia tem seus momentos de participação ativa, há certo espaço para a criatividade, onde as celebrações são preparadas e não apenas executadas, mas ainda persiste uma mentalidade de “terceirização cultural”, em que, a partir de uma taxa ou esportula, obtém-se o direito a um batizado, matrimônio, missa, etc. E o mundo da Piedade popular, mesmo que não reprimido, continua sobrevivendo como uma realidade paralela à liturgia oficial, cruzando-se com ela ocasionalmente, jamais, porém, integrando-se numa só celebração.

9. Posteriormente, nossas Conferências episcopais traduziram o Concílio para o contexto do nosso continente. Medellín, Puebla e Santo Domingo se debruçaram sobre a realidade da injustiça social e sobre os desafios de evangelização integral do nosso povo. São passos qualitativos, que certamente impulsionam nossa caminhada, mesmo que falem mais em nome do povo do que deixem o povo falar.
10. As Comunidades, principalmente as CEBs, cresceram muito no sentido de encarnar a vida do povo dentro da Liturgia. Correram até o risco de manipular a dimensão celebrativa, convertendo-a em instrumento de conscientização social. Podemos dizer, porém, que ainda continua a ser praticada uma injustiça cultural para com o povo, porque, com exceção de alguns grupos de liderança, nosso povo simples é antes objeto do que protagonista de todas essas mudanças. Tais atitudes certamente contribuíram para a disseminação das denominações cristãs fundadas nas últimas décadas, para o sucesso do pentecostalismo protestante e católico e para o distanciamento da participação na Igreja, principalmente dos homens e dos jovens.
11. Graças a Deus, o Concílio Vaticano II não foi apenas um evento histórico, mas foi principalmente um evento sacramental. Cremos que Jesus, através daquele Concílio, manifestou sua Vontade à Igreja. Por isso, sua efetivação tem um cronograma divino, sempre paciente com o ritmo humano. Gradativamente, a renovação irá acontecendo ao longo de séculos, numa pedagogia divina que jamais irrompe a evolução normal das mudanças culturais humanas, tal como aconteceu no Antigo Testamento.





### III. A nova cidadania eclesial da Piedade popular

12. O Documento de Aparecida surpreende positivamente, quando trata da Piedade popular. Sem dúvida alguma, o fato de a V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e do Caribe ter sido realizada no subsolo da Basílica de Aparecida exerceu sua influência sobre a reflexão dos bispos participantes. Eles podiam sentir de perto a piedade dos peregrinos, suas orações e seus cantos ecoavam como fundo sonoro nas assembléias e nas salas de reuniões, as concelebrações sempre foram feitas junto com o povo e, no ir e vir dos bispos, sempre entravam em contato direto com os peregrinos. Era um testemunho positivo, em que celebrações litúrgicas e atos de Piedade popular coincidiam num mesmo lugar.
  
13. O texto dedicado à Piedade popular é o melhor que encontramos até hoje em documentos do magistério. Está contextualizado na II parte do Documento de Aparecida, que trata da Vida de Jesus Cristo nos Discípulos Missionários. No cap. 6, ao abordar o itinerário formativo dos Discípulos Missionários, afirma que toda formação deve se desenvolver como busca de uma espiritualidade trinitária, cujo único acesso é o encontro com Jesus. E indica os lugares de encontro com Jesus Cristo. Pois bem, a grande novidade é que, além dos Sacramentos, da Palavra de Deus, etc. reconhece que a Piedade popular é um espaço válido de encontro com Jesus Cristo e dedica 8 números a este tema, do 258 ao 265.
  
14. Inicialmente, reconhece que existe uma rica e profunda religiosidade popular na alma dos nossos povos, que deve ser promovida e protegida, porque reflete uma sede de Deus, que se deixa conhecer pelos pobres e pelos simples. É um autêntico catolicismo do povo, expressão de uma inculturação profunda, que integra a cultura latino-americana.<sup>8</sup>
  
15. A Piedade popular compreende todas as expressões religiosas do nosso povo, como festas do padroeiro, via-sacra, rosários, procissões, devoções, cânticos folclóricos, promessas, romarias,

<sup>8</sup> Documento de Aparecida, n. 258



etc. De modo especial, a peregrinação é uma profissão de fé e de esperança e o santuário é um lugar de encontro de amor, onde se experimenta a proximidade de Deus. A oração do peregrino manifesta sua renúncia à auto-suficiência e conduz a uma experiência espiritual da transcendência de Deus e da Igreja. Os santuários muitas vezes marcam a história pessoal com a conversão, o perdão e a gratidão.<sup>9</sup>

16. Para o Documento de Aparecida, a Piedade popular não é uma espiritualidade de massa, mas autêntica espiritualidade eclesial popular. Ela produz e vivencia os simbolismos do amor de Deus presente na labuta de cada dia: um crucifixo, uma vela, uma súplica, o olhar voltado a uma imagem, o sorriso, a lágrima, etc. É uma fé que pode ser aprofundada, desde que se valorize positivamente o que o Espírito Santo já semeou no coração das pessoas através da Piedade popular, como um ponto de partida imprescindível. É preciso ser sensível a ela, perceber suas dimensões internas e seus valores inegáveis. Ela já possui sua riqueza evangélica, a tal ponto que a atitude correta não é querer evangelizá-la ou purificá-la, mas reconhecê-la e assumi-la. Trata-se de uma **mística popular**, com um rico potencial de santidade e de sensibilidade à justiça social. Ela facilmente conduz à imitação dos santos, ao contato direto com a Bíblia e à participação nos sacramentos.<sup>10</sup>
17. De modo algum, a Piedade popular pode ser desvalorizada como se fosse uma forma secundária de vida cristã. Tal atitude seria um esquecimento da ação do Espírito Santo e da iniciativa gratuita de Deus nas pessoas e nos grupos humanos. Ela manifesta um sentido profundo de transcendência, de capacidade espontânea de apoiar-se em Deus e conduz a uma verdadeira experiência de amor teologal. É uma sabedoria sobrenatural, que depende diretamente da ação interna da graça. É uma autêntica **espiritualidade popular** encarnada na cultura das pessoas simples, é um encontro pessoal com o Senhor, capaz de integrar o corporal, o sensível, o simbólico e as necessidades mais concretas das pessoas.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Documento de Aparecida, nn. 259-260

<sup>10</sup> Documento de Aparecida, nn. 261-262

<sup>11</sup> Documento de Aparecida, n. 263

18. Por isso, a Piedade popular é uma maneira legítima de viver a fé e de ser membro da Igreja, como missionários. Faz parte da originalidade histórica cultural dos pobres da América, porque representa uma síntese entre as culturas e a fé cristã. No ambiente atual de secularização, é uma poderosa confissão de Deus, capaz de transmitir a fé cristã. A Piedade popular é em si mesma um gesto evangelizador. Nossos povos se identificam tanto com o Cristo sofredor, o Senhor Bom Jesus, porque na certeza do imenso amor de Jesus que os amou e se entregou por eles, encontram a força da sua dignidade. E no rosto de Maria encontram a ternura de Deus, protegem-se nas dobras do seu manto e cobram coragem para lançar as redes no mundo para libertar os esquecidos e integrar a todos ao redor de Jesus Cristo.<sup>12</sup>
19. Sem dúvida alguma, podemos afirmar que o Documento de Aparecida confere cidadania à Piedade Popular. “É o primeiro Documento da Igreja que de maneira explícita, outorga à ‘religiosidade popular’ vivida pelo nosso povo fiel e simples o caráter de ‘espiritualidade popular’ e inclusive muito mais ainda ao dar-lhe o nome de ‘mística popular’”.<sup>13</sup> Se tirarmos todas as conseqüências dos belíssimos textos do Documento de Aparecida, poderemos não só resgatar valores não integrados como dar alguns saltos qualitativos naquilo que se sonha como inculturação da Liturgia na cultura dos nossos povos. É uma inculturação que deverá ter como meta primeira o encontro celebrativo entre Piedade popular e Liturgia, para em seguida conduzir o nosso Povo pelo caminho da libertação das estruturas das injustiças sócio-econômicas e dos contra-valores culturais.

#### IV. Os valores da Piedade popular

20. Quais são os valores que se explicitam na Piedade popular? Ao refletir sobre a Piedade popular, nós nos referimos sempre à Piedade popular católica, tal como a encontramos em nosso continente. Ela compreende, como diz o Documento de Puebla,

<sup>12</sup> Documento de Aparecida, nn. 264-265

<sup>13</sup> Jorge Seibold, Dios habita en la ciudad, aportes de Aparecida para una nueva pastoral urbana en América Latina y Caribe, em Revista CIAS, año LVI, n. 568-569, septiembre-octubre 2007, p. 409.



“o conjunto de crenças profundas marcadas por Deus, das atitudes básicas que derivam dessas convicções e as expressões que as manifestam”.<sup>14</sup> Essa descrição aplica-se a todo tipo de religiosidade popular. Por isso, ao falar dos valores da Piedade popular católica, talvez, seja válido distinguir, como faz o Diretório sobre a Piedade popular e Liturgia, da Congregação para o Culto divino e a Disciplina dos Sacramentos, 17/12/2001, entre religiosidade e piedade.<sup>15</sup> É uma distinção que tem sua razão de ser, porque retratam dois tipos de atitude religiosa bastante distintos. De fato, a religiosidade é uma experiência universal, que expressa o respeito ou o temor religioso diante do transcendente. Não inclui necessariamente valores evangélicos, limita-se não raro a objetos, fórmulas e gestos de adoração, agradecimento e súplica, nem sempre está vinculada a uma coerência entre crença e moral. Ao contrário, a Piedade popular católica se contextualiza dentro da fé cristã, como um “verdadeiro tesouro do povo de Deus”, que “manifesta uma sede de Deus que somente os simples e os pobres podem conhecer; os torna capazes de atos de generosidade e de sacrifícios até o heroísmo, quando se trata de manifestar a fé; comporta um sentido agudo dos atributos de Deus: paternidade, providência, presença amorosa e constante; gera atitude interior raramente observada no passado com a mesma intensidade: paciência, sentido da cruz na vida cotidiana, desprendimento, abertura aos outros, devoção”.<sup>16</sup> Ela manifesta uma realidade humana fundamental, porque “nos conecta com a profundidade mesma do ser humano, pois se inscreve na identidade da pessoa. Não é um dado anexo superficial. É uma devoção encarnada nas entranhas do nosso povo simples, iluminando com o sentido de Deus o horizonte de toda a existência”.<sup>17</sup>

21. Por isso, a Piedade popular é fruto da ação do Espírito Santo na vida das pessoas e das comunidades e não apenas expressão cultural de uma religiosidade natural.<sup>18</sup> A piedade traz consigo o sentido profundo da relação entre Criador e criatura, numa

<sup>14</sup> Documento de Puebla, n. 444

<sup>15</sup> Cf. DPPL nn. 9 e 10

<sup>16</sup> Paulo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 48

<sup>17</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 86

<sup>18</sup> Cf. DPPL n. 83

atitude de respeito, de dependência e de acolhimento. Ao mesmo tempo, provoca uma atitude de confiança tão grande em Deus, que conduz a pessoa a um diálogo de intimidade interpessoal com o divino. Deus passa a ser um interlocutor constante, seja como providência, seja como fonte de salvação. A invocação dos santos cria o contexto concreto do transcendente acessível, quase que um sentido de comunidade maior, que vai além do visível imediato, como uma autêntica expressão da comunhão dos santos. A partir dessa percepção de fé, a piedade dispõe a pessoa a gestos simbólicos bem mais significativos do que as palavras, desde o acender uma vela, caminhar em procissão, arrastar-se de joelhos, beijar uma imagem, portar uma medalha, até o realizar uma peregrinação e promover uma festa de padroeiro. São verdadeiros gestos ‘eucarísticos’, ou seja, quase sempre são realizados como ação de graças, que reconhecem a ação divina no concreto do dia-a-dia. É um “ambiente sagrado que fala apenas de amor, não porém em abstrato, mas ligado a necessidades vitais, angústias, temores, encontros e desencontros, rupturas, tanto próprias como alheias... e tudo flui dentro de um silêncio exterior e costuma terminar com alguma oração vocal e algum gesto de ternura que os fiéis expressam quando se aproximam da imagem para tocá-la e beijá-la, como que para selar uma despedida. Gestos ‘místicos’ do ‘toque’ e do ‘beijo’, que expressam a unidade do afeto e da proximidade, que unem os fiéis com a Divindade, a Virgem e os Santos”.<sup>19</sup> Não há dúvida de que se trata de algo muito próximo a uma autêntica experiência mística.

22. A sede de Deus, que faz a pessoa piedosa buscá-lo de muitas formas e que se expressa tão bem no simbolismo da peregrinação, muitas vezes conduz à experiência de um encontro gratificante de amor com Deus. E o amor provoca a gratuidade da resposta, que vai muito além da dimensão gnosiológica da fé e do cumprimento de preceitos, porque introduz num processo de santificação. “Esta experiência de encontro e de acolhida é vivida no marco da totalidade da expressão humana que implica afetos, razão,

<sup>19</sup> Jorge Seibold, Dios habita en la ciudad, aportes de Aparecida para una nueva pastoral urbana en América Latina y Caribe, em Revista CIAS, año LVI, n. 568-569, septiembre-octubre 2007, p. 411.



gestos, palavras e silêncio. Tudo isso gera um diálogo de amor com o Amor, abarcando a totalidade do ser”.<sup>20</sup> Além desse aspecto claramente místico, a Piedade popular continua sendo uma característica fundamental da identidade católica ou do sentido de pertença à Igreja, como comunidade maior. Quando centenas ou milhares de pessoas se reúnem num mesmo lugar, como ponto de encontro de uma peregrinação, de uma festa ou de uma celebração popular, não estamos diante de uma massa alienada. Há um ponto de convergência bem evidente e consciente, que confere uma identidade comum a todos, e os faz experimentar um vínculo fraterno e vibrar em uníssono. São momentos de memória de uma história concreta de redenção e de reafirmação de uma esperança, cuja garantia é Deus, e cujo sinal maior é a própria presença de tantos irmãos e irmãs, que coincidem na mesma fé e na mesma atitude. “A Piedade popular é geradora de profundos vínculos e de pertença, na medida em que ela própria se mantém no insondável do vínculo com o sagrado; na medida em que é ‘pietas’, isto é, atitude de reverência diante do Deus Criador e consciência de vínculo filial”.<sup>21</sup>

23. Os documentos e tratados sobre a Piedade popular não distinguem os aspectos negativos que existem na religiosidade humana e aqueles que podem estar também na Piedade popular. Sem dúvida, na dimensão da religiosidade humana encontramos um campo aberto para as superstições, a magia, o sincretismo, o individualismo espiritual, a falta de formação sistemática, além da desvinculação com a participação comunitária e com a coerência moral em todos os níveis. Contudo, em relação à Piedade popular, as possíveis falhas têm mais a ver com as limitações pessoais, com a marginalização oficial e com a desintegração com a Liturgia. E é principalmente o divórcio entre Liturgia e Piedade popular que possibilita criar falhas tanto nos atos litúrgicos como nos atos de piedade. Reconhecemos que a Piedade popular oferece o pólo antropológico mais favorável para a ação do Espírito de Jesus na transformação do ser humano. Por isso, se a ação sacramental, celebrada pela Liturgia, não vai

<sup>20</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 29

<sup>21</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 31

ao encontro de uma piedade interior, já suscitada e alimentada pelo Espírito Santo, ela se torna ineficaz. Quando ambas são vivenciadas de forma paralela, como duas realidades distintas, sem buscarem uma integração concreta que as unifique numa só celebração, não estamos sendo fiéis a Jesus, para quem o que importava não era o “culto oficial” ou os costumes piedosos, mas sim, a experiência de encontro com o Pai e de fraternidade entre os seus discípulos. Por isso, a finalidade primeira da ação sacramental é potencializar ainda mais a vivência da piedade, até à experiência de união completa entre o ser humano e Deus. Só assim, a criatura chega à perfeita conformidade com a Vontade do Pai e assume pra valer o projeto de Reino de seu Filho bendito. Quando chegaremos ao ponto de ter essa realidade evangélica visibilizada claramente em nossos momentos celebrativos?

24. Finalmente, entre os valores da Piedade popular, é preciso ressaltar a sua força evangelizadora em nosso continente. Não há necessidade de muitas considerações. Basta contemplar a história e a realidade atual dos dois maiores santuários marianos: Guadalupe e Aparecida. Não é possível pensar em povo católico no Brasil, no México e em outros países, sem o fenômeno surpreendente das peregrinações, que brotaram, se mantêm e crescem, a partir da Piedade popular, que arrasta multidões de peregrinos e os confirma em sua identidade católica. Em Guadalupe, “esta ‘irrupção’ de Deus por meio da Virgem e o ministério de João Diego, darão seus frutos e prolongarão seus efeitos através dos tempos. Alcançaram não somente os indígenas, que se convertiam à nova fé, mas também os próprios espanhóis e, logo, os crioulos e mestiços, que assumiram naquelas terras o compromisso de viver em suas vidas a Boa Notícia do Reino de Deus”.<sup>22</sup> Em Aparecida, foram três simples pescadores, que amedrontados pelas autoridades e recorrendo à proteção divina, tiraram das águas do rio a pequena imagem negra da Imaculada Conceição. Iniciam, à margem dos cultos oficiais, uma oração familiar diante daquela imagem, que vai atraindo mais famílias, e em seguida, peregrinos, e se transformou no maior movimento

<sup>22</sup> Jorge Seibold, Dios habita en la ciudad, aportes de Aparecida para una nueva pastoral urbana en América Latina y Caribe, em Revista CIAS, año LVI, n. 568-569, septiembre-octubre 2007, p. 411.



religioso de peregrinações do Brasil. É no contexto desses santuários que continua se realizando a evangelização de forma contínua e privilegiada. Tais santuários são também um ponto de encontro admirável entre Liturgia e Piedade popular. Ainda que não integrados entre si, já convivem com certa harmonia, indicando a direção de uma integração maior, que supere o dualismo alimentado ao longo de mais de 1.500 anos.

## V. A Piedade popular “evangeliza” a Liturgia

25. A partir do Documento de Aparecida, certamente podemos fazer a pergunta: será que é a Piedade popular que deve ser “evangelizada” pela Liturgia romana ou não será a nossa Liturgia romana que deve ser “evangelizada” pela Piedade popular? É possível estar satisfeito com uma renovação litúrgica, que não tem feito mais do que recuperar a riqueza do passado, como textos e ritos sagrados, traduzi-los do latim, mas que ainda está distante demais de uma verdadeira inculturação, tal como tem sido proposta em tantos documentos oficiais? E a própria dicotomia entre Liturgia romana e Piedade popular, como dois momentos e espaços distintos, não manifesta uma renovação que apenas tem dado os primeiros passos e que clama por criatividade para chegar a uma integração completa, tal como encontramos nos Evangelhos e, parcialmente, em outros ritos cristãos, que não o rito romano?

26. A Liturgia de rito romano sempre se colocou como distinta e superior à Piedade popular, enquanto depende diretamente da hierarquia, e é por ela regulamentada e vigiada. Quase como se apenas a Liturgia decorresse da revelação, não porém a Piedade popular. É no mínimo uma incoerência por parte do magistério e dos teólogos, principalmente de alguns movimentos litúrgicos, reconhecerem a integração que existia entre Liturgia e Piedade popular nos primeiros séculos do cristianismo, saberem que o dualismo entre o rito romano e a Piedade popular não surgiu por fidelidade às origens e continuarem insistindo ainda hoje na manutenção desse dualismo.<sup>23</sup> O próprio Documento sobre

<sup>23</sup> Cf. DPPL nn. 13, 66, 73, 74





Piedade popular e Liturgia dedica a II parte às “Orientações para **harmonizar** a Piedade popular e a Liturgia”, mas foge do cerne da questão que seria propor um processo de **reintegração** entre ambas, como retomada da tradição mais apostólica. Para muitos, a Piedade popular continua apenas sendo tolerada, principalmente por ser uma expressão do povo simples, que, no entanto, deve ser evangelizada até evoluir para uma participação litúrgica oficial, controlada pelo clero e participada pelo povo. A Liturgia já vem pronta, em livros oficiais ou transcrita em folhetos, deve ser executada escrupulosamente, é carregada mais de textos do que de símbolos, é o espaço privilegiado da atuação da hierarquia eclesial, tanto pelos paramentos como pelas orações presidenciais, e ao povo não resta senão estar presente, intervir com algumas respostas, por vezes apenas assistir ou suportar até que acabe, ou até aplaudir cheio de encantamento, se for bem realizada ou tiver algum protagonista de fama. É claro que não podemos avaliar a dimensão de participação espiritual de cada pessoa, mas a dimensão sacramental e visível é ordinariamente assim como descrevemos. Tanto é verdade, que não é difícil compreender como uma procissão com o ostensório, logo após a celebração eucarística, causa maior envolvimento popular do que a própria celebração.

27. A finalidade da revelação por e em Jesus é a santificação do ser humano. Ora, quando contemplamos a vida dos nossos santos, impressiona-nos que ela não é caracterizada tanto pelas celebrações litúrgicas, como por devoções e atos de piedade, que deles herdamos. É a sua piedade que salta à vista como testemunho de vida e até a Eucaristia aparece mais como objeto de devoção do que como celebração. De fato, a vivência de uma Piedade popular tem conduzido muita gente a uma experiência profunda de encontro com o Senhor, a uma intimidade espiritual que nos faz invejar, a uma santidade de vida, que encontramos em tanta gente simples, não só do interior, mas também das grandes cidades. “Na vida da Piedade popular vai-se adquirindo uma sabedoria simples mas tremendamente correta, que não abre espaço à especulação lógica; senão que muitas vezes é uma lógica demolidora, que é ouvida e seguida, é uma orientação para a vida, especialmente diante das contradições



da própria existência: o sofrimento, a injustiça e a morte. Quantas vezes não tivemos a experiência do sábio conselho de uma mulher sem estudos, mas que na oração diária e por anos do Santo Rosário, forjou um conhecimento muito grande sobre Deus e sobre a vida".<sup>24</sup> Por outro lado, não é tão evidente e tão generalizado o testemunho de vida santa por parte de milhares de celebrantes de atos litúrgicos sacramentais, tanto por parte de quem preside como de quem os recebe. Apesar da pastoral seguir insistindo em cursos de preparação, em diretórios pastorais, etc., a finalidade última, que é a santificação, não brota tão diretamente como deveria. A multiplicação de missas, algumas ainda motivadas mais por intenções pagas do que pela necessidade de comunidades vivas, a obrigatoriedade de receber certos sacramentos, como batismo, matrimônio, e outros ritos, não têm provocado muito claramente a experiência de encontro com o Senhor e de processo de santificação. Será que a falha não está exatamente na dissociação entre Piedade popular e Liturgia romana? Precisamos provocar uma conversão de ambas, no sentido de convergirem e se unirem, de tal forma que, se a Liturgia oferece a atualização da ação pascal e santificadora do Senhor Ressuscitado, a Piedade popular oferece o acolhimento aberto, festivo, confiante dessa intervenção divina, pela ação do Espírito Santo. A santificação acontece exatamente no encontro entre Liturgia e Piedade, num só ato celebrativo, e não dissociadas no tempo e no espaço.

28. A Piedade popular é o terreno preparado, que faz as sementes sacramentais produzirem cem por um. Não apenas aquelas sementes, codificadas como sacramentos e sacramentais pela Igreja católica, mas também aquelas, que Jesus propõe no Evangelho como sinais de encontro com Ele, como as bem-aventuranças (Mt 1,3-12), os pequenos, necessitados e pobres, que o representam (Mt 25, 31-46). A maior parte da humanidade não participa dos sacramentos da Igreja Católica, mas participa desses 'sacramentos' evangélicos, que os levam a uma experiência de encontro, senão explicitamente com Jesus, certamente com o seu Espírito, através da piedade e da

<sup>24</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam , p. 41-42

caridade. E aí acontece o mistério da salvação universal, para além de todas as diferenças e até divisões que a história humana foi criando entre as pessoas que crêem. A vida de piedade do muçulmano, do judeu, do índio, do budista e do cristão os conduz a todos ao acesso à experiência divina e à santificação, através de tantos sinais sacramentais, que estão implicitamente vinculados à humanidade ressuscitada de Jesus e à amplitude de sua mensagem de amor. E certamente, aqui também se insere a multidão de católicos “não praticantes”, que mantém uma prática própria de relacionamento com Jesus, e, vez por outra, participa das celebrações da Igreja. O mistério da Redenção, oferecido gratuitamente a toda pessoa de boa vontade (Lc 2,14), penetra mesmo onde existe apenas uma mecha fumegando, porque seu Espírito sopra onde quer. (Mt 12,20; Jo 3, 8).<sup>25</sup>

29. Por tudo isso, a Piedade popular é uma realidade da revelação muito mais ampla do que a Liturgia de rito romano. É nela que encontramos o sentido original do próprio termo Liturgia como “ação do povo e para o povo”. Ritos sacramentais, que atualizam a presença e ação redentora de Jesus Ressuscitado, e expressões da Piedade popular deveriam voltar a se unir numa só celebração pascal. “A piedade cristã não se opõe nem se contrapõe à celebração da liturgia, ao contrário, ela conduz à celebração litúrgica e não deveria sentir-se *como estranha dentro da celebração*, que deveria ser o centro e a plenitude desta *pietas popular*”.<sup>26</sup> Consequentemente, a Piedade popular deveria ser um fator ativo e constante na adaptação da linguagem, dos símbolos e dos ritos litúrgicos, para que a ação litúrgica expressasse não somente o zelo de ortodoxia do magistério, mas principalmente o Espírito de Jesus Ressuscitado atuante na vida de cada ser humano e na história da humanidade. Se tantas expressões da Piedade popular, que vão desde certas fórmulas tradicionais até as expressões corporais, como gestos e danças, continuarem subsistindo à margem das celebrações litúrgicas,

<sup>25</sup> Cf. Mons. Joan Carrera, De la religiosidad popular a um cristianismo popular, em *Religiosidad popular y Santuarios*, Dossiers CPL, 64, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona, 1995, pp. 14-18

<sup>26</sup> Cf. Rafael Serra Abellá, *Piedad Popular, Liturgia, Vida Cristiana*, em *La Piedad popular y La Liturgia*, cuadernos Phase 134, p. 34



nós vamos seguir enfraquecendo a participação litúrgica e desenvangelizando a Piedade popular.

30. Em contrapartida, a tradição litúrgica oferece à Piedade popular a grande riqueza da Palavra de Deus, principalmente dos Evangelhos.<sup>27</sup> Aos poucos, a Bíblia sagrada vai ocupando o seu lugar no mundo cultural do católico. Nela ele encontra a fonte explícita de muitas das suas devoções e tradições piedosas. Na medida em que a Palavra de Deus não é apenas proclamada ritualmente, mas é também partilhada nas pequenas comunidades, ela oferece o ponto de encontro ideal, com força para purificar e de integrar constantemente tanto as tradições litúrgicas como as expressões de piedade. O empenho de “biblificar” mais e melhor toda a nossa pastoral representará um meio excelente para caminhar em direção a uma autêntica reintegração entre Liturgia e Piedade popular.

## **VI. Inculturação e reintegração entre Piedade popular e Liturgia**

31. A inculturação do Evangelho e, conseqüentemente, da Liturgia, foi o grande projeto delineado pelos documentos oficiais desde a *Evangelii Nuntiandi* de Paulo VI, até o documento de Puebla,<sup>28</sup> retomado com força por Santo Domingo<sup>29</sup> e repetido por Aparecida.<sup>30</sup> É certo que as boas intenções precedem as ações, mas a morosidade e os atravancamentos postos ao processo de inculturação da Evangelização e, particularmente, da Liturgia, causaram certo desencanto em todos os que acompanhavam o processo de renovação conciliar. O documento da Congregação para o Culto divino: “A Liturgia romana e a Inculturação” (Paulinas 1994), oferece um belo preâmbulo e faz considerações pertinentes na I parte. Nas partes seguintes, porém, ao invés de incentivar a inculturação, apresenta tantas normas prudenciais e tantos limites de procedimento, que na prática impossibilita uma

<sup>27</sup> Cf. DPPL n. 87

<sup>28</sup> Documento de Puebla n. 404

<sup>29</sup> Documento de Santo Domingo nn. 228-262; 298-302

<sup>30</sup> Documento de Aparecida nn. 4, 94, 99b, 479, 491

verdadeira inculturação. Os pequenos espaços que abre para adaptações e acréscimos estão longe de um autêntico processo de inculturação, que exige, por sua natureza, uma reestruturação mental e real, isto é, uma verdadeira “conversão pastoral” das nossas celebrações, capaz de gerar novos paradigmas. Parece que as últimas décadas provocaram antes uma marcha à ré do que uma caminhada em frente, levando a pastoral a um descompasso em relação às mudanças sócio-culturais do nosso continente. Afinal, se é verdade que “o Evangelho não tem cultura própria, assume todas as culturas e é Boa Notícia para todas”,<sup>31</sup> por que a Liturgia, que é serva do Evangelho, deveria identificar-se apenas com uma cultura?

32. Mesmo que o secularismo já esteja bem presente em nossa sociedade latino-americana e caribenha, principalmente nos ambientes das grandes cidades, ainda subsiste na maior parte da população um lastro de religiosidade, que certamente tem resistência para durar ainda por muito tempo. É importante constatar que “o fenômeno da ‘religiosidade popular’ não é algo privativo dos meios rurais, mas pertence com igual direito ao meio urbano e que, além disso, não está reservado somente a uns poucos, mas que está destinado a ser vivido por todo o povo de Deus”.<sup>32</sup> Se soubermos plantar a nossa Liturgia no chão dessa religiosidade, há grande possibilidade de se criar uma vivência cristã de qualidade, enraizada na Palavra de Deus, comprometida com a participação comunitária e solidária com a transformação social. Contudo, se insistirmos no modelo quase “cerebral” de renovação, como aconteceu na Europa e nos Estados Unidos, correremos o mesmo risco do secularismo que os atingiu, e a Evangelização tornar-se-á um desafio muito maior.
33. É preciso reconhecer que houve uma inculturação muito maior da fé cristã na cultura dos nossos povos através da Piedade popular do que através da Liturgia, a tal ponto que ela pode ser chamada de “uma expressão privilegiada da inculturação

<sup>31</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 74

<sup>32</sup> Jorge Seibold, *Dios habita en la ciudad*, aportes de Aparecida para una nueva pastoral urbana en América Latina y Caribe, em *Revista CIAS*, año LVI, n. 568-569, septiembre-octubre 2007, p. 409.



da fé”,<sup>33</sup> “a primeira e fundamental forma de inculturação da fé”.<sup>34</sup> Quando vemos as manifestações de Maria Santíssima em Guadalupe, em Aparecida e em tantos outros títulos dos nossos Santuários, sentimos nitidamente a presença de um Deus que se compromete com a história nascente do nosso continente, ouve o clamor do seu povo mais sofrido, e a ele se manifesta através da Virgem Maria. E vemos também a resposta de um povo, que não cessa de agradecer e de recorrer à proteção desse Deus com uma riqueza imensa de expressões de piedade, que brotam do fundo de sua alma. “Na América viveu-se um autêntico processo de síntese, que deu origem à expressão de um catolicismo mestiço; pois muitos dos costumes antigos foram incorporados à expressão de vinculação com o Deus de Jesus Cristo, aceitado de maneira crescente, e modelado permanentemente pela presença da Virgem Maria”.<sup>35</sup>

34. Se a Piedade popular é plenamente mestiça, o mesmo não se pode afirmar das nossas celebrações litúrgicas, que, infelizmente, ainda estão longe de uma verdadeira inculturação. Dificilmente incidem na história ou na alma dos nossos povos. Chegam já prontas para serem executadas e a fidelidade da celebração litúrgica refere-se mais às rubricas do que à vida concreta de cada comunidade, à qual Deus quer comunicar e visibilizar sua ação salvífica. Continuam precisando de longas explicações, usam de uma linguagem distante do simbolismo próprio de cada cultura e dificilmente atingem os sentimentos do nosso povo. E em nossos dias, infelizmente, não são poucos os celebrantes, que parecem robôs pré-programados, indiferentes à presença da Assembléia. Os atos de piedade, ao contrário, produzem espontaneamente seus gestos simbólicos, seus movimentos rituais e suas expressões orais, gerados a partir da cultura própria de cada grupo humano. Por isso, se existe um lugar em que a Liturgia romana deve se inculturar em primeiro lugar é no espaço da Piedade popular. “O que a Piedade popular pede à Liturgia? Reclama, não que renuncie a si mesma, mas que seja o lugar da expressão do coração. Reivindica calor. Pede uma

<sup>33</sup> Documento de Santo Domingo, n. 36

<sup>34</sup> DPPL n. 91

<sup>35</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 21



dimensão orante mais viva. Pede uma dimensão comunitária mais estreita, uma convivência humana dentro da assembléia; encontra-se mais à vontade com um tipo de pregação que apele ao sentimento, sem cair no sentimental”.<sup>36</sup> E só existirá inculturação quando a Liturgia for também expressão cultural dos nossos povos, penetrando-lhes na alma e envolvendo suas emoções, para então, brotar para fora com a linguagem própria de cada comunidade, o que certamente “é um modo não sem complexidade, mas absolutamente necessário para que a Liturgia penetre e permaneça no coração do povo”.<sup>37</sup>

35. Portanto, para uma inculturação da Liturgia, não existe nada mais próximo da cultura da maior parte dos nossos povos do que a sua Piedade popular. Deveríamos ter como meta maior de um processo de inculturação construir uma nova realidade de celebração cristã, em que deixassem de existir esses dois pólos: Liturgia e Piedade popular. Toda ação celebrativa autenticamente cristã deveria continuar a Oração de Jesus com seus primeiros discípulos, em que convivência, diálogo, gestos, louvor, súplica, etc. constituíam um novo modo da relação entre o humano e o divino. Era uma “boa nova”, tão surpreendente que os discípulos, já habituados com regras culturais e com devoções, notaram algo inteiramente novo no jeito de Jesus e pediram que Ele os ensinasse.
36. Uma reintegração da Piedade popular na Liturgia somente seria possível se e quando houver uma descentralização substancial das normas litúrgicas. O gosto de criar e de insistir em rubricas, quase como se fossem revelação divina, engessa qualquer possibilidade de realizar essa síntese. Infelizmente, é um gosto que se identifica com a afirmação de autoridade clerical, com a tentação de centralização eclesial, e com a desconfiança doutrinal. São atitudes que fragilizam toda a teologia da Igreja particular, como Povo de Deus organizado e responsável pela sua caminhada. Não cremos que seja através de rubricas comuns que se manifesta a universalidade da Igreja. Nem a Piedade

<sup>36</sup> Cf. Rafael Serra Abellá, *Piedad Popular, Liturgia, Vida Cristiana*, em *La Piedad popular y La Liturgia*, cuadernos Phase 134, p. 37

<sup>37</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 79



popular está fechada em suas expressões. “A Piedade popular na legitimidade de sua expressão é profundamente dialogante com a universalidade da Igreja, que venera e conserva o patrimônio comum na unidade”.<sup>38</sup> Se já podemos usar a expressão “catolicismo mestiço”, não custa sonhar e lutar para termos um dia uma “Liturgia mestiça”.

37. Enquanto a Liturgia atualiza principalmente a ação salvífica de Jesus Ressuscitado, a Piedade popular expressa principalmente a ação e a reação do ser humano. Ambas acontecem pela ação do mesmo Espírito Santo. A salvação ou santificação do ser humano somente se realiza quando essas duas ações se encontram. E é esse o culto que verdadeiramente dá glória a Deus, porque atualiza a ação salvífica do Senhor Ressuscitado em favor do seu rebanho. Eis o ponto de encontro tão desejado pelo Documento de Aparecida, para que nos tornemos de fato discípulos e missionários de Jesus. Então, por que a Piedade popular tem que sobreviver à margem das nossas celebrações litúrgicas? Será que ela não faz parte dessa participação ativa e consciente do ser humano, a que ele tem direito em vista do seu próprio batismo? E como fazê-lo participar dessa forma, se não lhe é permitido expressar-se conforme a sua cultura religiosa?<sup>39</sup>
38. É como se estivéssemos diante de duas culturas seculares, a da Liturgia romana e a da Piedade popular, almejando chegar a uma nova síntese. Certamente, podemos aplicar também para esta situação o que disse Bento XVI no início de seu discurso inaugural à V Conferência Geral, em Aparecida: “As autênticas culturas não estão fechadas em si mesmas nem petrificadas em um determinado ponto da história, mas estão abertas, mais ainda, buscam o encontro com outras culturas, esperam alcançar a universalidade no encontro e no diálogo com outras formas de vida e com os elementos que possam levar a uma nova síntese na qual se respeite sempre a diversidade das expressões e de sua realização cultural concreta”.<sup>40</sup>

<sup>38</sup> Mons. Marcos A. Ordenes F., *Piedad Popular*, Celam, p. 80

<sup>39</sup> Cf. *Sacrosanctum Concilium* 14

<sup>40</sup> Bento XVI, *Discurso Inaugural*, em Documento de Aparecida, Paulus, p. 268



- 
39. Tal inculturação não prejudicaria a unidade da Igreja, que se manifesta também na Liturgia? Ninguém acredita que a unidade da Igreja católica dependa da uniformidade das suas celebrações em todo o mundo, até porque existem diferentes formas de celebrar nas várias famílias litúrgicas da comunhão católica. Nem que as diferenças entre as celebrações possam ser causa de divisões entre os fiéis. Nossa unidade litúrgica fundamenta-se em elementos essenciais, como o Mistério pascal, e é algo mais profundo e mais espiritual do que a uniformidade de fórmulas e de rubricas. Pelo contrário, longe de sofrer uma fragmentação, nossas celebrações tornar-se-iam muito mais coloridas e mais vivas. Esta integração possibilitaria também um desenvolvimento mais saudável da própria Piedade popular, uma vez que não caminharia mais de maneira autônoma.
40. De qualquer modo, a Liturgia inculturada poderá manter como referência o Rito Romano, com toda a riqueza dos seus textos, que lhe daria uma identidade comum, não porém uma uniformidade. Deixaria, portanto, de ser mera tradução de textos, e abriria um espaço muito maior para o símbolo, o gesto e o visual. A celebração deveria se transformar numa grande experiência de encontro com Deus e entre nós, e não apenas reduzir-se a uma leitura de inúmeros textos escriturísticos e eucológicos e à execução, às vezes meio automática, de algumas fórmulas e gestos.
41. De fato, um dos grandes desafios na inculturação da Liturgia é o da Linguagem. A fraseologia latina, traduzida quase que literalmente para o português, o espanhol e para outras línguas do nosso continente, não é comunicativa e, principalmente, não chega ao coração das pessoas. A Piedade popular pede menos precisão semântica e maior emoção humana. A poesia teria que ser um gênero muito mais presente nos textos eucológicos. O estilo de comunicação de cada povo e de cada comunidade deveria prevalecer na elaboração dos textos litúrgicos, buscando também no tesouro da literatura popular muitas riquezas que poderiam integrar a oração comum das nossas assembléias. E como só existe cultura onde as manifestações são sedimentadas pelo tempo e pelas gerações, a tal ponto que brotam quase que



espontaneamente do coração das pessoas, temos que superar certa mentalidade de “mercado”, que tomou conta da produção de cânticos para a Liturgia. Isso tem impedido muitas vezes a participação viva da comunidade, além de correr o risco de reduzir a celebração a um show.

42. Outro aspecto importante no processo de inculturação é o das expressões e gestos populares religiosos. A dança, a caminhada, o toque, as imagens, as velas, os símbolos da vida comum, o abraço fraterno, etc. deveriam integrar nossas celebrações como algo normal, tal como acontecia na relação de Jesus com seus discípulos. A própria estrutura atual das celebrações sacramentais deveria tornar-se mais leve e flexível, mantendo apenas os elementos essenciais, para abrir um espaço maior de integração com as expressões da Piedade popular. A “asepsia” litúrgica, que limita muitas manifestações como se fossem falta de respeito ao culto, ainda depende de uma mentalidade pagã que reduz a Liturgia à “culto oficial”, exercido por autoridades. Isso não encontra de modo algum apoio no mistério da Encarnação e no jeito de conviver de Jesus. Certamente, são heranças dos rituais dos palácios imperiais, que foram assumidos pela hierarquia, desde que Constantino abriu as portas de sua corte ao clero e o paramentou como oficiais importantes. Até onde sabemos, o único paramento proposto por Jesus ao iniciar a Última Ceia foi a toalha com que se cingiu para lavar os pés dos seus apóstolos. E pediu que fizéssemos o mesmo que Ele havia feito. Na Piedade popular nós encontraremos uma profusão de manifestações vivas, que expressam exatamente a dimensão de oferta sacrificial, de gratidão, de fraternidade familiar partilhada, de festa comunitária, etc. que nossos ritos e textos litúrgicos pretendem celebrar com uma linguagem defasada em relação às nossas culturas.
43. Há ainda mais um ponto que bloqueia a inculturação da Liturgia. É a profusão de textos em nossas celebrações, como se celebrar fosse o mesmo que ler e escutar. Tanto pelo estilo literário como pela forma de proclamação ou recitação, não raro esses textos são tão incompreensíveis ao nosso povo, como se estivessem ainda sendo lidos em latim. Além de fazer com que a celebração seja muito mais uma escuta do que um encontro.



Teríamos que pensar seriamente em diminuir a multiplicidade de textos bíblicos e eucológicos, de tal modo que os textos se tornem instrumentos para a experiência de encontro com Deus e entre os participantes, e não sufoquem a assembléia, como se fossem a finalidade da celebração. Só assim, a Liturgia será de fato a fonte e o ápice da experiência de ser Igreja, “sinal e instrumento da união íntima com Deus e da unidade de todo o gênero humano”.<sup>41</sup>

44. Torna-se evidente que a reintegração da Piedade popular na Liturgia depende de um processo de inculturação. E a inculturação depende do respeito às características próprias de cada povo e de cada Igreja particular, dando-lhes o espaço necessário para uma criatividade mais substancial. Para tanto, as Conferências Episcopais deveriam receber uma autoridade de decisão própria sobre adaptações e inculturações litúrgicas, muito maior do que lhes compete atualmente. Graças a Deus, há pequenos sinais de que a inculturação é possível. Basta considerar as Semanas Santas e os Santuários, que, mesmo sem uma integração real, oferecem uma experiência de coincidência interessante entre atos litúrgicos e atos de piedade, como procissões, bênçãos, gestos devocionais, dramatizações, etc. Os grandes eventos, como Congressos Eucarísticos, grandes peregrinações, Congressos de CEBs, e outros similares conseguem dar um brilho novo às celebrações, que envolvem a participação do povo de uma forma admirável. São os momentos em que Liturgia e Piedade popular estão mais próximas, pela intensidade com que ambas são realizadas. Continuam, porém, como realidades paralelas, jamais integradas, e não conseguem penetrar na rotina das nossas celebrações. Ainda não estamos caminhando no sentido de superar o dualismo sedimentado ao longo de séculos.

<sup>41</sup> Lumen Gentium n.1



## VII. Desafios para América Latina e Caribe

45. O Documento de Aparecida nos convoca a todos, leigos, religiosos, diáconos, sacerdotes e bispos, para voltarmos a ser “discípulos e missionários de Jesus Cristo”, ou seja, assumir os Evangelhos como normativos da nossa vida pessoal, comunitária e eclesial. É um grande momento de graça e de luz para a nossa Igreja, que deverá nos levar a uma “conversão pastoral” em todos os segmentos da nossa Igreja continental. É um pedido de conversão que deve atingir as próprias estruturas, e não limitar-se apenas a algumas correções. Por isso, nos oferece a esperança de iniciar passos concretos no sentido de superar o dualismo milenar entre Liturgia e Piedade popular. Se a Igreja, mesmo mantendo o dualismo da vida celebrativa dos católicos, jamais negou totalmente o espaço para a vivência da Piedade popular e, na prática pastoral, sempre a incentivou, agora chegou o momento propício de iniciar uma caminhada mais esperançosa de inculturar e integrar a Liturgia e a nossa Piedade popular. Será fundamental que o CELAM elabore propostas de ação, e obtenha o aval das autoridades centrais da Igreja para promover esse processo de integração. Alguns passos poderiam ser tentados, para iniciar a concretização de tal sonho:

- a) Será um bom passo inicial fazer um levantamento de toda a riqueza da Piedade popular da América Latina e Caribe.
- b) O compromisso de Missão continental, tendo como meta uma Igreja fundamentada na família e nas pequenas comunidades, certamente fará com que a partilha da Palavra de Deus seja o ponto de encontro renovador tanto da Liturgia como da Piedade popular.
- c) A formação litúrgica, em todas as instâncias, como currículos teológicos e encontros de renovação, deverá integrar também a formação para a Piedade popular, em vista da criatividade para uma integração entre ambas.<sup>42</sup>
- d) Será importante também unificar as comissões, conselhos e grupos de estudo, para superar a dicotomia entre Liturgia

<sup>42</sup> Cf. DPPL, n. 59

romana e Piedade popular, tanto na pesquisa e no estudo como nos documentos e nas ações concretas.

- e) A inculturação da Liturgia romana na Piedade popular deverá tornar-se uma prioridade pastoral, de que o próprio povo deve participar em todas as suas etapas.
- f) Nas igrejas e em nossos santuários deveríamos oferecer muito mais espaço para a prática da Piedade popular, principalmente através do ministério laical, sem saturá-lo com tantas Missas ou celebrações sacramentais, como acontece principalmente na pastoral ordinária.

### Concluindo...

46. Se a Piedade popular é de fato “uma maneira legítima de viver a fé, um modo de se sentir parte da Igreja e uma forma de ser missionários, onde se recolhem as mais profundas vibrações da América Latina”,<sup>43</sup> então ela está longe de ser uma fase religiosa a ser superada. Pelo contrário, suas raízes são mais firmes e duráveis do que outras expressões culturais. Passam as gerações, passam as transformações sócio-culturais, modificam-se as tecnologias em alta velocidade, e a Piedade popular, gravada no coração dos nossos povos, continua viva. Mesmo quando parece estar sendo devorada pelos secularismos, continua sendo a realidade que por mais tempo subsiste no imaginário das gerações e que pode ressurgir com muita força. Povos e grupos reprimidos por gerações são prova da resistência da fé como Piedade popular. A partir dessa constatação, o verdadeiro desafio é aproveitar esse chão ainda tão fértil dos nossos povos e nele plantar ou enxertar uma Liturgia que seja aquilo que Jesus mais desejou, como oração, como missão e como celebração: “Que todos tenham vida e a tenham em abundância” (Jo 10,10).
47. Finalmente, se existe um modelo em que Piedade popular e Liturgia vivencial encontram a sua síntese é Maria Santíssima. Do seu coração brota o grande hino piedoso, litúrgico e missionário,

<sup>43</sup> Documento de Aparecida, n. 264



o belo “Magnificat” de agradecimento ao Deus, que se debruça sobre o pobre e o humilde, que cumpre suas promessas de redenção e que, pela Encarnação de seu Filho amado, irá desfazer todos os dualismos sociais, culturais e religiosos, para implantar um Reino de amor, de justiça e de fraternidade para todos os povos e culturas. Maria vivencia sua piedade na peregrinação, que a desloca dos seus projetos domésticos, para sair ao encontro de quem dela necessita, ontem como hoje, ajudando a construir o grande projeto do Reino de seu Filho querido.

### **Bibliografia**

- VVAA: ANÁMNESIS 1, A Liturgia, momento histórico da salvação, Edições Paulinas 1987.
- VVAA: ANÁMNESIS 2, Panorama histórico geral da Liturgia, Edições Paulinas 1987.
- Congregação para o Culto Divino e a Disciplina dos Sacramentos, Diretório sobre Piedade Popular e Liturgia, princípios e orientações, 2<sup>a</sup>. Ed., Paulinas 2005
- Congregação para o Culto Divino, A Liturgia romana e a Incul-turação, Ed. Paulinas 2004
- Mons. Marco A. Órdenes F., Piedad Popular, col. A la luz de Aparecida 6, Celam
- La Piedad popular y la Liturgia, Cuadernos Phase 134, Barcelona 2003



## Piedad popular y conversión pastoral de la iglesia

Frei Carlos Raimundo Rockenbach – OFMcap.\*

### Sumario

Esta reflexión se propone presentar la piedad popular como un elemento importante en el camino de la conversión pastoral de la Iglesia. Habla de la identidad y de las manifestaciones de dicha piedad popular, para entrar de lleno a exponer las grandes líneas del Magisterio de la Iglesia, particularmente del latinoamericano, sobre el tema. Concluye clarificando la naturaleza de la conversión pastoral manifestada desde la conversión de la piedad popular y hacia la piedad popular.

**Palabras clave:** Piedad popular, Magisterio, Conversión pastoral.

### Sumário

Esta reflexão se propõe apresentar a piedade popular como um elemento importante no caminho da conversão pastoral da Igreja. Fala da identidade e das manifestações desta piedade popular, para abordar a exposição das grandes linhas do Magistério da

\* Secretario Ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad - CELAM. E-mail: mision\_esp@celam.org



Igreja, particularmente do latino-americano, sobre o tema. Conclui esclarecendo a natureza da conversão pastoral manifestada a partir da conversão da piedade popular e para a piedade popular.

**Palavras chave:** Piedade popular, Magistério, Conversão pastoral.



## Introducción

**E**n la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, en Aparecida del Norte – Brasil, el Santo Padre destacó la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos y la presentó como “el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina”<sup>1</sup>. Invitó a promoverla y a protegerla. Esta manera de expresar la fe, está presente de diversas formas en todos los sectores sociales, en una multitud que merece nuestro respeto y cariño, porque su piedad “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”<sup>2</sup>. La “religión del pueblo latinoamericano es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular”<sup>3</sup>, profundamente inculturado, que contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana (DA 258).

Este es, seguramente, el texto del magisterio eclesial que de forma más positiva presenta esta realidad que identifica la vida, el alma, la fe del pueblo latinoamericano y caribeño, la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo, campo indispensable para la misión continental permanente y un camino para vivir el proceso de conversión personal, comunitaria y pastoral. Sin embargo, la unanimidad alrededor de esta conciencia y visión positiva de la piedad popular no es tan evidente. El débil conocimiento, los prejuicios, la postura de condenación, el intento de volver al pasado e implantar en América Latina y el Caribe una espiritualidad y una ecclesiológia desde el punto de vista meramente institucional, con un

<sup>1</sup> DI 1.

<sup>2</sup> EN 48.

<sup>3</sup> DP 444.

acento quizá demasiado legalista, que no permite un acercamiento profundo a la cultura popular, se hace notar fuertemente.

Para no correr el riesgo de oponernos a la acción del Espíritu, conviene un acercamiento, una inserción en esta profunda realidad, para ver, escuchar, sentir con los pobres y sencillos, y con ellos conocer y hacer esta experiencia de vida y de fe, como una sola Iglesia, pero con una infinidad de expresiones y manifestaciones del Espíritu, adecuar nuestra vida al plan y proyecto de Dios: su Reino.

En la Encíclica “*Evangelii Nuntiandi*”, nº 48, Pablo VI prefiere llamar *piEDAD popular* a todo lo que identifica la religiosidad popular cristiana, porque el Papa descubría en ella los siguientes valores: sed de Dios propia de los pobres y sencillos; generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; hondo sentido de los atributos de Dios (paternidad, providencia, presencia amorosa y constante); actitudes interiores (paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción). En nuestra reflexión, también priorizaremos el término *piEDAD popular*.

### ¿Qué es la *piEDAD popular*?

Se constata que hay una profunda ambigüedad en la terminología usada en lo que se refiere a la *religiosidad* y *piEDAD popular*. El término *piEDAD popular* expresa más el modo en que el pueblo se manifiesta en el campo religioso, en la Liturgia y en otras expresiones religiosas. Tradicionalmente, expresa la manifestación religiosa del pueblo, considerada paralela a la Liturgia. De ahí, viene la expresión utilizada por el Concilio, *pia exercitia*, significando los piadosos ejercicios o los ejercicios de *piEDAD* no considerados litúrgicos<sup>4</sup>.

El término *piEDAD*, en su sentido original, tomado de la palabra latina “*pietas*”, “*pias*”, significa la actitud fundamental del padre hacia al hijo y del hijo hacia al padre. Tiene, por tanto, una dimensión de experiencia religiosa en la relación filial del ser humano con Dios<sup>5</sup>. “*Pietas*” es un término que en el latín cristiano significa “amor

<sup>4</sup> Cf. BECKHÄUSER, Frei Alberto, OFM, *Religiosidade e Piedade Popular, Santuários e Romarias – Desafios Litúrgicos e Pastorais*. Ed. Vozes, Petrópolis, 2007, p. 81.

<sup>5</sup> Cf. BECKHÄUSER, Op. cit. p.81.

cordial”, amor intenso del corazón, amor y capacidad de manifestar el amor. Está fuertemente vinculado al lenguaje bíblico y relacionado semánticamente con *amor* y *caritas*. A partir de una visión diacrónica, el término adquirió a través del tiempo unas connotaciones o unas implicaciones que resultan casi negativas o peyorativas desde nuestra manera de pensar como teólogos o pastores de la Iglesia. La “piedad” como sinónimo de un cristianismo poco formado y con sus manifestaciones concretas tanto culturales y culturales, con todo lo que tiene de positividad, pero también con sus defectos propios, con sus valores y ambigüedades. Sin embargo, en su origen el término “*pietas*” tiene una significación teológica-espiritual muy densa, es un término pneumatológico. La “*pietas*” es un don del Espíritu Santo y es una manifestación del Espíritu en nosotros<sup>6</sup>.

“La *pietas* es un deseo de Dios suscitado por el don del Espíritu Santo. Y el Espíritu siempre quiere glorificar al Señor, el Espíritu siempre introduce a los hombres, a manera de pedagogo y mistagogo, en el Misterio de la Pascua del Señor, como plenitud de la forma trinitaria. Creo que hay que distinguir, en el tema que nos ocupa, lo que es la “piedad”, de lo que es la expresión de la piedad, los llamados *exercitia pia*”. La piedad es mucho más grande que los llamados ejercicios piadosos. Es la capacidad del pueblo de Dios de envolver y de penetrar con gran amor en el Misterio cristiano y vivenciarlo con una participación del corazón. Sin lugar a duda, pertenece y expresa el sustrato más interior del *anima christiana* de los pueblos”<sup>7</sup>.

En el Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, “el término «piedad popular», designa las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la Sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas de un pueblo o de una etnia y de su cultura”<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cf. ABELLÀ, Rafael Serra, *Piedad Popular, Liturgia, Vida Cristiana – Reflexiones a partir del “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia”*. Cuadernos PHASE, n° 134, Barcelona, 2003. P. 33.

<sup>7</sup> Idem. P. 34.

<sup>8</sup> Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. *Directorio sobre La Piedad Popular y la Liturgia*. Conferencia Episcopal de Colombia – Departamento de Liturgia. Bogotá 2001. N° 9, p. 25.

El mismo documento distingue y define la palabra «religiosidad popular» como expresión de “una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en toda cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la transcendencia y su concepción de naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual”<sup>9</sup>. O sea, el término *religiosidad popular* tiene un sentido más amplio. Tiene que ver con religión, o sea, con la relación del ser humano con la divinidad. Tiene mucho que ver con la llamada “religión natural”.

### ¿Cómo se manifiesta la piedad popular?

La piedad popular, es de cierta manera expresión de la religión natural inherente al ser humano, es una manifestación del Espíritu en medio al pueblo. En la historia de la Iglesia, las expresiones populares de la fe, se fueran intensificando, a partir del momento en que el culto de la Iglesia dejó de ser “piedad popular”, la liturgia se fue clericalizando, se fue alejando del pueblo, de su vida, de su comprensión, cuando se quitó del pueblo la posibilidad de vivir plenamente su vocación sacerdotal recibida en el bautismo, a través de la participación activa, consciente y fructuosa de la liturgia<sup>10</sup>. La resistencia, la fecunda creatividad, la fina sensibilidad y la rica capacidad expresiva de los distintos pueblos en sus diversos contextos y épocas, produjo entonces esta riqueza de manifestaciones de fe, caminos de encuentro con Dios, misterio indecible que con frecuencia se hace asequible a través de imágenes, gestos y signos.

El documento de Medellín nos dice que se trata de una religiosidad que se manifiesta a través de votos, promesas, peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la primera comunión, recepción que tiene más bien repercusiones sociales que un verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Idem. nº 10, p. 26.

<sup>10</sup> Cf. SC 14.

<sup>11</sup> Md 6.2.



Puebla, a su vez, añade que las manifestaciones de piedad popular son muy diversas, de carácter comunitario e individual, entre ellas se encuentra: el culto a Cristo paciente y muerto, la devoción al Sagrado Corazón, diversas devociones a la Santísima Virgen María, el culto a los santos y a los difuntos, las procesiones, los novenarios, las fiestas patronales, las peregrinaciones a santuarios, los sacramentales, las promesas, etc.<sup>12</sup>.

En Puebla, la descripción como elemento positivo de la piedad popular hace relación a las manifestaciones populares de la fe: “la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías, el sentido de la providencia de Dios Padre; Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación, en su Crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón; amor a María: Ella y «sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular» (Juan Pablo II, Homilía Zapopan 2 AAS LXXI p. 228) – venerada como María Inmaculada de Dios y de los hombres, como Reina de nuestros distintos países y del continente entero; los santos, como protectores, los difuntos; la conciencia de dignidad personal, fraterna y solidaria, la conciencia de pecado y de necesidad de expiación, la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, gesto, color, danza); la Fe situada en el tiempo (fiestas) y lugares (santuarios y templos), la sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana, el respeto filial a los pastores como representantes de Dios; la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria; la integración honda de los sacramentos y sacramentales en la vida personal y social, el afecto cálido por la persona del Santo Padre; la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar la pruebas y confesar la fe, el valor de la oración; la aceptación de los demás”<sup>13</sup>.

Aparecida afirma que “entre las expresiones de esta espiritualidad se cuentan: fiestas patronales, las novenas, los rosarios y *via crucis*, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia”. Pero destaca “las peregrinaciones, donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino”. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse

<sup>12</sup> DP 912.

<sup>13</sup> DP 454.

en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. “La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante produce una viva experiencia espiritual”<sup>14</sup>.

Las peregrinaciones constituyen un fenómeno ligado a la propia naturaleza del ser humano. El se siente un ser en camino. Por eso, salir de un lugar para buscar otro, es propio del corazón humano que es un eterno peregrino, un permanente “procurador” de Dios. Es el subconsciente universal que está en búsqueda de una perfección perdida: el paraíso perdido y la esperanza de encontrarlo<sup>15</sup>.

En este mundo de deshumanización, de exclusión, los santuarios se tornan un lugar de acogida “de los naufragos de la vida” y, por tanto, lugar bendecido, soñado, amado como un “santuario a cielo abierto”, “ciudad santa”, la Jerusalén celeste aquí en la tierra, la Roma de los pobres<sup>16</sup>.

Para el peregrino, el tiempo de la peregrinación al santuario, es el tiempo de Gracia, es el tiempo oportuno, tiempo de la libertad, de gratuidad y de fiesta, es la eternidad prefigurada y pregestación del cielo. El tiempo y el espacio se tornan sacramentos de comunión con Dios. Es tiempo del misterio. Pero es, también, tiempo de poesía. Del mundo de siempre, en un lenguaje nuevo. Mundo nuevo para el cual Dios lo llama. “Lugar sagrado” donde la Buena Nueva adquiere sentido.

---

<sup>14</sup> DA 259.

<sup>15</sup> Cf. BECKHÄUSER, Fr. Alberto, op. cit. p. 22.

<sup>16</sup> PANICO, Dom Fernando, *A expressão litúrgica da Romária em Juazeiro do Norte – Ceará*. Ponencia hecha en la 20ª Asamblea de la Asociación de los Liturgistas de Brasi – Ouro Preto – MG, 25 a 30 de Enero de 2009.



Además del tiempo, el peregrino transforma, organiza y vive el espacio en dimensiones religiosas, en una “espacialidad mística”, en una gran liturgia. Peregrinación es procura de sentido, reabastecimiento de esperanza para vivir mejor esta realidad. Ante la incompreensión de la Iglesia y la acusación de fanatismo, sincretismo, idolatría, ignorancia, desobediencia, el peregrino desarrolló su creatividad, originalidad y convicción en un arte de vivir, de inventar y reinventar las expresiones de su fe, fortificando así su capacidad de resistencia y su fidelidad al Espíritu que se manifiesta sorprendentemente. La “espacialidad de la peregrinación” se quedó libre de una eventual imposición o proposición clerical para ser creativa de comportamientos, gestos, ritos propios.

La fe del peregrino es táctil: al rezar, hacer promesas, para alabar hace fiesta, para hablar, actuar. La fe del peregrino se expresa por el sentimiento y por la acción cargada de vida y de sentido. Se expresa simbólicamente. Es un lenguaje simbólico que sorprende y encanta: síntesis de fe y vida expresada en poesía, acción del Espíritu en el corazón de los pobres que viven y cantan las maravillas del Señor. Es necesario sentir, oler, percibir la emoción que el objeto trae consigo. Pero el toque no es un simple colocar la mano, el tocar es conocer. En la liturgia peregrina, el toque es camino de mistagogia. La fe y la devoción se expresan con el cuerpo entero. El peregrino quiere ver, palpando; sentir gestualmente. Ama el suelo sagrado como espacio santificado. El camino como pasarela del silencio, entrecortado por la salmodia de repetidas invocaciones a Dios. Esta riqueza de fe vivida, sufrida, cantada y celebrada, puede ser llamada, en lenguaje simbólico, de “liturgia del peregrino”<sup>17</sup>.

La peregrinación da voz a los peregrinos. Cantan lo que sienten, sienten lo que cantan, se sienten agentes. La peregrinación es una fiesta. El santuario es una casa iluminada, clara, recibe las lágrimas y el sudor de la vida de los peregrinos y los transforma en compromiso. Los peregrinos viven la totalidad y la entereza de su ser, sin dicotomía entre alma y cuerpo. La afectividad, las emociones, los pensamientos, la memoria están en relación profunda y dialéctica con los sentidos corporales. En la peregrinación están involucrados el cuerpo, el psiquismo, el espíritu, la memoria, los sentidos, los sentimientos, las

<sup>17</sup> Cf. PANICO, Dom Fernando, op. cit.



emociones, el afecto, la razón, la alegría, la esperanza, la tristeza, el amor, la decepción, la angustia, la fe.

*“Siendo seres humanos, somos llamados a vivir nuestro cuerpo y todo nuestro ser en su dimensión espiritual. Somos llamados a danzar, escribir, comer y beber, orar y celebrar, no «fuera del cuerpo», sino «en el» cuerpo, dejando que las energías psíquicas y espirituales (el alma!), brotando del cuerpo, nos lleven a expresar y experimentar lo intangible, lo invisible, lo innominable, la presencia escondida del misterio. «Fuera del cuerpo» dejamos de ser gente arriesgamos de no encontrar Aquel que se hizo «cuerpo», se hizo «carne», se hizo «historia», para encontrarse con nosotros y hacernos entrar en el misterio de la comunión” (Cf. Jn 1,14-18; 1Jn 1,1-4)<sup>18</sup>.*

La peregrinación es acción del pueblo de Dios, Pueblo Sacerdotal, que camina con fe y piedad para un lugar que evoca la presencia de la Gracia de Dios.

## La voz del Magisterio Eclesial

La cuestión de la piedad popular entró en la pauta de las preocupaciones del Magisterio de la Iglesia recientemente, a través de la Encíclica *Mediator Dei* de Pío XII, que busca defender los “ejercicios piadosos”, pero no los define.

La *Sacrosanctum Concilium*, a su vez, trató la cuestión de los “ejercicios piadosos” apenas en su relación con la Liturgia, resaltando la primacía de la Liturgia, del Sacrificio de la Misa sobre cualquiera otra expresión religiosa de piedad. En la SC 13, el Concilio recomienda encarecidamente “los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la Sede Apostólica”. Insiste que sean organizados “teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan el pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos”.

<sup>18</sup> BUYST, Ione. O segredo da liturgia: mística no corpo. In: *Revista de liturgia*, nº 202, julio/ago 2007. P. 19.





La actitud de valoración positiva de la piedad popular como medio de evangelización por parte de los pastores comenzó primero en Medellín y recibió un serio espaldarazo en “*Evangelii Nuntiandi*” de Pablo VI, que fue el resultado de las aportaciones del Sínodo de 1974 dedicado a la evangelización.

El Vaticano II es el Concilio que abre nuevas perspectivas para la *piedad popular*. Despierta y provoca estudios y reflexiones, fuertemente recomendados a nivel de América Latina por la Conferencia de Medellín (cf. Md 6,10) que expresa la preocupación por “descubrir la secreta presencia de Dios”, en “destello de verdad que ilumina a todos”, la luz del Verbo, presente ya antes de la encarnación o de la predicación apostólica, y hacer fructificar esa simiente. Hasta Medellín, la tendencia era de ver la piedad popular desde una óptica marcadamente negativa. Sin embargo, Medellín advierte que estas manifestaciones no pueden ser juzgadas con una “interpretación cultural occidentalizada” (6,4), y hace una valoración mucho más positiva que cualquiera de las que habían sido debatidas en la Iglesia hasta este momento, diciendo: “Sin romper la caña quebrada y sin extinguir la mecha humeante, la Iglesia acepta con gozo y respeto, purifica e incorpora al orden de la fe, los diversos «elementos religiosos y humanos» que se encuentran ocultos en esa religiosidad como «semillas del Verbo», y que constituyen o pueden constituir una «Preparación evangélica»”(5). La expresión “semillas del Verbo” demuestra que Medellín todavía no considera la religiosidad popular como una fuerza evangelizadora en sí misma, sino como algo para ser evangelizado, purificado y corregido. Al contrario de la visión común de la época, Medellín no ve una contradicción entre religiosidad popular y la lucha por la justicia y por estructuras sociales basadas en los valores del Reino. Medellín subraya el enlace entre la fe popular y la liberación integral de la persona rechazando así esta visión dualista y la idea de que la evangelización debe enfocarse en “élites”, sino volverse a las “masas” incorporando todo lo que expresa este tipo de religiosidad (6,3)<sup>19</sup>.

Pablo VI nos indica tres actitudes básicas en el n. 48 de “*Evangelii Nuntiandi*”: sensibilidad hacia la piedad popular; percibir sus dimensio-

<sup>19</sup> Cf. LYDON, Juan J. OSA, *Aparecida y la religiosidad popular cumbre de un desarrollo de reflexión*. Revista de Medellín n° 132 / diciembre 2007, p. 540.



nes interiores y sus valores innegables; ayudarle a superar sus riesgos de desviación. Reconoce que ella tiene muchos valores ya que, “engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esta religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción”.

Con la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, tenemos un cambio paradigmático significativo, pues la piedad popular no es enfocada sólo a partir del ámbito litúrgico, sino también y especialmente, a partir del contexto de la Misión evangelizadora de la Iglesia.

Pablo VI, ante la riqueza y al mismo tiempo la vulnerabilidad de la piedad popular, convoca a los obispos y a toda la Iglesia a ser sensibles en relación a ella, saber darse cuenta de sus dimensiones interiores y de sus innegables valores, estar dispuestos a ayudarla a superar sus peligros y limitaciones, a través de seguras orientaciones, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, pues así, puede posibilitar cada vez más, en las masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo (Cf. EN 48).

Juan Pablo II piensa que la piedad popular es uno de los muchos caminos que existen en la Iglesia, tanto para la santificación personal de los fieles cristianos, como para anunciar el Evangelio a los otros, siempre que se den las exigencias referidas anteriormente.

Entre Medellín y Puebla se desarrolla, y después continúa, en la Iglesia Latinoamericana una reflexión abundante y promisoriosa teniendo como paradigma la Revelación conjugada con la realidad concreta del pueblo: la Teología de la Liberación. Con sus aportes, poco a poco, se supera la comprensión de la religiosidad popular como “opio del pueblo”, como alienación social, y se pasó a buscar su sentido y su valor como resistencia a la opresión reinante, convirtiéndose así “muchas veces en un clamor para la verdadera liberación”<sup>20</sup>.

Esto ayudó a Puebla a hacer una evaluación bastante positiva sobre la religiosidad / piedad popular, algo mucho más avanzada que Medellín y *Evangelii Nuntiandi*.

<sup>20</sup> DP 452.

Puebla entiende “por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular, el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular”<sup>21</sup>.

Puebla en la perspectiva de Evangelii Nuntiandi, también expresa la necesidad de una continua y renovada evangelización de la religión del pueblo y de toda la Iglesia, reconociendo que el proceso de “purificación”, de conversión, concierne a toda la Iglesia y que este catolicismo popular, combatido por muchos al interior de la Iglesia y muchas veces relegado a una cierta clandestinidad, debe ser asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio<sup>22</sup>. Por lo tanto se requiere, inserción y un conocimiento de los símbolos, del lenguaje silencioso, no verbal del pueblo; exige sobre todo, amor y aproximación, prudencia y firmeza, constancia y audacia para educar esa preciosa fe, algunas veces tan debilitada<sup>23</sup>.

Lo más significativo en Puebla es que, además de reconocer, que la religión del pueblo es vivida preferentemente por los “pobres y sencillos” (EN 48), abarca también todos los sectores sociales y a veces, es uno de los pocos vínculos que reúne a los hombres en nuestras naciones políticamente tan divididas<sup>24</sup>, ellos (los pobres y sencillos) no son vistos sólo como meros destinatarios de la evangelización, sino como participantes del proceso, reconocidos como “fuerza activamente evangelizadora”<sup>25</sup>, protagonistas de su propia historia y de la transformación de estructuras; puede comenzar con ellos y desarrollarse desde su propia cultura<sup>26</sup>. Sin embargo, insiste en la opción decidida de la Iglesia por estos amplios sectores sociales, en el ámbito de la piedad popular, que tiene la capacidad de congregarse multitudes, sabiendo que el mensaje evangélico no está reservado

<sup>21</sup> DP 444.

<sup>22</sup> Cf. DP 457.

<sup>23</sup> Cf. DP 458.

<sup>24</sup> Cf. DP 447.

<sup>25</sup> DP 396.

<sup>26</sup> Cf. LYDON, Juan J., op. cit. p.544.

a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos, sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes o abandonadas ‘como ovejas sin pastor’ y repite con frecuencia su palabra: “tengo compasión de la muchedumbre” (Mt 9,35) (EN 57, P. 449). La opción preferencial por los pobres no puede ser completa si hay desprecio por su cultura y sus expresiones de fe. Si hay una opción por los pobres, tiene que incluir como dimensión esencial una apreciación por su cultura y las formas culturales con que ellos expresan su fe<sup>27</sup>.

La Conferencia de Santo Domingo, hace un rescate de la historia, valorando las “semillas del Verbo”, presentes en el hondo sentido religioso de las culturas precolombinas, que ofrecían en su base, junto a otros aspectos necesitados de purificación, aspectos positivos como la apertura a la acción de Dios, el sentido de la gratitud por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana y la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultra-terrena y tantos otros valores que enriquecen el alma latinoamericana. Esta religiosidad natural predisponía a los indígenas americanos a una más pronta recepción del Evangelio<sup>28</sup>. El fruto del encuentro del catolicismo ibérico con las culturas americanas fue un rico mestizaje, hoy muy perceptible en las múltiples formas de religiosidad popular.

La novedad de Santo Domingo consiste en clasificar la religiosidad popular como una expresión privilegiada de inculturación de la fe, no solo a nivel de expresiones religiosas sino también de valores, criterios, conductas y actitudes. Juan Pablo II, en su discurso inaugural, presenta la Virgen de Guadalupe como “modelo de inculturación”. Ante las dificultades y resistencias en relación con la religiosidad popular, los Obispos insisten en que “es necesario que reafirmemos nuestro propósito de continuar los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos, para que purificadas de sus posibles

---

<sup>27</sup> Idem. p. 545.

<sup>28</sup> SD 17.

limitaciones y desviaciones lleguen a encontrar su lugar propio en nuestras Iglesias locales y en su acción pastoral.

Cuando el Documento habla de la promoción de la liturgia en su total fidelidad al espíritu del Concilio recomienda una especial atención a la valorización de la piedad popular, que encuentra su expresión especialmente en la devoción a la Santísima Virgen, las peregrinaciones a los santuarios y en las fiestas religiosas iluminadas por la “Palabra de Dios”. Además de la preocupación con la “purificación” de los elementos ajenos a la auténtica fe cristiana que no siempre lleva a la adhesión personal a Cristo muerto y resucitado, hay la preocupación con el secularismo que puede imponerse fuertemente en nuestro pueblo latinoamericano lo que hace más difícil la inculturación del Evangelio<sup>29</sup>.

Aparecida, en una perspectiva más propositiva, haciéndose eco de la alegría, de la esperanza, como antídotos frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio, y como portadora de buenas noticias para la humanidad y no profeta de desventuras<sup>30</sup>, rescata y pone en evidencia los innumerables aspectos positivos de la piedad popular. El párrafo que introduce el tema de “la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo”, hace un listado de las expresiones más felices del Santo Padre y del magisterio de la Iglesia sobre la piedad popular<sup>31</sup>.

La visión más positiva de la piedad popular es el reconocimiento de la acción libre del Espíritu que sopla donde y como quiere y de la acción gratuita del amor de Dios, y la consecuente docilidad a él poniendo toda la Iglesia en actitud discipular. El discípulo misionero tiene que ser “sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables”<sup>32</sup>, y ver también en ella un “imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda”<sup>33</sup>.

<sup>29</sup> Cf. SD 53.

<sup>30</sup> Cf. DA 29 y 30.

<sup>31</sup> DA 258. (Cfr. introducción).

<sup>32</sup> EN 48.

<sup>33</sup> Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, n° 64.

Ante los que devalúan la espiritualidad popular, la consideran un modo secundario de la vida cristiana, la relegan al mundo del sincretismo y aún de la clandestinidad herética, Aparecida la presenta como “una legítima manera de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misionera, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda”<sup>34</sup>. Es una espiritualidad que no solo penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel, sino también se vive en una multitud, sin ser una “espiritualidad de masas”<sup>35</sup>. Es una espiritualidad que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no per eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera<sup>36</sup>.

Más que en las otras Conferencias, los participantes de la conferencia de Aparecida, seguramente influenciados por la experiencia cotidiana de vivir la belleza, la pureza y la ternura de la piedad popular con los peregrinos devotos de Nuestra Señora Aparecida, expresaran una sensibilidad profunda por todas las formas de expresión popular de la fe, sobre todo en la devoción Mariana, a la cual dedica siete números (266-272), y las peregrinaciones a los santuarios, “donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino”. El santuario es como una vitrina que muchas veces condiciona los comportamientos religiosos y humanos posteriores. Cuando los santuarios proporcionan al pueblo alimento religioso, el encuentro profundo y significativo con Jesucristo, los cristianos “ocasionales” encuentran las razones de su fe y se insertan afectiva y efectivamente en sus comunidades de base. En los santuarios, muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas. Esas paredes contienen muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos, que millones podrían contar<sup>37</sup>.

### **Conversión pastoral**

El paradigma de la conversión pastoral es, por excelencia, la práctica, la pedagogía de Jesús; es “imitarlo” como lo recomienda San

---

<sup>34</sup> DA 264.

<sup>35</sup> Cf. DA 261.

<sup>36</sup> Cf. DA 263.

<sup>37</sup> DA 260.

Pablo: *“Sed mis imitadores, como lo soy yo de Cristo”* (1Cor 11,1), o como aconseja a los Romanos: *“no sigan la corriente del mundo en que vivimos, más bien transfórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto”* (Rm 12,2); por eso insiste el documento de Aparecida: tenemos que *“recomenzar desde Cristo”* (DA 12).

La conversión pastoral de la Iglesia, además de tener como paradigma fundamental la vida, la práctica, la pedagogía de Jesús, debe ser coherente con el Concilio, nuevo Pentecostés en la vida de la Iglesia, una conversión hacia adelante empujada por el Espíritu Santo y no una vuelta al pasado, a una espiritualidad y una eclesiología contrarias al Espíritu del Vaticano II. Esta conversión *“lo toca todo y a todos: en la conciencia, en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y autoridad; con estructuras y dinanismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal”* (SD 30).

La conversión es un proceso permanente de todos los miembros de la Iglesia para que, por la fuerza del Espíritu, y adecuándose a la voluntad de Dios, busquen vivir intensamente la compasión, la misericordia (Lc 6,36) como camino de perfección (Mt 5,48) y de santidad. La conversión, *“consiste, por tanto, en la permanente purificación a la cual debe someterse la Iglesia, tanto en la cabeza como en sus miembros, aunque ella, en sí misma es hermosa”*<sup>38</sup>.

Contradiendo una mentalidad bastante común en la historia, en la que se atribuía la necesidad de conversión más al pueblo, a los laicos y laicas, los Obispos, participantes del Sínodo *La Iglesia en América*, haciendo un buen propósito, reconocen que *“esta conversión exige especialmente de nosotros Obispos una auténtica identificación con el estilo personal de Jesucristo, que nos lleva a la sencillez, a la pobreza, a la cercanía, a la carencia de ventajas, para que, como Él, sin colocar nuestra confianza en los medios humanos, saquemos de la fuerza del Espíritu, y de la palabra, toda la eficacia*

<sup>38</sup> Saranyana Josep Ignasi – *Ecclesia Semper reformanda* – XXXII semana de estudios medievales – Separata. Pamplona 2006. Citado por Mons. Guillermo Melguizo Yepes. *La conversión pastoral de la Iglesia*. In Revista Medellín, vol. XXXIV – n° 134 / Junio de 2008, p. 231.



*del Evangelio, permaneciendo primariamente abiertos a aquellos que están lejanos y excluidos (Propositio 26). Para ser pastores según el corazón de Dios (cf. Jr 3,15), es indispensable asumir un modo de vivir que nos asemeje a aquel que dijo de sí mismo: “Yo soy el Buen Pastor” (Jn 10,11). Esta sencillez y pobreza, esta cercanía y apertura a los lejanos y excluidos, en muchas situaciones puede referirse a un alto porcentaje del pueblo cristiano que vive y expresa su fe, su religiosidad, su piedad de una forma sencilla y popular.*

### **Conversión de la piedad popular**

La imperfección y la debilidad humana se expresa también en la imperfección en su relación con la divinidad, en su culto rendido a Dios. El único culto perfecto fue el de Jesucristo. Por eso, la religiosidad, la piedad popular, como todas las expresiones culturales, no están exentas de esta verdad.

Cristo vino a redimir todas las cosas, incluso las relaciones entre lo humano y lo divino, el culto a Dios; por eso se insertó, se inculturó en medio al pueblo sencillo y pobre de Galilea, que por la oficialidad judía era acusado de impuro, sincrético, infiel a la ley y a las tradiciones. Cristo no canonizó ni condenó las formas populares de expresar su fe, sino que a partir del diálogo, propuso un culto nuevo “en espíritu y verdad”.

Hay en la historia pasada y reciente de la Iglesia muchas críticas infundadas hacia ciertos modos sencillos de expresar la fe. Pero, desde el Concilio Vaticano II, hay el reconocimiento y la insistencia de que, desde el magisterio de la Iglesia, la piedad popular ya no debe ser vista en principio con rechazo, con miedo, con precaución, sí con discernimiento, pero siempre con una gran simpatía por parte de los teólogos y por parte de los pastores de la Iglesia en la pastoral ordinaria del pueblo de Dios. “La Piedad Popular no puede ser ignorada ni tratada con indiferencia o desprecio, porque es rica en valores, y ya de por sí expresa la actitud religiosa ante Dios. Pero tiene necesidad de ser continuamente evangelizada, para que la fe, que expresa, sea un acto cada vez más maduro y auténtico. Tanto los piadosos ejercicios del pueblo cristiano, como otras formas de devoción, se aceptan y se recomiendan a condición de que no substituyan las celebraciones



litúrgicas ni se mezclen en ellas. Una auténtica pastoral litúrgica sabrá apoyarse en las riquezas de la piedad popular, purificarlas y orientarlas hacia la liturgia como ofrenda de los pueblos”<sup>39</sup>.

En general, los peligros de la piedad popular apuntados por el magisterio, que necesitan de “purificación” y “recta” orientación, son: ausencia o escasez de los elementos esenciales de la fe cristiana; desequilibrio entre culto de los Santos y conciencia de la absoluta primacía debida a Cristo; imperceptible contacto con la Sagrada Escritura; aislamiento de la economía sacramental; separación entre gestos de piedad y compromiso de vida; concepción utilitarista de la piedad; degradación de los gestos de piedad en espectacularidad, inducción a la superstición, magia y fatalismo<sup>40</sup>. Aparecida no niega estas limitaciones, pero prefiere expresar un aprecio mucho más profundo a los valores y aspectos positivos, edificantes de la piedad popular; y la palabra “purificar” casi no aparece, y cuando afirma que hay que evangelizarla o purificarla, no quiere decir que esté privada de riqueza evangélica. El documento recomienda una identificación cada vez mayor con María, los santos y santas, procurando un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, sobre todo, en la celebración dominical de la Eucaristía, que tendrá como fruto un servicio de amor solidario más eficaz<sup>41</sup>.

Evangelizar la piedad popular significa ayudarla a expresar y conservar los preciosos e innumerables valores que posee, teniendo presente al mismo tiempo también sus límites “positivos”, es decir, el estilo sencillo, al acentuar el misterio cristiano sin pretensión de totalidad, que hay que conservar en la piedad popular so pena de su transformación en lo que no es, de la confusión de funciones, de su desnaturalización. Luego hay unos límites “negativos”, que en cambio está llamada a superar, como la escasa referencia a la Escritura, el carácter imperceptible de la fe católica, al agotarse en si misma sin disponer para la liturgia, el darse sus propias normas sin armonizarse con la oración litúrgica.

<sup>39</sup> Juan Pablo II, Carta apostólica *Vicesimus Quintus Annus* (4.12.1988).

<sup>40</sup> MAGGIONI, Corrado, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia – itinerarios de lectura*. In Cuadernos PHASE, n° 134, mayo 2003, p.14.

<sup>41</sup> Cf. DA 262.



## Conversión hacia la piedad popular

La religiosidad popular es algo que no sólo exige discernimiento, sino que ella misma es eje de discernimiento para la evolución de distintos modos de la vida auténtica de la Iglesia. Los pastores y teólogos están llamados a “purificar” la religiosidad popular, a condición que ellos mismos se dejen “purificar”, a su vez por la religiosidad popular.

Las primeras invitaciones y exigencias vienen del propio magisterio eclesial.

La primera voz magisterial que se levanta es la de Papa Pio XII, a través de la encíclica *Mediator Dei*, tomando la defensa de los “ejercicios espirituales”, ante la discriminación y los prejuicios de los que defendían las formas populares de expresar su fe, o las expresiones “menos ricas” y que despreciativamente eran calificados de “liturgistas” al margen de la herejía. Después viene el Vaticano II, que recomienda encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia.

La Conferencia de Medellín, que es más incisiva, recomienda incorporar al orden de la fe los diversos elementos religiosos y humanos que se encuentran en la piedad popular, pide que se realicen estudios sistemáticos sobre la religiosidad y sus manifestaciones, y que impregnen estas manifestaciones populares como romerías, peregrinaciones, devociones diversas, de la palabra evangélica, y que los santos y santas sean presentados como modelos de vida de imitación de Cristo.

Puebla recomienda a los Obispos que las diversas formas de piedad popular sean estudiadas con criterios teológicos y pastorales para descubrir su potencial evangelizador, pues la piedad popular conduce al amor de Dios y de los hombres y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino. Puebla pide que los agentes de pastoral traten de recuperar los valores evangelizadores de la piedad popular, en sus diversas manifestaciones personales y masivas, empleándola

como punto de partida para lograr que la fe del pueblo alcance la madurez y profundidad, por lo cual dicha piedad popular debe basarse en la Palabra de Dios y en el sentido de pertenencia a la Iglesia y de compromiso cristiano con el mundo.

Santo Domingo apunta hacia los valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural e insiste en el propósito de hacer esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir, vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos.

Presentada en Aparecida como “el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina”, la piedad popular se hace presente en todos los sectores sociales y merece nuestro respeto y cariño pues es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda. Por eso, el discípulo misionero tiene que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables. Un contacto más directo con la Biblia, una participación mayor en los sacramentos sobre todo en la Eucaristía aprovechará más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra esta mística popular.

La conversión exige un cambio de postura en relación a la piedad popular. Primeramente, exige pasar de una concepción y práctica “monárquica” del ejercicio de la autoridad al interior de la Iglesia a una postura de cercanía, de sencillez, de escucha, de misericordia, de servicio. Antes que proponer el evangelio, hay que ir al encuentro, preguntar y escuchar para conocer dónde se encuentran, qué sienten, cómo piensan, cómo viven y qué interrogantes preocupan a los destinatarios, abrir canales de diálogo y disponerse a aprender de ellos pues los que normalmente son considerados los más “ignorantes” e “iletrados” de este mundo poseen la *sabiduría* sobrenatural, la *sabiduría cristiana*, que no es meramente *enseñada*, sino que es transmitida por *infusión* de Espíritu Santo que introduce a los fieles propiamente en la vida mística que está íntimamente ligada a la virtud de la caridad<sup>42</sup>.

<sup>42</sup> Cf. SEIBOLD, P. Jorge, *La mística popular: misterio divino y compromiso humano – Un nuevo desafío pastoral para la V Conferencia Episcopal de Aparecida*. In *Boletín del CELAM*, N° 314, Diciembre – 2006, p. 69

Si el Obispo, el sacerdote, es sencillo, religioso, fraterno, si no es un burócrata de los sacramentos, realmente la gente puede lograr una imagen de lo sagrado. Una imagen, ni mágica, ni neurótica, pero tampoco secularizada ni arrespetuosa hacia el misterio. El sacerdote debe ser el primero que cree en la santidad del lugar, cree que la imagen de la Virgen es un signo sagrado, un ícono. Todo este comportamiento frente a lo sagrado, frente a lo fraterno, frente a lo esencial, frente al pobre, es muy importante.

En Aparecida los Obispos reconocen que se requiere un estilo de vida más fiel a la verdad y a la caridad, más sencillo, austero, solidario, con más valentía, persistencia y docilidad a la gracia, para proseguir, fiel a la Iglesia de siempre, la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II, impulsada por las anteriores Conferencias Generales para asegurar el rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia<sup>43</sup>.

Se insiste en crear en la Iglesia, un ambiente de calidez y piedad, oración y confianza, contemplación y diálogo, conversión, libertad y solidaridad evangélica, teniendo el coraje profético de abandonar estructuras caducas o el estructuralismo rigorista que no favorecen la transmisión de la fe y el encuentro profundo y significativo con Cristo. Dejarse conducir por la libertad liberadora de Jesucristo que invita a los cansados y agobiados, que gimen bajo el peso de una carga pesada de preceptos y normas, a ir donde Él, el Mesías, para encontrar reposo (Mt 11,28-29). Él, ante la casuística de lo lícito o de lo ilícito manifiesta la exigencia de hacer el bien, de salvar, de liberar (Lc 13,16).

Conversión pastoral es pasar de una Iglesia acentuadamente clericalista, institucional a una Iglesia comunidad, pueblo de Dios. Es necesario insistir que laicos y laicas vayan de la pasividad a la actividad, del conformismo a la libertad activa, y esta no se obtiene por las estructuras y los ritos, sino a través de la profundización y la pertenencia a la persona de Jesús, hombre libre y profeta de la libertad, que se manifiesta en la capacidad de humanizar, que es la vía de la verdadera divinización. Se trata de dar a los laicos y laicas, libertad, es decir la autonomía, el protagonismo y la creatividad que pretendió el Vaticano II (LG 35)<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Cf. DA 100h.

<sup>44</sup> Cf. GÁLVEZ A., P. Luis Alberto, *La conversión pastoral: un llamado a vivir en libertad y comunión*. In Revista Medellín, N° 134 / Junio 2008, p. 270s.



Es necesario tener en cuenta que una de las características fundamentales de la mística popular Latinoamericana y Caribeña es su propensión a situar sus relaciones personales con Dios en términos semejantes a como nuestro pueblo fiel vive sus relaciones familiares y sociales. De ahí la importancia que tiene en su vida todo lo que se refiere a las relaciones, los vínculos, los afectos, que unen a los seres humanos entre sí y la importancia capital que tiene la familia, como elemento básico de socialización. De ahí que en ambientes populares se conciba la relación con lo Divino más en términos *familiares*, expresados en mística de amor, calidez y cercanía. Es peculiaridad de nuestro pueblo fiel vivir con intensidad las relaciones familiares que lo predisponen también a identificarse de un modo muy particular con los Misterios de la humanidad de Cristo<sup>45</sup>.

La conversión exige un cambio de lenguaje, que sólo es posible explorando juegos de lenguajes fuera del ámbito científico y formal: la poesía, el símbolo, la parábola, el gesto, la exhortación y el silencio. El lenguaje de la fe es distinto del lenguaje científico, no es un lenguaje enunciativo. El lenguaje religioso aparece como un intento desesperado de ir más allá del lenguaje corriente de la razón... se relaciona directamente con el sentido último de la existencia y por ello debe ser parabólico y simbólico. La moralización o legalización de dicho lenguaje constituye una erosión extraordinaria de su riqueza semántica.

La conversión, se comprueba en sus repercusiones en la vida concreta del pueblo, en la sanación de todas las rupturas y los desórdenes (todas las heridas sociales) que hacen sufrir hoy día a la humanidad y a la misma comunidad eclesial. Cuando a ejemplo de Cristo, los cristianos tengan como prioridad absoluta la Vida de la persona humana; cuando, como cristianos siendo sal y fermento, contribuyan con la instauración del Reino de Dios, pues es en la relación del amor al prójimo donde la "mística de los humildes" alcanza su completa certificación. Esta "mística social y solidaria", que tiene en las *Bienaventuranzas del Reino* su más permanente y universal inspiración.

<sup>45</sup> Cf. SEIBOLD, P. Jorge, op. cit. p. 73.



La religión tiene un papel relevante que cumplir: a partir de una Iglesia como red de comunidades, a través del enriquecimiento y fecundación mutua entre piedad popular y liturgia, movida y conducida por una espiritualidad misionera, puede salvaguardar los valores religiosos y enfrentar valientemente una sociedad sin alma y sin amor.



## La piedad popular en la vida de las comunidades cristianas

Pbro. Lic. Felipe de Jesús de León Ojeda\*

### Sumario

El autor, preocupado ante la falta de valoración de la piedad popular en algunas comunidades cristianas (parroquias, CEBs, comunidades de vida), siendo que en estas la vida de fe gira en torno a dicha piedad popular, presenta la necesidad de revalorizarla para que sea realmente un lugar de encuentro con Cristo en la vida comunitaria. Tiene como base de su reflexión las directrices del Documento de *Aparecida* y el proyecto de la *Misión Continental*. Sugiere a las comunidades cristianas, sus pastores y agentes de pastoral, asumir ciertas actitudes y líneas de acción pastoral.

**Palabras clave:** *Piedad popular, Comunidad, Vida espiritual, Pastoral.*

\* Licenciado en Sagrada Liturgia por el Pontificio Instituto Litúrgico de San Anselmo – Roma; maestro de Liturgia en el ITEPAL y en el Pontificio Seminario Palafoxiano de Puebla, Méx.; experto de la Sección de Piedad Popular y Santuarios del CELAM; Vice-presidente de SOMELIT (Sociedad Mexicana de Liturgistas); Vicario parroquial en la Parroquia de Nuestra Señora de Ocotlán, en la ciudad de Puebla, Méx.  
E-mail: ocotlan2005@hotmail.com



## Sumário

O autor, preocupado frente à falta de valorização da piedade popular em algumas comunidades cristãs (paróquias, CEBs, comunidades da vida), sendo que nestas a vida de fé gira em torno desta piedade popular, apresenta a necessidade de revalorizar a piedade popular de modo que seja realmente um lugar do encontro com Cristo na vida comunitária. Tem como base da sua reflexão as diretrizes do Documento de *Aparecida* e o projeto da *Missão Continental*. Sugere às comunidades cristãs, a seus pastores e aos agentes de pastoral, assumir determinadas atitudes e linhas de ação pastoral.

**Palavras chave:** Piedade popular, Comunidade, Vida espiritual, Pastoral.



## Introducción

**E**n la Iglesia, durante muchos siglos, los fieles se alimentaron de la liturgia, a la que se añadieron actos piadosos-devocionales, de diversa índole. En la Edad Media y después de Trento, las devociones piadosas del pueblo se superponen (debido al alejamiento que se fue dando entre liturgia y fieles) y adquieren más importancia que las celebraciones litúrgicas (cf. DPPL 28-43).

Solo a partir de comienzos del siglo XX, con el movimiento litúrgico, la liturgia empieza a ser propuesta como la *fuerza principal* de la espiritualidad cristiana, mediante la participación fructuosa y activa del pueblo (cf. DPPL 28-46).

Como sabemos, dicho movimiento litúrgico desembocó en la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. En las parroquias, esta reforma ha tenido sus efectos positivos y negativos en su concreción, sobre todo con respecto a la relación Liturgia y Piedad Popular. Durante algún tiempo muchos pastores cayeron en los mismos defectos que los grandes promotores del movimiento litúrgico. Por una parte vieron con desconfianza las expresiones de Piedad Popular, encontrando en ellas una de las causas de la decadencia de la liturgia; por otra, al poner como objetivo la consecución de la pureza del culto divino<sup>1</sup>, veían la liturgia primitiva como un modelo ideal, llegando a rechazar de modo radical las expresiones de Piedad Popular, nacidas en épocas anteriores (cf. DPPL 46).

<sup>1</sup> Dice al respecto el Cardenal Norberto Rivera Carrera: "Quien pretenda operar desde un ambiente 'incontaminado' una especie de disección quirúrgica aséptica de la piedad popular, tenderá a equivocarse. Hay un 'purismo' excesivo, a veces algo 'arqueológico', a veces con riesgo de ser 'ideológico', que es tentación de ciertos liturgistas..."; en *Notitiae l.c.* 479-480.



Esto provocó que en muchas comunidades parroquiales se excluyera de la programación pastoral toda expresión de piedad popular posible. Mientras que en otras comunidades, en reacción contraria, se privilegiara la piedad popular sobre la liturgia oficial, institucional e incomprensible de la Iglesia. Ambas posturas han hecho mucho daño a la vida de las comunidades y de sus fieles.

En los últimos años, ha habido un redescubrimiento de la Piedad Popular, por parte de la Iglesia, el *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, es una muestra de ello.

Ciertamente que en la Iglesia latinoamericana, desde los años sesentas este tema era ya algo importante.

El documento conclusivo de *Medellín* (1968) afirma que la religiosidad popular (así se le denomina) no se explica sin la historia de la evangelización realizada desde el tiempo de la Conquista; y la describe cómo una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos.

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1979) dedica un buen espacio a la Religiosidad popular.

Para *Puebla* la religiosidad popular configura la identidad histórica de América latina, que tiene un "*real substrato católico*" y la fe de la Iglesia es la matriz cultural del Continente.

Puebla define la religiosidad popular como el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, las actitudes básicas que de esas convicciones derivan, y las expresiones que las manifiestan, la forma o la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. Termina identificando religiosidad popular con catolicismo popular.

La Piedad Popular comienza a verse como una realidad complementaria de la pastoral de la Iglesia, concretamente en las parroquias, con la ayuda de la Palabra de Dios, con elementos tomados de las celebraciones litúrgicas y con un lenguaje actualizado, de acuerdo con las nuevas concepciones de la antropología<sup>2</sup>.

2 Cf. GONZÁLEZ, Ramiro, *Piedad popular y Liturgia*, Ed. Centre de Pastoral Litúrgica, Dossiers CPL 105, Barcelona 2005, pp. 185-186.



Es así que el documento de *Aparecida* nos invita a conocer, promover y proteger estas expresiones populares de nuestra fe, ya que, en palabras del Papa Benedicto XVI, la religiosidad popular es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina (cf. DA 258). Pero no sólo eso, sino que *Aparecida* dirá que la Piedad Popular es, para la Iglesia y sus comunidades parroquiales: “espacio de encuentro con Jesucristo”; “expresión de la fe católica, es un catolicismo popular, profundamente inculturado” (cf. DA 258); “imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda” (DA 262); “espiritualidad popular... espiritualidad encarnada en los sencillos” (DA 263); “manera legítima de vivir la fe... de sentirse parte de la Iglesia... una forma de ser misioneros” (cf. DA 264).

Nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña se encuentra en un estado de misión permanente, cuya finalidad es llevarnos a todos al encuentro con Jesucristo para que en Él tengamos vida. Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe tener en cuenta, entre otros elementos: Una **revalorización de la piedad popular**, la cual es una “manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda”<sup>3</sup>

El presente artículo pretende descubrir la importancia que siempre ha tenido la piedad popular en la vida de la Iglesia y de las parroquias, revalorizarla como lugar de encuentro con Cristo, como fuente de la vida espiritual de los creyentes, junto con la Liturgia, no en lugar de ella y, por último presentar los desafíos pastorales que implica la Piedad Popular para nuestras parroquias.

## I. Características religiosas del pueblo latinoamericano y caribeño

Uno de los aciertos de la Iglesia en América Latina y El Caribe, al llamar la atención sobre la Piedad Popular, es haberla presentado como una realidad pastoral cuya atención no podía esperar más, y con una intuición muy peculiar y certera: como una síntesis concreta, histórica, de la fe cristiana y de la cultura de cada pueblo.

<sup>3</sup> CELAM, *La Misión Continental para una Iglesia Misionera*, Ed. CELAM, Bogotá, D.C. 2008, p. 30.



La inculturación del catolicismo en el Continente americano ha dado como fruto una Piedad Popular con rasgos y cualidades peculiares cuyas manifestaciones frente a la “religiosidad oficial” son, entre otras, los gestos rituales, actos de culto, peregrinaciones y fiestas, relatos y celebraciones. A continuación mencionamos algunas características religiosas de los fieles, que se expresan en la Piedad Popular de nuestras parroquias.

### **1. *Una piedad con profundas raíces indígenas***

Para comenzar, podemos decir que los latinoamericanos y caribeños somos un pueblo cuya característica más clara es un fuerte apego a nuestras raíces y a un pasado que todavía está presente en nuestra forma de ser y vivir. De hecho todavía podemos encontrar entre nosotros numerosos descendientes de los antiguos pobladores de estas tierras y que nos dicen quiénes son y de dónde vienen. Somos, pues, un pueblo aferrado a nuestro pasado histórico, cultural y religioso. A pesar de siglos, estos grupos étnicos sobreviven y no se resignan a perder sus raíces. De hecho muchas formas han asumido y reinterpretado el cristianismo introducido en sus culturas. Tanto lo autóctono como lo mestizo contribuye en gran manera a la piedad popular. Así, la piedad popular es portadora de lo indígena y de lo español. Y siendo nuestra América Latina un pueblo, en su mayoría, mestizo, no puede sustraerse a la cultura de lo indígena. Y muchas veces, el elemento indígena domina al elemento cristiano.

Podemos afirmar que ante la profunda religiosidad de los indígenas actuales, se puede comprender la enorme importancia e influencia que tenía la religión para ellos desde antes de la conquista. Era tan grande que se puede decir, sin temor a exagerar, que su existencia giraba totalmente alrededor de la religión y no había un solo acto de la vida pública y privada que no estuviera influenciada por el sentimiento religioso.

Por la historia sabemos que, antes de la llegada de los españoles, los pueblos indígenas tenían ya su propia forma de ver el mundo, juzgar las cosas y responder a sus preguntas y necesidades. Eran pueblo con culturas propias, que acumularon enormes tesoros de sabiduría, descubrieron valores que dieron sentido a su existencia, buscaron al “Dador de la vida”, intentaron explicarse los misterios del universo y del más allá.

Esa profunda religiosidad es la clave para entender el por qué la mayoría de los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen un gran sentido para las cosas sagradas y saben dar lugar especial a todo lo que se relaciona con Dios. Su gusto por las imágenes, las devociones, las bendiciones, las peregrinaciones, los santuarios, y muchos otros signos sagrados, hablan del lugar privilegiado que lo religioso tiene actualmente en su vida. Incluso, algunos conceptos del culto a los dioses prehispánicos han sobrevivido al paso del tiempo y han permanecido vivos hasta nuestros días en la variada y profunda Piedad Popular de los grupos étnicos.

## **2. Una Piedad Popular eminentemente laical**

¿Quiénes han conservado y promovido la Piedad Popular?

En el mundo de la Piedad Popular, quienes la promueven son principalmente las familias, los laicos y los rezanderos. Todos ellos constituyen una figura importante que se encarga de conservar la tradición, la costumbre, y quienes están más a la mano para todo tipo de celebración.

La *familia* puede considerarse como el ambiente natural de la Piedad Popular donde todos tienen una responsabilidad, un cargo. Las expresiones de Piedad Popular involucran a todos sus miembros. Sin lugar a dudas la Piedad Popular se cultiva más por la familia que por los medios institucionales (sacerdotes, catequistas, religiosas). La madre de familia es el agente de socialización de mayor influencia en el seno familiar.

Los *adultos laicos* son un elemento de gran importancia en la religiosidad del pueblo, pues son ellos lo que organizan y promueven las manifestaciones de la Piedad Popular. Esto se constata, sobre todo, en la organización de las fiestas, ya que los adultos de todas las capas sociales juegan en ellos un papel importante. Por ejemplo, las mayor-domías (adultos responsables de la fiesta) que pueden ser nombradas en cada ocasión o permanecer en el cargo mucho tiempo, según los hábitos del lugar. Los capitanes de los grupos de danzas o de representaciones tienen una especial tarea en el cuidado de la tradición, y muchos reciben por herencia esta labor. Los músicos también juegan



un papel importante. La elaboración de comidas y de arreglos para la fiesta adquiere especial relevancia porque en muchos lugares se establece un sistema de puertas abiertas donde se invita a todos los asistentes, sean o no familiares. De esta forma, la fiesta es un gran escenario donde el responsable directo es la gente del pueblo.

La fiesta, sobre todo la religiosa, es la principal manifestación colectiva de la Piedad Popular pues en ella se expresa más completa el alma del pueblo y es expresión de su identidad.

Las peregrinaciones, las danzas, las imágenes y los altares en lugares públicos, como las calles y el exterior de las casas, son iniciativas de los laicos. Se invita por cierto al sacerdote para que “oficialice” las ceremonias con algún rezo y alguna bendición, pero después es el pueblo o la comunidad quien se encarga de su total desarrollo. La experiencia enseña que la Piedad Popular funciona con el sacerdote y sin el sacerdote.

Los rezanderos, promotores o animadores de la Piedad Popular, merecen un espacio especial porque son figuras de singular importancia. Se da tales nombres a las personas que acompañan las celebraciones de la Piedad Popular con sus rezos, sus cantos y su presencia. Muchas veces estas personas son las que mejor conocen las tradiciones religiosas y, por tanto, van indicando cómo debe desarrollarse una ceremonia. Los rezanderos, con frecuencia, son catequistas.

El oficio de rezandero es, en muchos casos, permanente ya que es quien puede garantizar mejor la continuidad de la tradición, y es reconocido, además, por el mismo pueblo o su comunidad. Es un servidor capaz de sentir el dolor cuando acompaña a un difunto o la alegría de la fiesta, ya que no es ajeno a lo que celebra. En muchos casos, el rezandero(a) coincide con la persona del catequista. El pueblo lo tiene en gran estima, pues es quien sabe qué rezar, cómo hacer y cuándo hacerlo.

### **3. *Un pueblo más religioso que eclesial***

La escasa participación en la vida de la parroquia –siempre se cuenta con los mismos y pocos– la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas.... suelen ser manifestaciones de falta de sentido eclesial. Es urgente un esfuerzo pastoral para la integración en la Iglesia de estas personas.



#### **4. *Un pueblo más devoto que comprometido apostólicamente***

La exuberancia de devociones y manifestaciones de piedad contrasta con el poco arraigo de los movimientos apostólicos y la escasez de sus militantes.

#### **5. *Un pueblo con gran sentido festivo, en medio del sufrimiento***

La fiesta manifiesta los sentimientos del pueblo latinoamericano y caribeño. Es afirmación de la vida. Pero en medio de ese sentimiento festivo, son más los “Cristos dolientes” los que tienen más devoción en nuestros pueblos y pocos los “Cristos resucitados”. “Nuestro pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo Éste es el que me amó y se entregó por mí” (DA 265).

#### **6. *Un pueblo que no es ajeno al proceso de secularización de la sociedad***

Las manifestaciones de Piedad Popular pueden ser manipuladas hasta convertirlas en un foco de descristianización, celebrándolas de modo que los participantes no perciban “la experiencia espiritual, las creencias religiosas, las exigencias morales y la comunión eclesial que tales celebraciones comportan en la vida del pueblo cristiano”.

#### **7. *Un pueblo con “grandes valores humanos base del carácter regional”, pero muchas veces “bloqueados”***

Valores como la honradez, la laboriosidad, el buen sentido, la estima por la cultura y la belleza, la capacidad de apertura y acogida, la facilidad para la comunicación y el diálogo, la generosidad, el espíritu de servicio, ayuda, comprensión... Pero existen valores bloqueados como cierta desidia, tendencia al conformismo o al individualismo.

#### ***Elementos positivos***

El documento de *Puebla* ve positivamente la Piedad Popular en América Latina: es un acervo de valores que responden con sabiduría cristiana; es sapiencia popular católica; conlleva creadoramente lo



divino y lo humano; es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo, y proporciona las razones para la alegría y el humor, aún en medio de una vida muy dura. Para el pueblo es un principio y un instinto evangélico de discernimiento.

La Piedad Popular está *“penetrada de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios”*; posee una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta la relación con la naturaleza y con los demás hombres, un sentido del trabajo y de las fiestas, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco, y un el sentimiento de su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla.

La Piedad Popular conduce al amor de Dios y de los hombres y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino.

### *Elementos negativos*

Algunos son de origen ancestral como la superstición, la magia, el fatalismo, la idolatría del poder, el fetichismo y el ritualismo.

Otros pueden provenir por deformación de la catequesis: el arcaísmo estático, la falta de información e ignorancia, la reinterpretación sincretista, el reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios.

## **II. Importancia de la piedad popular en la vida de las comunidades cristianas**

### **1. Primer contacto con Dios y con la Iglesia**

La gran mayoría de católicos en América Latina y El Caribe, provenimos de un mundo de Piedad Popular. Todas las experiencias de fe vividas en nuestra infancia y adolescencia están marcadas por la Piedad Popular que se ha vivido tradicionalmente en muchas familias. El respeto y la veneración por las imágenes, el ponerles flores o encenderles velas, arrodillarse delante de ellas, la visita a los templos, las celebraciones de las fiestas de la Virgen o de los Santos, las promesas...





La espiritualidad popular, como llama el documento de *Aparecida*, a la Piedad Popular, acontece primero en casa, se nutre de la leche materna. Es en las rodillas de la madre donde el niño aprende a colocar las manos juntas para la oración, a hacer la señal de la cruz, a balbucear el Ave María y el Padrenuestro.

Es delante de un altar doméstico donde la familia reza el rosario, enciende un cirio de Pascua ante una dificultad, hace una promesa, celebra sus alegrías y derrama sus lágrimas.

Esta experiencia doméstica adquiere una dimensión pública cuando estas personas se reúnen, en las casas, en las calles, en algún santuario o en la misma iglesia parroquial. Sus gestos de piedad se suman a decenas, cientos o millares de otras personas, adquiriendo una nota de comunión eclesial más amplia y universal.

## **2. A veces es el único contacto con Dios y con la Iglesia**

En cierta ocasión que visitaba una de las comunidades foráneas que componían la Parroquia, después de la celebración de la Misa, me invitó una señora a comer a su casa; después de la comida nos quedamos un rato platicando con toda la familia. En un momento dado el señor de la casa (que no había ido a Misa), me comentó: “Sabes, padre, yo tengo mucha fe”; lo interrumpí para decirle “qué bueno”. El terminó su comentario: “sí, sí, enciendo mi veladora todos los días en nuestro altarcito”.

Este comentario me hizo reflexionar sobre la importancia de aquello que mantenía la fe católica de esa persona y de muchas comunidades a lo largo y ancho de nuestro Continente: la Piedad Popular, con sus posibles desventajas, pero también con el poder tan grande que tiene cuando es robusta.

## **3. Importante fuente de espiritualidad**

Para un gran número de fieles, la Piedad Popular es de gran importancia para su vida espiritual, en algunos casos, es la única fuente de alimento espiritual.



Pertencen a este mundo aquellas personas que viven la fe “a su modo” (a los que se ha llamado en medio de nuestro pueblo: “yo soy católico a mi manera”), pertenecen a la Iglesia por estar bautizados, hay una conciencia de pertenencia, pero sin ningún tipo de compromiso y de práctica religiosa dominical.

Este sector de nuestro pueblo en diferentes momentos acuden a bautizar a sus hijos, ya sea por tradición familiar, porque crean que es algo bueno, o por consejo de otros; ofrecen misas por sus difuntos (aunque no siempre asistan a ellas); piden oraciones, bendicen sus medallas, crucifijos y las llevan consigo; acuden a los santuarios en peregrinación para agradecer favores recibidos; conservan y veneran en sus casas imágenes de los Santos; acuden el Domingo de Ramos para recoger el ramo o palma bendita, para después ponerlo detrás de la puerta de su casa a modo de protección; van el Miércoles de ceniza a recibirla... Es un mundo que busca y respeta mucho a los Sacramentos, aunque muchas veces no los reciban por no estar en condiciones y, es por ello, que recurren a la misericordia de Dios a través de estos canales de gracia que conforman la Piedad Popular.

El mundo de la Piedad Popular está marcado por el corazón, es una religiosidad donde se vive una fe marcada por los sentimientos. Algunos pastores no están de acuerdo con este tipo de religiosidad, porque dicen que no compromete a la persona. A veces en nuestra formación católica vamos al otro extremo y presentamos una fe que va a lo puramente racional; forma grandes cerebros que conocen muchas verdades de fe, pero nos olvidamos de los sentimientos del corazón que llevan a una fe expresada en detalles y delicadezas, con el Señor y los hermanos. Esto sería uno de los grandes valores que puede aportar el mundo de la Piedad Popular a nuestras comunidades cristianas, en un intercambio sano y enriquecedor.

#### **4. Habla el Magisterio**

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum concilium*, nos dice que la liturgia es la cumbre a la que tiende toda la actividad de la Iglesia y la fuente de donde mana toda su fuerza, pero ésta, no agota toda su actividad ni la vida espiritual de los fieles. Liturgia es celebración donde damos culto a Dios como hijos agradecidos,

y donde celebramos los ritos conmemorativos de la historia de la salvación, historia de nuestros padres, y nuestra propia salvación. El rito actualiza aquellos momentos importantes, que aun perteneciendo al pasado se hacen presentes en nuestra vida. Pero nuestra vida sigue, nuestra época es distinta, tenemos otros gustos y otras formas, y por eso, la Iglesia, además de la participación en la liturgia, fomenta y recomienda celebraciones y otros ejercicios de piedad popular.

De esto mismo habla el decreto de promulgación del *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*: “Como alimento de la vida espiritual de los fieles existen, de hecho, también los ‘ejercicios piadosos del pueblo cristiano’, especialmente aquellos recomendados por la Sede Apostólica y practicados en la Iglesias particulares por mandato o con la aprobación del Obispo”<sup>4</sup>.

El alimento es necesario en orden al bien del organismo. Luego, se hablará de formas concretas que conocemos: entre otros, el Santo Rosario, el Vía Crucis tan característico de Cuaresma, pero también válido para todo el año, por ejemplo los viernes. ¿Cuál es la función del alimento? Nutrir en orden a la supervivencia y crecimiento del organismo.

En cuanto crecen en su vida espiritual, gracias a estos contactos puntuales por la Piedad Popular, se espera una incorporación eclesial más profunda. ¿Cuántas veces por el fervor de un acto de piedad, habrán decidido realizar algún apostolado, o a acrecentar el ambiente de fraternidad y compasión en casa, o en el trabajo, etc.? Es una forma en que trabaja la gracia de Dios.

“Además de la liturgia sacramental y de los sacramentales...” Se aclara el orden de la importancia de los elementos de celebración de la fe. Primero son los Sacramentos, “fueron instituidos por Cristo” mismo. Luego siguen los Sacramentales que “han sido instituidos por la Iglesia en orden a la santificación de ciertos ministerios eclesiales...” (“Entre los Sacramentales figuran en primer lugar las bendiciones”). Luego, están las formas de Piedad, expresiones que “prolongan la vida litúrgica de la Iglesia, pero no la sustituyen”.

<sup>4</sup> Es oportuno recalcar el término “recomendados por la Sede Apostólica”, porque muchas veces lo hemos interpretado como si dijese “mandados exclusivamente por la Sede Apostólica”.



“Al recordar la importancia de que tales expresiones culturales sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, los Padres conciliares han trazado el ámbito de su comprensión teológica y pastoral: “los ejercicios piadosos se organicen de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos”.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice: “La Eucaristía es ‘fuente y culmen de toda la vida cristiana. Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua”.

De esta forma queda reafirmado el hecho de que por medio de una crecida vivencia de la Piedad Popular, la fe del pueblo acrecentará hacia una participación completa del misterio de Cristo en la Iglesia por medio de la liturgia sacramental. Sería de verdad un paso hacia la plenitud a que todos aspiramos: la sociedad renovada en Cristo, con una alegría aún no vista. Será obra de nuestro Señor, fundamentado en su amor.

### **III. Principales manifestaciones de la Piedad Popular en la vida comunitaria**

En la comunidad parroquial, la Piedad Popular tiene múltiples manifestaciones a lo largo del curso del Año Litúrgico, especialmente durante la Cuaresma, Semana Santa y el Triduo Pascual. Durante el Tiempo Ordinario son múltiples las manifestaciones en torno a la Virgen María, los fieles difuntos y los Santos. Forman parte inseparable de esta piedad las peregrinaciones, las romerías a los santuarios, la visita a los cementerios, las procesiones, etcétera. Algunas expresiones de la Piedad Popular giran en torno de los Sacramentos y sacramentales.

Junto a estas manifestaciones, existen otras más cotidianas, como la bendición de la mesa en las comidas, el rezo del santo rosario en familia, la bendición de las casas o de los vehículos, la romería al santuario de la Patrona, la petición de la lluvia o la protección frente a las calamidades públicas, etc.



La familia cristiana ha estado muy vinculada con estas manifestaciones de piedad, especialmente con las peregrinaciones y romerías a los santuarios marianos, algunos de los cuales son mundialmente famosos; y ha transmitido estas costumbres de padres a hijos.

Todavía hoy no son pocas las familias cristianas que acuden con sus hijos a los santuarios de la Virgen y allí, además de realizar sus devociones, reciben los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

Lo que aquí expongo no pretende agotar el tema, pues existen muchas manifestaciones que tienen carácter regional o local. He optado por presentar sólo las que considero más sobresalientes.

En el ambiente de la Piedad Popular hay una tendencia muy arraigada entre la gente acerca de la obligación de mantener las tradiciones que sirvan de lazo entre los antepasados y los que vendrán después (pueblos muy apegados a sus tradiciones y a sus culturas). La tradición del grupo constituye el contexto en que el individuo experimenta el sentimiento de su individualidad, a la vez que su cohesión con otros. También dentro de la tradición, el individuo puede mantenerse en contacto con sus raíces a través de las genealogías y relatos sobre aquellos comienzos y también con su fin último. Nacido en el seno de esa tradición y sintiéndose dentro de ella, el individuo descubre su ser pleno y definitivo.

La gente sencilla dice, a su manera: "Así es nuestra costumbre, es la tradición", o también: "no podemos destruir ni dejar de cumplir lo que nos heredaron nuestros antepasados". Con estas palabras se puede percibir la importancia que tiene la tradición en la vida del pueblo. Hace falta una gran sensibilidad de parte de los agentes de pastoral hacia ella. Esto implica que en todo trabajo pastoral el respeto a las tradiciones de los mayores está por encima de toda discusión.

### **1. *Las danzas y las peregrinaciones***

La danza y el canto estaban estrechamente unidos en la América prehispánica a la religión, aún cuando aparentemente se realizaran



por motivos y circunstancias ajenas. Había danzas que representaban algún misterio de la religión o algún suceso de su historia. Danzaban no solamente los nobles, los sacerdotes y las vírgenes, sino también los reyes. El canto y la danza eran parte de la educación de los antiguos pobladores del Continente americano que recibían desde jóvenes y aún desde niños en las escuelas creadas con este fin.

Entre los ritos prehispánicos, la danza fue uno de los más importantes. Los frailes, primeros evangelizadores después de la conquista, no pudieron desarraigarla, y optaron mejor por fomentarla porque comprendieron que sin ella la cristianización de los indígenas hubiera sido más difícil<sup>5</sup>.

Actualmente, en muchos países de América Latina y El Caribe, hay una gran afición por las danzas, y es común a lo largo del calendario de la Piedad Popular presenciar danzas que el pueblo ejecuta para honrar a la Virgen o a su santo patrón. La danza da el tono religioso y festivo en las peregrinaciones y se ejecuta siempre alrededor de una imagen. Cuando no hay peregrinación, es común ver danzas en honor a la Virgen en plena calle, junto a la casa de quien ofrece la danza.

La danza y el canto, junto con la vestimenta, expresa el anhelo del vínculo y diálogo con Dios. "Recoge el hondo sentimiento de la expresión de la fe, en la confianza y entrega. Muchos cantos transmitidos generacionalmente se cantan anualmente en la fiesta religiosa con renovado vigor, potenciando la opción creyente de quien lo canta, y vitalizando el vínculo de la persona y el pueblo con el canto mismo. No es una cuestión inanimada, por el contrario se vive con vitalidad en la memoria de la fe"<sup>6</sup>

## 2. Las ofrendas

Siempre, en el marco de una ceremonia de Piedad Popular el pueblo trae su ofrenda. En las fiestas religiosas, en las peregrinaciones,

<sup>5</sup> Cf. ZARAGOZA, E., "Danza", en: BRAVO, B., *Diccionario de religiosidad popular*, p. 41.

<sup>6</sup> ORDENES F., Marcos A., *Piedad Popular*, Ed. CELAM, Colección "A la luz de Aparecida... 6", Bogotá, D.C. 2008, pp. 51-52.

celebraciones de difuntos y en circunstancias de la vida personal, familiar y comunitaria, los fieles nunca llegan con las manos vacías, sino siempre con una ofrenda (flores, veladoras, aceite para la lámpara del Santísimo, vino y hostias para consagrar).

Generalmente la ofrenda puede consistir en frutos de la tierra (de la primera cosecha), objetos simbólicos o elementos para uso del templo; puede ser también comida o dinero. La primera razón que lleva al pueblo a hacer una ofrenda es la de hacer lo que Dios mismo hizo: darnos todo. Se le reconoce a Dios y se le imita; por eso la ofrenda es simbólica, reconoce el señorío divino y su gratitud.

“La ofrenda es el modo más querido y buscado en la Piedad Popular... tiene un carácter sacrificial: se hace sagrado algo que podría haber sido común... Este muy profundo acto de Piedad Popular introduce a los sencillos en una auténtica espiritualidad de configuración con Cristo, y da un horizonte de sentido a la vida corriente, librándola de la rutina, al colocarla en contacto permanente con Dios”<sup>7</sup>.

### 3. *La fiesta*

La fiesta es un acontecimiento social y religioso que de alguna manera integra toda una serie de hechos. Es un acontecimiento civil o religioso vivido por la comunidad. Es un momento de vida intensa, en completa ruptura con la monotonía de la vida ordinaria. En el culmen del proceso festivo del pueblo está la fiesta religiosa (patronal), sean en honor a algún misterio de la vida de Jesucristo, sea en honor a la Virgen, sea en honor a algún santo.

“En la fiesta religiosa el tiempo es marcado por el ritual sagrado, provocando un desarrollo de los días de manera distinta. Rompe la rutina, y produce el anhelo de ‘eternidad’ deseando que nunca termine; pues allí se experimenta la ‘superabundancia’ de la presencia del misterio de Dios y del gozo humano: La comida, los bienes, las ofrendas, el color, la música; incluso el comercio y el orden organizativo, expresan esta gran riqueza”<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> *Ídem.*

<sup>8</sup> *Ibidem.*, pp. 50-51.



#### 4. *Las imágenes*

Es sorprendente la gran estima que el pueblo tiene por las imágenes (estampas, cuadros, medallas, imágenes de bulto), y sobre todo por el hecho de que aunque no sepa a quiénes representan, les tiene una muy alta consideración. Para el pueblo las imágenes oyen, ven, responden, castigan, premian; es decir, están vivas. La bendición de una imagen le da más valor. Y una casa con una imagen bendita se convierte en templo, en oratorio familiar, un lugar casi del cielo. Así, la imagen que vive en una casa conoce mejor las necesidades humanas y puede ayudar porque conoce la realidad del cielo. Entre las imágenes más apreciadas están las del Niño Dios. Es objeto de una devoción popular muy arraigada. Son fiestas religiosas que congregan a la familia y a los vecinos, sobre todo con el rezo del rosario y la convivencia, y al compartir alimentos.

#### IV. **Cómo y dónde nos situamos ante la piedad popular**

Debemos ver cómo y dónde se sitúa cada uno ante la Piedad Popular. Pienso que si tenemos un poco de sensibilidad pastoral debemos poner aquí nuestra atención.

La Piedad Popular está constituida por la vivencia interna de la fe, por la devoción a tales o cuales imágenes y ritos, por la continuación de una tradición heredada de los mayores, etc.; la Piedad también está conformada por la manifestación externa de la fe, llena de múltiples elementos culturales de la vivencia interior: procesiones, romerías, peregrinaciones, mandas, novenarios, etc. No hay duda que la Piedad Popular refleja una sed de Dios que se expresa de manera sencilla a través de cantos, oraciones, prácticas devocionales y demás actos que identifican a un pueblo con un profundo espíritu religioso. Y todo esto se vive en la parroquia.

En América Latina y El Caribe podemos ver que un elevado número de personas vive su fe y su vinculación a la Iglesia -personal o grupalmente- a través de formas bastante variadas de Piedad Popular. Y a diferencia de otras realidades eclesiales, la Piedad tiene un carácter fuertemente laical, y por eso, entre otras cosas, pone de



manifiesto actitudes menos formales e intelectuales en relación con la religión.

También es necesario, por otro lado, que quienes estamos al frente de las parroquias sepamos reconocer los aspectos positivos que nos ayudan para valorar y asumir la Piedad Popular como fuerza evangelizadora (cf. DA 262); los siguientes son algunos de estos aspectos:

- El pueblo es siempre el protagonista, y de ahí la identificación que llega a darse entre las devociones del pueblo y el pueblo mismo.
- La vivencia de la fraternidad a través de las mayordomías; la existencia de las asociaciones dan un marco apropiado a una experiencia que va más allá de los momentos concretos de manifestación religiosa.
- El sentido de igualdad entre algunos sectores de la población; con frecuencia conviven personas de diferentes rangos sociales sin obstaculizar la convivencia, ni siquiera el normal desarrollo de las actividades propias de cada uno.
- Actualmente la vida parroquial vive y se nutre de una presencia mayoritaria gracias a la Piedad Popular. Sobre todo con las comunidades parroquiales en las que las devociones de la Piedad Popular están más arraigadas. En este sentido es grande el esfuerzo que se está haciendo por renovarse, por formarse, por participar en las catequesis de la parroquia...
- Las procesiones ponen de manifiesto, un testimonio público de fe y de creencia en unos valores que van más allá de los que la sociedad está mostrando. La Piedad Popular tiene una gran riqueza de signos y de símbolos religiosos, que, para la gente sencilla, tienen una mayor comprensión que los aportados por la misma liturgia. La Piedad Popular expresa una necesidad de salvación que se despliega a todos los niveles, y que afecta tanto a los problemas particulares como a los sociales.



- Finalmente, la religiosidad del pueblo lleva consigo el desarrollo de la dimensión festiva de la persona. Las fiestas religiosas de los pobres, lejos de resolverse en superficialidades exteriores, responden a sus profundas exigencias y constituyen una celebración rica en símbolos, en fantasía creadora y en teología narrativa... En la fiesta, el pueblo encuentra fuerza para vivir y la capacidad de volver con renovada esperanza a la lucha cotidiana. La fiesta es la expresión de una solidaridad profunda, la recuperación de la conciencia de no estar solos en la lucha y de trabajar por una convivencia humana distinta.

## V. Actitudes pastorales

En la Introducción de este artículo mencionaba que *Aparecida* nos invita a revalorizar la Piedad Popular en la pastoral de Iglesia, viendo que ella es un verdadero lugar de encuentro con Jesucristo. Para ello es indispensable asumir ciertas actitudes pastorales, que presentamos a continuación.

1. Descubrir y valorar, como un don de Dios a su pueblo, las variadas formas y riquezas de la Piedad Popular, para promoverlas con la fuerza del Evangelio.
2. Dinamizar, completar y purificar con el Evangelio las expresiones concretas de la Piedad Popular de cada comunidad, buscando la manera de integrarlas en la vida litúrgica, sin atentar contra sus expresiones legítimas; si hubiera que hacer cambios, deberá procederse gradualmente, pero siempre con mucho tacto y esmerada catequesis; para ello es fundamental el **discernimiento**. Para facilitar dicho discernimiento se ofrecen algunos criterios:

- a) Abandonar posturas extremistas

En la Piedad Popular ni todo es rechazable ni todo es admisible. La pastoral no debe tender a eliminar la Piedad Popular ni a mantenerla pura y simplemente en sus manifestaciones tradicionales. Entre esos extremos se impone una vía media que se apoya en la convicción de que es posible y conveniente tanto la conservación como el cambio de ciertas formas de Piedad Popular. Hay dimensiones coherentes con el

Evangelio que han de ser potenciadas y corregidas en lo que tengan de defectuoso. Hay elementos neutros o indiferentes respecto a los valores cristianos, ante los que hay que ser tolerantes y permisivos, pues no va ni a favor ni en contra del Evangelio. También los hay contrarios al espíritu evangélico y habrá que luchar por eliminarlos. Potenciar, purificar y eliminar es propio de toda tarea evangelizadora.

b) Abandonar criterios preconcebidos

Para llevar a cabo el discernimiento es preciso abandonar criterios preconcebidos, para no caer en el error de considerar eliminable aquello que no coincide con su propia religiosidad y cultura o aquello que, tras una purificación y corrección sería perfectamente asumible. La renovación evangélica y las reformas litúrgicas, catequéticas, pastorales, etc., deben abstenerse de imponer al pueblo formas prefabricadas por círculos minoritarios según sus esquemas teóricos. Han de esforzarse por responder a las exigencias religiosas populares, conectadas a la vez con la realidad del Misterio que se les comunica y con su vida real. Es así como el pueblo tendrá libertad religiosa para hacer brotar nuevas formas de expresión auténticamente evangélicas y eclesiales tanto como populares.

c) Acercarnos con respeto amoroso

A la hora del discernimiento ha de guiarnos siempre el respeto hacia las personas que viven y manifiestan su fe a través de expresiones religioso-populares. La amistad, la simpatía y la sencillez son virtudes que facilitarán la tarea renovadora. Y junto a ellas, una buena dosis de paciencia para respetar los ritmos lentos de evolución y sensibilidad.

d) Es necesario un conocimiento profundo “desde dentro”, no superficial

Las manifestaciones externas son en principio neutras, lo que las avala es la actitud religiosa, más o menos evangélica. Un mismo gesto o acto religioso puede expresar una fe cristiana de calidad o una superstición. Todo depende de los motivos, actitudes y valores que entran en juego.



### e) Discernir a la luz de la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es el criterio iluminador. Y el seguimiento de Cristo es el que avala la condición de discípulo. Pero nadie puede imitar a Cristo en toda su riqueza espiritual. En este discernimiento no podemos olvidar las enseñanzas de Jesús que emitió juicios sobre la religiosidad judía, sobre la verdadera y falsa religión, sobre el verdadero culto, los lugares de culto y su importancia relativa, cómo deben ser nuestras relaciones con Dios, etc.

3. Los agentes de pastoral de cada comunidad parroquial han de realizar estos discernimientos convencidos de que el conocimiento de la Piedad Popular es:

- Un instrumento válido para conocer en profundidad cómo es el mismo pueblo.
- Necesaria para programar con realismo el plan pastoral parroquial.

Ante la importancia de la Piedad Popular, no cabe la indiferencia. Es innegable su importancia, al menos cuantitativamente. Es el modo normal de expresar la fe de la inmensa mayoría de los cristianos de nuestras parroquias. Este hecho no puede dejar indiferente a los agentes de pastoral de las parroquias. Debe provocar interés en los Consejos Pastorales a la hora de la programación pastoral.

4. Si el discernimiento es fundamental, no menos lo es la actitud de escucha. De frente a la realidad el pueblo que vive la Piedad Popular debe ser escuchado, y no hay mejor ámbito para esta escucha que la parroquia. El pueblo tiene derecho a sentirse protagonista de su modo de creer. Defiende sus símbolos, ritos, expresiones..., pero no siempre el resultado es justo. Aquí los párrocos debemos hacer un serio examen de conciencia pastoral. Recordemos lo que Pablo VI decía al respecto:

“La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites... Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja

una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse, en el mismo grado, en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente 'piedad popular', es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad" (*Evangelii Nuntiandi* 48).

El pueblo cristiano debe ser escuchado. Es hora de que recupere y fortalezca su vocación bautismal, tan debilitada y atrofiada. Entonces se sentirá protagonista en la vida de la comunidad cristiana, recuperará su responsabilidad evangelizadora y misionera (abandonará cántaros y pozos de agua que no sacian) y podrá vivir y expresar toda su capacidad creativa bajo el impulso y guía del Espíritu Santo. La tarea es inmensa y ha de ser paciente.

5. El pueblo necesita que el Evangelio entre en su cultura, abrace sus peculiaridades, renazca en sus gestos, convoque en sus costumbres, hable en su voz. Y el Evangelio necesita, para ser de verdad Buena Noticia, tocar carne, tocar vida y hacerse presente en todas y cada una de las dimensiones del ser humano. Esto, evidentemente, tiene sus riesgos, los mismos riesgos que asumió la Palabra que se hizo carne y vivió entre nosotros.

6. Puesto que la fe ha informado estas costumbres y prácticas religiosas, es conveniente que los padres continúen viviéndolas y trasmitan a los hijos ese espíritu sencillo y recio, de vivir sus relaciones con Dios en medio de las situaciones de su vida, no sólo extraordinarias sino más comunes.

7. Además, la fuerza de estas prácticas ha ejercido y ejerce una gran labor en la identidad de los pueblos y en la expresión externa de la fe profesada. Cuando tales manifestaciones se traducen en expresión social, se convierten en testimonio gozoso de la propia fe para los no creyentes y estímulo para los débiles.



8. La evangelización de nuestras diócesis y parroquias han de tener en cuenta al hombre y mujer concretos. Por eso no pueden prescindir del hecho de la Piedad Popular.

La catequesis, el catecumenado, la predicación, la enseñanza de la religión, la liturgia, toda la pastoral diocesana y parroquial deben conocer la forma de ser, de sentir y de entender que tiene nuestro pueblo latinoamericano y caribeño. La evangelización se dirige al hombre y mujer concreto, tal y como es. Y nuestro pueblo es en su mayoría “católico-popular”. A este hombre y mujer hay que llevarles:

- Desde la fe, a la celebración de los sacramentos.
- Desde la religiosidad, al sentido de pertenencia a la Iglesia.
- Desde la devoción, al compromiso apostólico.
- Desde el sentido festivo, a la alegría de la fidelidad al Evangelio, como consecuencia de su adhesión cordial a Cristo resucitado.
- Desde el intento de secularización, a una profunda experiencia espiritual de los misterios de la fe cristiana.
- Desde la riqueza de sus valores humanos, al descubrimiento de los valores evangélicos en ellos contenidos.

9. Hay que descubrir y tener en cuenta la fuerza evangelizadora que posee la Piedad Popular. En muchos lugares ha sido, precisamente, la Piedad Popular la que ha hecho que se conserve la fe allí donde no llegaba otro modo de celebrarla, por ejemplo en Cuba.

Los agentes de pastoral han de ser conscientes de que la Piedad Popular contiene en sí misma muchos elementos con fuerza evangelizadora, que han de ser aprovechados y potenciados.

10. Las parroquias deben ofrecer cauces de participación. Hay que ofrecer cauces para que nuestro pueblo vaya asumiendo progresivamente un papel más activo, dinámico y consciente en la vida de nuestras parroquias, sintiéndose protagonista en la actividad pastoral de la Iglesia. Este principio general, es especialmente importante en la Piedad Popular. Es ideal que los fieles participen, dentro de lo posible, en el discernimiento y evaluación crítica, desde el Evangelio, de su propia religiosidad. Esto provocará lentitud en la renovación de la religiosidad, pero es un requisito de la pedagogía de la fe, ya que la evaluación parti-

□

cipada es en sí misma evangelizadora. Las imposiciones “desde arriba” sólo podrán cambiar a duras penas lo exterior, las actitudes quedarán intactas. La evangelización se dirige sobre todo al corazón.

## VI. Líneas de acción

Las actitudes pastorales antes mencionadas requieren de las siguientes líneas de acción, que son una manera de desglosar la “conversión pastoral”, en esta dimensión de la Piedad Popular.

1. Dar a las devociones populares un contenido verdaderamente evangélico, relacionándolas con el misterio de Cristo.
2. Aprovechar las diversas ocasiones sugeridas por la práctica de la Piedad Popular (bendición de casas, de imágenes, de autos, juramentos y promesas, acciones de gracias, etc.) para pequeñas y adecuadas catequesis, desligando también estos servicios de cualquier muestra de interés económico.
3. Acompañar y encauzar la Piedad Popular hacia el proceso integral de evangelización, buscando una respuesta personal y un compromiso cristiano concreto con la comunidad local, imprimiéndole a aquel un sentido de verdadera participación en la vida de la Iglesia.
4. Los párrocos deben respaldar a todas aquellas personas que prestan diversos servicios en las actividades de Piedad Popular –mayordomos, fiscales, rezanderas, etc.- dándoles la debida formación y motivación que los capacite como evangelizadores en la comunidad.
5. En la diócesis se deben promover, para todos los agentes, estudios pastorales socio-religiosos y antropológicos que lleven a valorar y a discernir los diversos elementos que integran la Piedad Popular que se practica en cada país.
6. La diócesis, también, debe promover, con base en criterios comunes y en las diversas instancias pastorales, la elaboración de subsidios de toda clase –en cuanto a planeación, formación y



ejecución- al alcance de agentes y destinatarios, para encauzar y evangelizar las manifestaciones religiosas concretas de cada lugar, respetando las características culturales de los diversos grupos. Ha de tomarse en cuenta todas las formas de organización tradicional, como las mayordomías.

7. Los representantes de las distintas áreas de pastoral de la diócesis busquen la forma de dinamizar sus planes en aquellos aspectos que tengan relación con las prácticas de Piedad Popular, desterrando todo tipo de manipulación y de actividades comerciales.

En esta línea es indispensable y urgente la atención preferente a los jóvenes. En nuestro Continente han sido sobre todo los jóvenes quienes progresivamente se ven alejados de toda práctica de Piedad Popular, por lo que la parroquia ha de procurar una atención preferente a estos jóvenes a la hora de la evangelización.

**Conclusión:** *Del riesgo de la exclusión al acompañamiento pastoral*

Negarle entidad comunitaria a quienes viven y expresan su fe en el multiforme universo de la Piedad Popular, resultaría, según parece, una suerte de regateo al concepto de comunidad. Sería toparse con un verdadero reduccionismo de su significado sustancial acomodándolo, tanto al concepto tradicional de “comunidad parroquial” como a los más específicos de “comunidades de base”, o “comunidades de vida” en algunos movimientos. Sería, en definitiva, negar todo lo propiamente comunitario inscrito en la razón del pueblo, aunque esta razón tienda a desdibujarse en el horizonte de la postmodernidad.

Pocas cosas le hacen tanto mal a la Iglesia (y al decir Iglesia decimos Pueblo de Dios, mujeres y hombres de fe que creen en Dios Padre que los ama, Dios Hijo que los salva y Dios Espíritu que los une y acompaña) como el abusivo encasillamiento de ciertos conceptos: *laico comprometido* es el que entrega muchas horas en servicios parroquiales o de movimientos; *hombre de fe* es el que gasta sus rodillas frente al sagrario; *mujer piadosa* es la que reza el rosario en el templo precediendo a la misa diaria... Y la *comunidad*, entonces, es



□  
el pequeño grupo -¡ínfimo, en general!- vinculado directamente con todo lo anterior y con los quehaceres institucionales de la Iglesia.

¿No es *compromiso*, acaso, la lucha cotidiana por la subsistencia y el sostenimiento de la familia? ¿No es de verdadera *fe* seguir creyendo aún en situaciones durísimas y de gran dramatismo? ¿No es *piadoso* reconocer la providencia de Dios en la humildad de un mate cosido? Si esto es así, también el concepto de *comunidad* aparece demasiado restrictivo y, sobre todo, pecaminosamente excluyente.

Así y todo, este reconocimiento de la *vida comunitaria* en la vivencia popular de la religión, no implica su absolutización. Tal vida comunitaria padece la fragilidad que es propia de los hombres y sus límites se acrecientan en estos tiempos de exacerbado individualismo. Por tanto, la Piedad Popular también es objeto de atención y de cuidado pastoral. Es objeto de un acompañamiento fraterno que ha de partir de una explícita valoración de la experiencia simple de la fe. Pero una cosa es partir de la idea de su inexistencia y otra, muy diversa, asumir que aunque frágil y limitada es una vivencia que existe. Una vivencia que alimenta la cotidianeidad de miles de mujeres y de hombres que, por complejas razones de índole cultural o simplemente por la gracia de Dios, no tienen una participación directa en las estructuras eclesio-institucionales.

# DIPLOMADO EN LITURGÍA

El Instituto Teológico Pastoral para América Latina – ITEPAL/CELAM ofrece cursos y diplomados para colaborar en la actualización de los ministros y agentes de pastoral.

## DIPLOMADO EN LITURGÍA

(28 septiembre - 06 noviembre 2009)

**Objetivo:** Profundizar la reflexión teológico-pastoral sobre los grandes temas de la liturgia, para favorecer, desde la experiencia de los participantes, una renovada animación litúrgica, en la línea de Aparecida.

01. Historia y Magisterio de la liturgia (28 sep-02oct)
02. Liturgia fundamental y teología litúrgica (05-09 oct)
03. El tiempo y el espacio de la liturgia (13-16 oct)
04. Eucaristía y Teología sacramental (19-23 oct)
05. Piedad popular, inculturación y espiritualidad litúrgica (26-30 oct)
06. Pastoral litúrgica, arte de celebrar (03-06 nov)

Se recomienda completar este diplomado con el curso del ministerio de la homilía.

**CURSO:** El ministerio de la homilía  
(09-20 noviembre 2009)

**Objetivo:** reflexionar sobre los fundamentos bíblico-teológico-pastorales y los desafíos del ministerio de la predicación para encontrar directrices y perspectivas de renovación.

01. Homilía: identidad y desafíos (09-13 nov)
02. Perspectivas para el arte y el ministerio de la predicación (taller) (17-20 nov)

### Para inscripciones, costos y mayores informes:

Av. Boyacá No. 169D-75  
Bogotá, D.C. - Colombia  
Teléfonos: (57-1) 667-0050; 667-0110; 667-0120 (Ext. 503)  
Fax: (57-1) 677-6521  
Correo electrónico: itepal@celam.org  
Web-site: <http://www.celam.org/itepal>

¡ CONSULTE LA PÁGINA WEB PARA TODA LA PROGRAMACIÓN 2009  
DEL ITEPAL !



## Piedad popular como desafío para los santuarios

Jorge Eddy Solórzano\*

### Sumario

El presente artículo pone el acento en la piedad popular en cuanto desafío para los santuarios. Reflexiona sobre los grandes desafíos de la piedad popular, haciendo énfasis en su dimensión catequizadora. Trata sus relaciones con la liturgia y presenta a los santuarios como signos de acogida y de solidaridad.

**Palabras clave:** *Piedad popular, santuarios, catequesis, liturgia.*

311

medellín 138 / Junio (2009)

\* padrejorgeeddy@gmail.com



### **Sumário**

O presente artigo põe o acento na piedade popular, enquanto desafio para os santuários. Reflete sobre os grandes desafios da piedade popular, dando ênfase em sua dimensão catequizadora. Trata de suas relações com a liturgia e apresenta os santuários como sinais de acolhida e de solidariedade.

**Palavras chaves:** *Piedade popular, Santuários, Catequese, Liturgia.*

## 1. Una nueva realidad

**A**l analizar la situación religiosa de nuestro Continente nos encontramos con una realidad muy compleja, marcada por los cambios acelerados en todos los ámbitos de la vida social. Aunque el ámbito religioso sigue teniendo su grado de importancia, en medio de la complejidad de esos cambios, el mismo puede llegar a ser un elemento ambiguo que poco clarifique el camino de crecimiento de las personas de cara al Misterio de Dios. Ya desde los primeros numerales los obispos reunidos en Aparecida señalan esa realidad como el hecho por el cual se nos interpela a ser discípulos y misioneros. El alcance global de estos cambios ha afectado a tal punto que hace necesario *“mirar la realidad con más humildad, sabiendo que ella es más grande y compleja que las simplificaciones con que solíamos verla en un pasado aún no demasiado lejano”*<sup>1</sup>.

Si bien es cierto el factor religioso ha jugado un papel incuestionable en la configuración de las identidades de nuestros países, de frente al fenómeno de la globalización en todas sus ramificaciones, *“se percibe un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones pseudoreligiosas”*<sup>2</sup>.

En los primeros numerales de Aparecida se hace un análisis de la realidad de nuestros pueblos; del mismo debemos plantearnos, cuáles

<sup>1</sup> Documento de Aparecida, 36.

<sup>2</sup> Discurso Inaugural de Su Santidad Benedicto XVI, 2.



son los desafíos de los santuarios y la religiosidad popular que se desarrolla en torno a ellos. De hecho no es posible hacer un análisis de los desafíos, si antes no logramos contextualizar en cada una de las realidades de nuestros países, las diversas características que nos señalan en esta V Conferencia General.

Lo primero que señalan es la influencia de la ciencia y tecnología que en medio de toda una estructura de redes de comunicación han influenciado nuestras culturas, llegando a crear una crisis de sentido ante la poca capacidad de las nuevas generaciones de reunir el conjunto de la diversidad y dar un significado que lleve a la persona a *“ejercer su libertad con discernimiento y responsabilidad”*<sup>3</sup>.

Y es que en realidad, lo anteriormente expuesto responde a un concepto dinámico de la cultura. Esta continua recomposición de la realidad implica nuestro mayor desafío pastoral, la valoración constante de lo que ocurre y la reflexión cristiana en cada espacio de la vida de nuestros pueblos.

### **1.1 Situación Sociocultural**

Reconociendo la gran riqueza y variedad de las culturas latinoamericanas y considerando las dificultades señaladas sobre los elementos que permitan una síntesis que propicie generar un destino histórico común, la religiosidad popular, particularmente en las advocaciones marianas, ha sido motivo de unión de toda esa gran diversidad. La religiosidad popular es, en medio de nuestras culturas mestizas, toda una expresión de vida que se convierte en una verdadera liturgia, y nos va introduciendo en el misterio de nuestra salvación de forma sencilla y encarnada.

A pesar de lo anterior, no podemos negar que el tema de la indiferencia ha ido marcando un crecimiento, especialmente en los jóvenes, manifestado en la ausencia cada vez mayor de nuestras celebraciones, donde la vivencia, la interioridad no llegan a ser permeadas en lo más profundo. Esa indiferencia religiosa ha ido creciendo no como una estructura ideológica sino como un ambiente social

<sup>3</sup> DA. 42.

□

y cultural. Las razones pueden ser muy diversas, pueden ir desde la ausencia de transmisión de la fe de parte de los padres, donde la familia se ha visto menos estable que en años anteriores; por falta de testimonio; el conflicto personal etc. Además, no podemos negar la gran influencia que los medios de comunicación ha ejercido sobre las nuevas generaciones. Una prueba de esto es que el sentido de las cosas ya no se da por el oído, sino por los ojos, por la visualización de imágenes incluso de música pop, rock y otros con sus videos, es el mundo de las sensaciones y emociones. Otro elemento a considerar es la invisibilidad de toda la cultura religiosa. Pareciera que se quisiera marcar la distinción de lo religioso como algo completamente ajeno al resto del mundo o dejándolo en el campo de la privacidad personal. Estar en el ámbito religioso es en muchos casos ser ignorado por la cultura secular.

Estos son solamente algunos aspectos de esta nueva sociedad, y en ella están inmersos nuestros santuarios con toda su riqueza de religiosidad popular. Por eso cualquier lectura que se quiera hacer sobre los retos no se puede realizar sin antes mirar atentamente los contextos donde se está desarrollando la fe de nuestros pueblos.

La inculturación del Evangelio se hace imperativa aquí; no concebida como la simple adaptación de principios y prácticas religiosas a los modos de expresión propios de una determinada cultura, sino como un proceso bidireccional en el que se da la transformación de los parámetros culturales de una determinada zona a partir del encuentro con los valores propios del Evangelio.

Aquí surge la necesidad de integrar el tema de la piedad popular dentro de un plan global de pastoral, desde la cultura donde la piedad popular sea acompañada; evaluada y orientada, en aquello que sea necesario por el evangelio, de tal manera que llegue a ser verdadero lugar de encuentro con Dios. De hecho estas expresiones de fe son la síntesis necesaria entre lo humano y lo divino, entre la persona y la comunidad. Aquí la fe es reconocida y celebrada junto a los hermanos.

“En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la



*historia y un canal de transmisión de fe. El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de piedad popular, invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia*<sup>4</sup>.

Frente a esta realidad un santuario es, ante todo, un lugar al servicio de la fe. La experiencia vivida en ese lugar acompañada de toda la celebración no hace sino recordar el Evangelio de Cristo, que se manifiesta a todos en sus distintas experiencias vivenciales. Una lectura de los signos de los tiempos hoy debe dar sentido al presente. Así los santuarios son para muchos peregrinos lugares de donde se recupera la esperanza, la ilusión de vivir y luchar en la vida, y regresar con nuevas fuerzas.

No podemos negar que los santuarios son lugares donde muchas personas que no frecuentan habitualmente las iglesias se reúnen, pasan un momento solos, en grupos de amigos o parroquiales o en familias, con el deseo de buscar lo espiritual, una razón para vivir, buscar a Dios.

El santuario es un lugar privilegiado donde el Espíritu habla al corazón de las personas.

## **2. La Piedad Popular y los desafíos**

Al mirar los santuarios hay en ellos varios elementos en el que hacer pastoral sumamente importantes que se perfilan como grandes desafíos de cara a ese encuentro con la religiosidad de nuestros pueblos. El primero de ellos el catequético y el segundo el celebrativo o litúrgico, por esa razón estos puntos nos hacen tener una lectura crítica *ad intra*, mientras que en el primer punto señalábamos factores *ad extra*. Otros elementos, como lo son el de la acogida y la solidaridad, son otros desafíos de las variadas formas a través de los cuales, por medio de equipos de trabajo pastoral puedan responder a las necesidades de quienes peregrinan a estos lugares. Aparecida nos ha invitado a redescubrir con corazón humilde las manifestaciones

<sup>4</sup> DA. 264



de fe de nuestros pueblos. A aprender de ellas porque quienes más la viven son los pequeños, los que sufren. Esa es la fe de los pobres, que se sienten hijos, hermanos en el camino de la vida y que confían.

Es la manera de vivir la fe por parte de nuestro pueblo sencillo, que se manifiesta en diversas formas, nacidas en la cultura popular, de su vida o de su "genio" o manera de ser del pueblo. Estas formas pueden presentarse bajo diversas expresiones, gestos, imágenes, lugares, tiempos, reliquias, objetos sacros, peregrinaciones, procesiones, el presentar ofrendas, candelas, exvotos, hábitos, llevar medallas, etc. Todas ellas expresan sentimientos, vivencias religiosas, y el deseo de vivir cristianamente, aunque a veces corren el riesgo de cierta superstición.

El Papa Benedicto XVI, en su discurso inaugural en Aparecida, ya hablaba de la religiosidad del popular, como precioso tesoro de la Iglesia, a la que se debe promover, proteger y respetar, pues "*refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer*"<sup>5</sup>. Y dentro de sus manifestaciones, habla de la "*profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales o locales*"<sup>6</sup>. En cada una de nuestras realidades, podemos hablar del profundo cariño que profesamos a especialmente a la Madre del Señor en sus distintas advocaciones, así como la identificación particular "*con el Cristo sufriente, lo miran lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el "que me amó y se entregó por mí" (Ga 2,20)*"<sup>7</sup>.

Podríamos afirmar que la reflexión teológica ha pasado por un proceso de crecimiento y Aparecida se centra en señalar los aspectos positivos de estas expresiones de fe popular y como a través de ellas se expresa la fe. La enseñanza de la Iglesia pone de manifiesto las actitudes interiores y algunas virtudes que la fe del pueblo tiene y practica. Por ejemplo, el sentido de la paciencia, de la resignación ante las situaciones irremediables<sup>8</sup>, el abandono confiado en Dios, la capacidad de sufrir y de percibir el sentido de la cruz en la vida

<sup>5</sup> DA. 258.

<sup>6</sup> DI

<sup>7</sup> DA. 265.

<sup>8</sup> Cfr. DP. 913



cotidiana<sup>9</sup>, el deseo sincero de agradar a Dios, de reparar por las ofensas cometidas contra Él, el hacer penitencia, el desapego de las cosas materiales, la solidaridad y la apertura a todos, el sentido de amistad, de caridad y de unión familiar<sup>10</sup>. En ella *se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal*<sup>11</sup>.

La religiosidad popular dirige de buen grado su atención al misterio del Hijo de Dios que, por amor a la humanidad, se ha hecho hombre, niño, hermano nuestro, que nace pobre en Belén, de una mujer sencilla y pobre como lo fue María y muestra, al mismo tiempo, una gran sensibilidad hacia la Pasión y Muerte del Señor.

Pero también ve algunas limitaciones y peligros. Por ejemplo, la desproporción en la valoración de los santos y su culto, en relación con la centralidad de la persona de Cristo, el escaso conocimiento, estudio y reflexión de la Biblia como palabra de Dios que ilumina y da sentido a la existencia, el distanciamiento de la vida sacramental de la Iglesia, o la rutina en la vivencia de los mismos, la tendencia a separar los momentos de devoción y sus expresiones del compromiso cristiano, el utilitarismo de algunas formas de piedad, la utilización excesiva de signos, gestos y fórmulas, que a veces adquieren demasiada importancia, hasta el punto de buscar lo espectacular, el riesgo que se corre de favorecer la entrada de las sectas y de conducir a la superstición, la magia, al fatalismo o la angustia<sup>12</sup>.

No obstante, ve en ella una unión profunda y un atinado encuentro entre la obra evangelizadora de la Iglesia y la cultura. De allí que el Magisterio de la Iglesia ha expresado su gran estima por la religiosidad popular y sus manifestaciones; ha llamado la atención a los que la ignoran, la descuidan o la desprecian, para que tengan una actitud más positiva ante ella y consideren sus valores y no ha dudado en presentarla como un verdadero tesoro del Pueblo de Dios. Al respecto, Aparecida afirma lo siguiente:

<sup>9</sup> Cfr. EN. 48.

<sup>10</sup> Cfr. DP. 913

<sup>11</sup> DA. 263.

<sup>12</sup> Cfr. DP. 456.

*La piedad popular es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda... (Esto se llama entre nosotros "catequesis", pues a ella le atañe la educación de la fe y su correspondiente crecimiento y madurez). Por eso, el discípulo misionero tiene que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables...*

*Cuando afirmamos que hay que evangelizarla o purificarla, no queremos decir que esté privada de riqueza evangélica. Simplemente, deseamos que todos los miembros del pueblo fiel, reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más. Así procurarán un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, llegarán a disfrutar de la celebración dominical de la Eucaristía y vivirán mejor todavía el servicio del amor solidario. Por este camino, se podrá aprovechar todavía más, el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular<sup>13</sup>.*

Esta tarea es propia de la catequesis. Si se quiere, de una catequesis diversificada y especial, destinada al pueblo, que podría darse en las parroquias o facilitarse en nuestros santuarios, teniendo presente que requiere de una adecuación y aplicación específica, lógicamente, dentro de un plan de pastoral especial, gestado, nacido y experimentado en los santuarios.

## **2.1 La piedad popular, como elemento catequizador**

En efecto, todos nosotros y nosotras hemos nacido y crecido en esta fe sencilla. En un primer momento en el contexto familiar y posteriormente en la vida de las comunidades. Nuestra primera catequesis fue impartida en la familia, en brazos de nuestras madres, pues no siempre los padres lo hicieron. Allí aprendimos a rezar, a conocer a Dios, a vivir la fe, en la casa había momentos especiales para la oración con el santo Rosario de la Virgen María, se tenía la devoción a un santo, o se le invocaba. Era común en la familia el rezo del rosario, los novenarios, las celebraciones relacionadas con la primera comunión de los niños, el matrimonio de los hijos y el funeral de algún miembro de la familia.

<sup>13</sup> DA. 262.



La comunidad, por su parte, es el lugar de celebraciones: la fiesta del santo patrono o patrona, la devoción a algunos santos especiales (como san Isidro Labrador o san Francisco de Asís, por ejemplo). En el día del santo patrono se asiste a la misa solemne, hay fiesta en el pueblo, casi siempre con alguna novena preparatoria antes. Destacaban el mes de mayo, el mes de la Virgen, lo mismo el de octubre para la Virgen del Rosario, la Virgen del Carmen para los pescadores. Las fiestas del Corpus Christi o del Corazón de Jesús, son tenidas en gran estima por la familia y por el pueblo (los primeros viernes); lo mismo la Navidad y la Semana Santa, en las que se celebra el nacimiento de Jesús, así como su pasión y su muerte.

Y naturalmente, ¿quién de nosotros, alguna o varias veces, no ha hecho o visto una romería o peregrinación hacia un santuario? Pues, como afirma Aparecida: *...en la piedad popular... muchos recurren a algún pequeño signo del amor de Dios: un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad, un Padrenuestro musitado entre lágrimas, una mirada entrañable a una querida imagen de María una sonrisa dirigida al Cielo, en medio de una sencilla alegría*<sup>14</sup>, allá en ese lugar sagrado, contemplando el cuadro o la imagen...

Podemos decir que estas celebraciones y estas vivencias de la fe sencilla de nuestro pueblo, han sido “catequesis” elementales, impartidas por nuestros padres, los sacerdotes y los catequistas, en especial, por las mujeres y nuestras madres. De algún modo a todos se nos preparaba para celebrar la fe, en todas estas manifestaciones tan queridas y sentidas de nuestros pueblos.

En gran parte, todo esto suena a pasado, pues aunque muchas de estas formas de religiosidad se mantienen vivas, en algunos lugares ya van desapareciendo poco a poco, para dar paso a otras expresiones, por ejemplo, en las ciudades, donde existen nuevas corrientes o movimientos religiosos o pseudo-religiosos, como la Nueva Era, grupos de meditación oriental, movimientos filosóficos y demás. O simplemente, ya no hay nada...

---

<sup>14</sup> DA. 261.



Los pueblos rurales fueron fermento de esta fe sencilla. Bastaba asistir a las fechas religiosas importantes, por citar algún momento, cuando estos pueblos eran más provincianos y campesinos que ahora, pero que han sido transformados por el ambiente urbano o semi-urbano en que se han convertido, en una mezcla compleja de ciudad y de pueblo.

Podemos afirmar que es en la familia, donde ha nacido y se ha gestado la fe sencilla de nuestro pueblo, y que, además, es un elemento catequizador. Los catequistas han sido los padres con respecto a sus hijos, los abuelos con sus nietos, los tíos, hermanos, parientes..., que con sus prácticas, pusieron los rudimentos de la fe a todos los de la casa. Era toda una catequesis familiar, en torno al altar de la sala del hogar, basada en la oración, hecha de manera informal. La vida de Jesús, de María y de los santos, los comportamientos morales cristianos, la obediencia a los mandamientos y la práctica de las virtudes cristianas, eran las bases de esta fe sencilla, que se aprendía en la catequesis familiar, complementada luego en la parroquia o comunidad cristiana.

Las fiestas y las reuniones del pueblo eran catequizadoras. Celebrando a su Santo Patrono, en la bendición de los animales y las semillas en la fiesta de san Isidro Labrador, por ejemplo, tenemos elementos catequizadores. La bendición de una casa o un local, el funeral o novenario de un difunto, las peregrinaciones y romerías, la danza, las celebraciones incluso deportivas, cívicas y todas las reuniones donde el pueblo expresa sus convicciones religiosas, son elementos de catequesis muy concreta, porque incluyen gestos, palabras, ritos o ceremonias en donde la fe tiene mucho que decirle a todos...

En algunos lugares, la gente expresa su fe popular asociándose a grupos, como cofradías, hermandades o asociaciones. Es común hoy día que vayan surgiendo nuevos grupos de oración, algunos de oración bíblica, otros con énfasis en la sanación y en los dones del Espíritu Santo; otros que se reúnen en pequeñas comunidades (CEBs), que podemos decir son un potencial catequizador, en relación con sus miembros, parientes, vecinos, simpatizantes y asistentes ocasionales.

Era común, y corriente en nuestras comunidades, la presencia de la rezadoras y rezadores, los novenarios y las fiestas del Santo Patrono.



Eran evangelizadores y, aunque no los podamos llamar catequistas, lo eran a su modo. Catequizaban con su carisma de oración en las familias, reunían a la gente, como verdaderos animadores y consejeros del pueblo. En especial, las mujeres, con su capacidad de convocar a la gente y de transmitir la fe, han sido las “catequistas” de nuestros pueblos, y en diversos sectores de nuestras parroquias, se han hecho sentir en su trabajo.

Con todo esto, lo que descubrimos es que la fe popular tiene un gran énfasis catequético, en el sentido en que ha contribuido a la catequesis y la evangelización de la Iglesia. Ha guiado a las personas al encuentro con Dios y con Jesucristo, a celebrar su presencia en los sacramentos, a identificarse con la Iglesia, a sentirse Iglesia de alguna manera, pues tiene el poder de convocar, enseñar, conducir y celebrar la fe, aunque no sea, por el momento, toda una catequesis estructurada o sistemática, que conlleve procesos de maduración de la fe.

Podemos afirmar que la piedad popular es todo un medio de catequesis, presente en el pueblo, en sus diversas manifestaciones, celebraciones, ritos, imágenes, cultura, música, canto y fiestas, elementos que en sí mismos son pedagógicos y mistagógicos, pues llegan a la mente y el corazón de todos los creyentes, y de alguna forma los conducen a la fe.

Ya lo afirma Aparecida: *las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y vía crucis, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia. Destacamos las peregrinaciones, donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino, pues allí el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso, en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera*<sup>15</sup>.

Tomando en consideración esta riqueza catequizadora a lo largo de los años en nuestras familias y comunidades los santuarios son un lugar privilegiado de la fe de nuestro pueblos, que son como focos y centros donde se da esa apertura a la gracia de Dios. Es el lugar donde el Espíritu habla a través del mensaje y de los signos, el

<sup>15</sup> DA. 259.

lugar privilegiado de la vida sacramental, el lugar donde la palabra encuentra un profundo eco en sus corazones; el lugar del encuentro con el Dios vivo que llega a los que más sufren. Por esta razón cuando se celebra, se anuncia y proclama la Palabra nos encontramos con Cristo para ser Discípulos y misioneros.

La catequesis en estos lugares no pretenden suplir la labor de acompañamiento y crecimiento de la fe que deben propiciar las parroquias, aunque hay santuarios que son también comunidades parroquiales y tienen estructurada esta área pastoral, sino que pensando en los peregrinos venidos de muchos otros lugares, encuentren el mensaje que dé esperanza a sus realidades personales y comunitarias.

La configuración de equipos de trabajo para la atención de los peregrinos son clave para responder a sus necesidades. Esto pone de manifiesto la necesidad de generar una estrecha relación en cada signo que se viva y se prepare. Pensemos en la íntima relación de la liturgia y la palabra, es un espacio donde las moniciones, los textos y lógicamente las homilías, deben ser una respuesta a las necesidades de las gentes así como Jesús tuvo compasión hacia ellas. Para que esto se pueda dar requiere una actitud donde se pueda leer el rostro de nuestras gentes, sus vidas, sufrimientos, palabras, sus gestos para poder propiciar en ellos el lugar santo del Encuentro y a su vez ser enviados como discípulos y misioneros.

### **Pautas para la catequesis**

En este sentido, nuestros obispos en el Documento de Puebla afirman que la religión del pueblo debe *ser evangelizada siempre de nuevo. En América Latina, después de 500 años de la predicación del Evangelio y del bautismo generalizado de sus habitantes, esta evangelización ha de apelar a la "memoria cristiana de nuestros pueblos". Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica, reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestros pueblos. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de*



*lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética*<sup>16</sup>.

De allí la necesidad de que la catequesis, aprovechando el conjunto de valores que tiene la fe popular, y pese a sus limitaciones o defectos, catequice la religiosidad popular y la ponga en contacto con la palabra del Evangelio para que sea fecunda, como afirma Aparecida. Esto logrará, poco a poco, liberarla progresivamente de sus defectos, purificarla y consolidarla, haciendo que lo ambiguo se aclare, en especial, en lo referente a los contenidos de fe, esperanza y caridad.

En esta labor catequizadora, el sentido pastoral invita a los pastores y a los catequistas a actuar con gran prudencia, con mucha paciencia, incluso con cierta tolerancia, inspirándose en la metodología que ha seguido la Iglesia a lo largo de la historia, para hacer frente a los problemas de inculturación de la fe cristiana, de la catequesis y de la liturgia, o de las cuestiones de las devociones populares.

En este sentido, el Papa Juan Pablo II, de feliz memoria, en la Carta Encíclica “La catequesis de nuestro tiempo”, afirma al respecto:

*Otra cuestión de método concierne a la valorización, mediante la enseñanza catequética, de los elementos válidos de la piedad popular. Pienso en las devociones que en ciertas regiones practica el pueblo fiel, con un fervor y una rectitud de intención conmovedores, aun cuando en muchos aspectos haya que purificar, o incluso rectificar, la fe en que se apoyan. Pienso en ciertas oraciones fáciles de entender y que tantas gentes sencillas gustan de repetir. Pienso en ciertos actos de piedad, practicados con deseo sincero de hacer penitencia o de agradar al Señor...*

*...En la mayor parte de esas oraciones o de esas prácticas, junto a elementos que se han de eliminar, hay otros que, bien utilizados, podrían servir muy bien para avanzar en el conocimiento de Cristo o de su mensaje: el amor y la misericordia de Dios, la encarnación de Cristo, su cruz redentora y su resurrección, la acción del Espíritu en*

<sup>16</sup> DP. 458



*cada cristiano y en la Iglesia, el misterio del más allá, la práctica de las virtudes evangélicas, la presencia del cristiano en el mundo, etc*<sup>17</sup>.

## **Hacia donde encausar la piedad popular**

En la conclusión del documento de Aparecida, se nos enfatiza que *“¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte*<sup>18</sup>. Por lo tanto, desde los santuarios, se puede potenciar un acercamiento de los valores del evangelio y de los valores de la cultura, a la realidad de nuestros pueblos, la piedad popular es una forma efectiva de evangelizar, es un lenguaje cercano que llega a todos y es comprendido por todos, es sin duda alguna una voz que clama en el desierto para decirnos en verdad que el Amor es más fuerte y que mediante las expresiones comunitarias de la fe, podemos crecer juntos en fidelidad a Jesús, como Camino, Verdad y Vida. El discipulado se construye desde la vida y para la vida.

De igual manera el documento de Aparecida señala cuan necesario es *fortalecer la fe “para afrontar serios retos, pues están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y la identidad católica de sus pueblos”*<sup>19</sup>. No se puede entonces, dar nada por supuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a *“recomenzar desde Cristo”*, a reconocer y seguir su presencia con la misma realidad y novedad. De tal manera que la piedad popular, sobresale nuevamente como una expresión de búsqueda de Cristo, por ello el potenciar estas expresiones, el enriquecerlas y fortalecerlas desde los valores del Evangelio, constituye un reto y una necesidad en cada uno de nuestros países latinoamericanos, esta es una riqueza que no se puede aminorar, todo lo contrario, es una fuerza que se debe potenciar.

<sup>17</sup> CT. 54

<sup>18</sup> DA 548

<sup>19</sup> DI 1



El anuncio del evangelio, debe ser “ *un anuncio misionero que tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad*”<sup>20</sup>, por ello la piedad popular constituye un vehículo eficaz, un medio dinámico y una fuerza evangelizadora que llega a todas las comunidades y toca todas las realidades de vida eclesial latinoamericana, por lo tanto, el vivirla con renovado dinamismo y con una conciencia clara de su valor y de sus capacidad de impacto, hace que cada expresión y devoción sea un momento de gracia para quienes buscan a Cristo con un deseo ferviente de fidelidad y de entrega a su proyecto de vida.

Para ser discípulos y misioneros encarnados en la realidad latinoamericana, es necesario abrirnos a la experiencia religiosa de nuestros pueblos y renovarnos a través de las expresiones de los mismos; la piedad popular es un verdadero legado de amor y de esperanza.

### **Pautas para la catequesis**

En este sentido, nuestros obispos en el Documento de Puebla afirman que la religión del pueblo debe ser *evangelizada siempre de nuevo. En América Latina, después de 500 años de la predicación del Evangelio y del bautismo generalizado de sus habitantes, esta evangelización ha de apelar a la “memoria cristiana de nuestros pueblos”. Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica, reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestros pueblos. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética*<sup>21</sup>.

De allí la necesidad de que la catequesis, aprovechando el conjunto de valores que tiene la fe popular, y pese a sus limitaciones o defectos, catequice la religiosidad popular y la ponga en contacto con la palabra del Evangelio para que sea fecunda, como afirma

<sup>20</sup> DA 550

<sup>21</sup> DP. 458



Aparecida. Esto lograré, poco a poco, liberarla progresivamente de sus defectos, purificarla y consolidarla, haciendo que lo ambiguo se aclare, en especial, en lo referente a los contenidos de fe, esperanza y caridad.

En esta labor catequizadora, el sentido pastoral invita a los pastores y a los catequistas a actuar con gran prudencia, con mucha paciencia, incluso con cierta tolerancia, inspirándose en la metodología que ha seguido la Iglesia a lo largo de la historia, para hacer frente a los problemas de inculturación de la fe cristiana, de la catequesis y de la liturgia, o de las cuestiones de las devociones populares.

### **3. Piedad popular y Liturgia**

Lo primero que tenemos que decir es que una liturgia no puede ser entendida si antes no hemos entendido al pueblo que celebra. De hecho en los Santuarios en su gran mayoría celebran quienes han peregrinado y se han hecho conocer como pueblo de Dios. Al llegar se celebra el gozo de sentirse caminando junto a otros hermanos y se hace por medio de muchos signos festivos. La religiosidad popular expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios, es la experiencia del amor de Dios y no del simple estudio o de un conocimiento teórico.

Al hablar de la evangelización de la cultura en general y muy particularmente de evangelizar la religiosidad popular es importante recordar que ya el Concilio Vaticano II había hablado de la Liturgia como norma suprema a la cual la piedad popular debe someterse. Es decir, la religiosidad popular no debe contener elemento alguno que contradiga los fundamentos de la Liturgia; y aunque haya cierta diversidad entre las formas de expresión propias de uno y otro ámbito, es muy importante hacer que la piedad popular armonice con el espíritu que se vive en la Liturgia.

Siendo la liturgia un espacio en el que se construye y aprende la eclesialidad, las manifestaciones de religiosidad popular tendrían que ser una clara ayuda en este sentido: no deben propiciar de ninguna manera ningún tipo de sentimiento que sea contrario a la fe o al sentir de la Iglesia. Por eso, la piedad popular debe evitar alimentarse



de las diversas manifestaciones propias del mundo protestante y sus derivaciones pentecostales. No sólo para suprimir cualquier infiltración de doctrina dañina, sino también para evitar familiaridades mal encausadas y acrílicas, con las cuales los fieles podrían correr el riesgo de una cierta predisposición hacia estas falsas verdades.

Al contrario de esto, la religiosidad popular debe enseñar a los fieles a vivir al ritmo de la Iglesia, siendo capaz de encontrar las expresiones que sean más acordes a la faceta del Misterio de Cristo que pueda estarse meditando en un determinado momento: la piedad popular debe seguir el ritmo según la lógica del año litúrgico, pero no por ello llegar al menosprecio, al que en otros momentos se ha caído, cuando nuestras gentes sencillas no han sido catequizadas. *"No son dos mundos separados. La misma tradición litúrgica de la Iglesia tiene muchas expresiones cuyas raíces brotan de la tradición popular, y la historia de la liturgia la experiencia de unidad en los primeros siglos"*<sup>22</sup>

La liturgia es un culto de alabanza al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo; la Virgen María y los santos tienen su lugar bien definido, nunca confundido con el que le corresponde a Dios. En la religiosidad popular es igualmente importante evitar cualquier tipo de confusión en este sentido. La imagen de María y de los santos, tan importantes para la Iglesia, nunca deben ocupar el papel que sólo le corresponde al Señor; y esto debe de cuidarse hasta en los más pequeños detalles a través de los cuales se expresa la piedad popular.

En una adecuada comprensión de la liturgia, se supera completamente el sentido mágico de manipulación de Dios según el cual la persona determinaría el actuar del Señor gracias a la observancia de una serie de gestos, palabras y requisitos. De manera análoga, la religiosidad popular debe alejarse de cualquier forma que pueda dar pie a una comprensión mágica de la religión. El tema de los milagros requiere -en ese sentido- un tratamiento cuidadoso y de gran espíritu crítico; sobre todo para garantizar que, aun cuando se esté en presencia de verdaderos hechos taumatúrgicos, la fe nunca tenga esos hechos maravillosos como asidero.

<sup>22</sup> Ordenes Marcos A, *Piedad Popular, A la luz de Aparecida*, CELAM 2008 p.46



Teniendo en consideración lo anterior, tendríamos que decir, además, que la piedad popular es un testimonio de la fe de la gente sencilla de corazón, expresada de forma directa y expresando su fe sin pretender abarcar todo su contenido. Todas estas manifestaciones se hacen sensibles, corporales, y visibles y evidencian el deseo interior de los fieles de expresar su pertenencia a Cristo. Por tanto, la liturgia no elimina las demás formas legítimas de expresión de la fe en Cristo. Al mirar las expresiones auténticas de piedad popular estas están íntimamente unidas a los misterios de fe cristiana, incluso existiendo elementos exteriores. En todo caso, es de suma importancia el poder ayudar a los peregrinos en sus expresiones de piedad popular a que vuelvan a descubrir la unión de creer y vivir en Cristo.

Sería un gran error pretender que la piedad popular sea el centro del misterio, más bien debemos afirmar que tiene como quehacer abrir el corazón, disponer el espíritu a recibir la gracia divina de una manera más plena en la celebración litúrgica del misterio de Cristo.

#### **4. Signos de acogida en los Santuarios**

Antes de interiorizar en estos signos es necesario conceptualizar el término acogida, no solamente como un concepto frío sino como una experiencia de vida. Partiendo de la misma antropología, se reconoce la importancia de que el ser humano sea acogido por la madre en el vientre, no sólo biológicamente sino afectivamente, de igual manera es trascendental la acogida que le brinden la familia en el hogar, los maestros en la escuela, los compañeros en su ámbito de estudio o de trabajo, se puede afirmar entonces que la vida humana es una secuencia de experiencias de acogida, que cuando se ven violentadas o relegadas, traen heridas que lesionan al ser humano en su interioridad más profunda.

De igual manera si se acude a la Sagrada Escritura como fuente de las fuentes, se puede encontrar diferentes pasajes bíblicos donde Dios mismo se presenta como un Dios que acoge al ser humano en toda su integralidad, mucho más si se toma como referencia el Nuevo Testamento; específicamente en los Evangelios se contempla un Dios hecho Hombre que se acercó a los seres humanos para acogerlos y dignificarlos en su valor más intrínseco: Ser Hijos de Dios. De tal



manera la persona misma de Jesús nos enseña la importancia de acoger al otro como un don del Padre; solamente con repasar cada uno de los milagros de Jesús, sus predicaciones y sus parábolas, se descubre un itinerario de acogida, de respeto y de lectura de las necesidades de quienes se acercan a Él, buscando sentirse reconocidos, aceptados y valorados por Aquel que es signo de la presencia de Dios en medio del pueblo. Por ejemplo en la multiplicación de los panes ( Cfr. Marcos 8,1-10) Jesús nos da una lección de cómo interpretar las necesidades y las carencias de los otros, con el fin de acogerlos y dar una respuesta a su realidad, pues Jesús expresa “ *me da lástima esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen nada qué comer*” ( v.2) , reconoce en primer lugar la fidelidad del pueblo, pues han estado con El, han hecho experiencia de vida junto a Él, le siguen porque una atracción divina los conduce y sin duda alguna porque sus palabras han tocado sus vidas, sus realidades y sus necesidades; no han estado ahí como espectadores sino como protagonistas, se han dejado seducir por las palabras de acogida del maestro y por sus gestos de bondad y de ternura, pues Jesús siempre que se acercó a una persona, dejó huella indeleble en su vidas.

Un aspecto de gran relevancia en Jesús, es que no solamente acogió a los que se acercaron a Él, sino salió al encuentro de las necesidades de sus hermanos, para convertirse en un signo de paz y de verdad, en muchos momentos los evangelios citan que “*Jesús partió de allí y se fue a la otra orilla*” ( Mateo 15,29), es decir se acerca a las personas para hacerles vivir una experiencia de Dios que transformará sus vidas, venciendo incluso prejuicios de la sociedad o de sus mismos seguidores, tal es el caso de la curación de dos ciegos al salir de Jericó ( Cfr.Mateo 20, 29-34), los cuales gritaban pidiendo su ayuda y la gente que seguía a Jesús les callaba, pero Él “ se detuvo, los llamó y les preguntó: ¿qué queréis que haga por vosotros?, el detenerse es acoger al hermano, llamarlo es darle su lugar, es decir reconocerlo como persona y preguntarle por sus necesidades es valorar su realidad y comprometerse en la superación de su limitación.

Jesús es maestro de acogida, por lo tanto al pensar en los Santuarios como lugares de acogida, es necesario acudir a Él, para descubrir cómo tratar al hermano, cómo servirle y cómo valorarle. No cabe la menor duda que la expresión comunitaria de la fe enri-

quece a la Iglesia, es su fuerza y da solidez a toda espiritualidad; ser creyente y ser comunidad son realidades que están concatenadas, sin posibilidad de dividir las, de ahí que cuando un Santuario se convierte en lugar de encuentro y de expresión de la religiosidad de un pueblo o de una comunidad, debe por lo tanto propiciar todos los medios para que las personas se sientan acogidas por Dios y por los hermanos.

¿Cómo concretizar los signos de acogida en una Pastoral de Santuario?. Este reto supone la organización de equipos de servidores que utilizando los signos propios de la liturgia, puedan hacer de cada celebración una fiesta de fraternidad, es así como la eucaristía, la confesión, la visita al santísimo o la oración mariana deben tener como base un contacto humano, una acogida fraterna, es decir una relación interpersonal que evidencie cómo actúa Dios a través de sus discípulos y misioneros.

De tal manera que un Santuario debe tener un área específica que potencie los signos de acogida, que se sensibilice ante las necesidades de quienes llegan a este lugar en búsqueda de una esperanza que aliente sus vidas, por lo tanto la organización pastoral debe tener en cuenta que cada persona es un don de Dios, por lo tanto si se trata de la liturgia eucarística debe potenciarse al máximo en ella la acogida al hermano, en el saludo afectuoso, en las moniciones, en la interrelación como comunidad eucarística, en el abrazo y saludo fraterno de la paz, en el hecho de contar con personas que reciban en el templo a los peregrinos, les den la bienvenida y les reconozcan su esfuerzo y sacrificio por llegar hasta el Santuario, de igual manera el despedirles tanto el sacerdote como los ministros de acogida; la idea es que cada persona que llegue al Santuario salga renovada no sólo a nivel espiritual sino también en su dimensión humana, sintiéndose valorado, reconocido y acogido.

Otro aspecto de gran importancia es la estética, la decoración, la ambientación que se encuentra en el Santuario; elementos ciertamente externos, pero que deben acondicionarse o disponerse de manera que en sí mismo el Santuario sea un lugar que invite a “quedarse”, que sensibilice a la oración, que hable externamente de realidades espirituales que se anhelan al culminar una peregrinación.



En síntesis la acogida es más que un saludo, es una actitud de vida, es una expresión de espiritualidad, es una opción por Jesús mismo que está vivo en cada una de las personas que acuden a un Santuario en búsqueda de fortaleza interior, es ante todo una relación que se establece entre los creyentes y que parte de signos externos, realidades humanas o gestos espontáneos, que el mismo Jesús exaltó en su relación con los demás y que por lo tanto es compromiso de todos el hacerlos realidad en nuestro mundo de hoy y no cabe la menor duda que los Santuarios son lugares privilegiados donde se puede hacer experiencia de acogida y de fraternidad.

## 5. Signos de solidaridad en los santuarios

La solidaridad se ha entendido erróneamente como un simple “dar”; muchos coinciden en la idea de que con esto se ha mutilado la solidaridad de su esencia misma, pues más que dar es un “darse”, no puede concebirse desde la perspectiva cristiana un Santuario que no sea signo elocuente de solidaridad, pues si acudimos al fundamento cristológico de los mismos, nos encontramos un Jesús totalmente comprometido con la dignificación del ser humano, entregado por completo a la ayuda de los más necesitados, no sólo a nivel material, sino espiritual y afectivamente.

Son muchos los momentos en los cuales Jesús reconoce las necesidades de quienes se acercan a él, por ejemplo en Marcos 10, 46-52, el ciego Bartimeo grita suplicándole a Jesús que se acerque a él y la pregunta es clara: ¿Qué quieres que haga por ti?; recibe no solamente una sanación física sino espiritual, emprende un camino de seguimiento que toca su vida y le hace discípulo; queda en evidencia que más allá de lo externo, Jesús lee las necesidades interiores de quienes se acercan a él en busca de ayuda.

Al enfatizar la misión de un Santuario, es evidente que éstos deben ser lugares de solidaridad, es decir espacios donde las personas sientan que al llegar ahí pueden depositar en manos de Dios todas sus necesidades con la confianza plena de que Dios mismo atiende a sus súplicas. Es importante recordar que un alto porcentaje de las personas que acuden a los Santuarios son gente humilde, sencilla y sufriente que añora una vida mejor, que desea liberarse de ataduras



como la enfermedad, el desempleo, el hambre o la pobreza y que encuentran en la expresión comunitaria de la fe un medio de fortalecimiento espiritual, por lo tanto qué importante es que un Santuario se comprometa en realidad con la labor social, de tal manera que la pastoral del santuario contemple una dimensión solidaria que vaya más allá de un asistencialismo y realmente se convierta en un espacio de comunión y de compromiso con el dolor y las necesidades del hermano.

De igual manera surge la pregunta ¿Cómo concretizar esto en la realidad pastoral de un Santuario? No cabe la menor duda de que en esta área específica serían dos las vertientes a trabajar, en primer lugar las acciones en la cotidianidad del santuario, donde desde la oración, del ambiente de acogida y de la vivencia litúrgica el pobre se sienta, reconocido y valorado, propiciando espacios de encuentro con un Dios Solidario que acoge el dolor y lo dignifica como ser humano; de ésta forma los equipos de trabajo pastoral del santuario deben ser especialistas en la vivencia de la fraternidad y de la acogida del pobre y necesitado, teniendo presente que en ellos el dolor del Cristo Crucificado se prolonga y por lo tanto merece de nuestra parte un compromiso firme al pie de la Cruz, como María, Juan o el Cirineo. En segundo lugar debe existir una organización específica de la pastoral social del santuario, de manera que de forma sistematizada este se convierta en un lugar privilegiado de Caridad y de compromiso social, abriendo espacios donde la comunidad pueda poner en común sus bienes, no sólo materiales, sino espirituales, humanos y profesionales. Cuán importante es recordar el imperativo del Apóstol Santiago “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? (Santiago 2, 14).

**ITEPAL te ofrece el diplomado en**

28 SEPTIEMBRE  
20 NOVIEMBRE  
DE 2009



# Misionología

Para estudiar los fundamentos teológicos y espirituales de la praxis misionera de la iglesia para fortalecer la misión permanente en América Latina y el Caribe a la luz de Aparecida.

**Módulo I: pastoral misionera**  
**Módulo II: misión continental**

**Para inscripciones, costos y mayores informes:**

Av. Boyacá No. 169D-75 Bogotá, D.C. – Colombia  
Teléfonos: (57-1) 667 00 50; 667 01 10; 667 01 20 (Ext. 503)  
Fax: (57-1) 677 65 21

Correo electrónico: [itepal@celam.org](mailto:itepal@celam.org)  
Web-site: <http://www.celam.org/itepal>





## Piedad popular: de Medellín a Aparecida

Noel Londoño, CSsR \*

### Sumario

El presente artículo quiere poner de relieve la manera como las cuatro sucesivas Conferencias Generales del CELAM han entendido y presentado la piedad popular en sus documentos finales. Se destacan siete ítems de estudio: La terminología y el concepto de religiosidad o piedad popular; los criterios de interpretación; los valores y deficiencias de la piedad popular; la acción pastoral y las recomendaciones que trazan los documentos.

**Palabras clave:** *Religiosidad Popular, Piedad Popular, Conferencias Generales, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida.*

\* Misionero Redentorista. Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Ha sido profesor de teología y miembro del Consejo General de los Redentoristas en Roma. En la actualidad es Rector del santuario del Señor de los Milagros de Buga, y Presidente de la Federación de Santuarios de Colombia, FESANCOL. Dirección: Carrera 14 N° 3-62 / Buga, Valle / Colombia. Email: noellondono@yahoo.com



## Sumário

O presente artigo quer colocar em destaque a maneira como as quatro sucessivas Conferências Gerais do CELAM compreenderam e apresentaram a piedade popular em seus documentos finais. Destacam-se sete itens de estudo: A terminologia e o conceito de religiosidade ou piedade popular; os critérios de interpretação; os valores e deficiências da piedade popular; a ação pastoral e as recomendações que traçam os documentos.

**Palavras chaves:** *Religiosidade popular, Piedade popular, Conferências Gerais, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida.*

## Introducción

**E**l tema de la piedad popular en los documentos de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano (CELAM) puede estudiarse de diversas maneras, todas válidas y complementarias. Tanto el análisis de la creación de los textos (en los documentos preparatorios) y sus posibles fuentes, así como la comparación entre ellos y con otros documentos del magisterio eclesial son tareas iniciadas y en gran parte por hacer.<sup>1</sup> Puede incluso ser un buen proyecto de estudio teórico-práctico el mirar la recepción de los textos y doctrina en la vida concreta de las diversas comunidades cristianas del Continente.

Aquí nos limitamos a mirar los textos tal como aparecen en los documentos finales de Medellín (Apartado 6), Puebla (números 444-469), Santo Domingo (36. 39. 247) y Aparecida (258-265), con el interés de poner de relieve la manera de tratar el tema de la piedad popular y los acentos que se van dando progresivamente.

Porque el lenguaje no ha sido siempre uniforme (creencias y prácticas cristianas, religiosidad popular, catolicismo popular, religión del pueblo, piedad popular), aquí preferimos hablar de *piedad popular* en las comunidades cristianas y entendida como “el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, las actitudes básicas que de estas

<sup>1</sup> Cfr. Labarga García, Fermin, “La Religiosidad Popular”, capítulo 6 del libro: Joseph-Ignasi SARANYANA (dir), *Teología en América Latina, volumen III, El siglo de las teologías latinoamericanistas (1899-2001)*, Frankfurt-Madrid, Editorial Vervuert-Iberoamericana 1999 (pp. 393-441); también: LYDON, Juan J., “Aparecida y la religiosidad popular; cumbre de una reflexión”, en *Medellín* 132 (2007) 538-549.



convicciones se derivan y las expresiones que las manifiestan” (P 444), dejando la expresión *religiosidad popular* para indicar algo más amplio como es la búsqueda de lo sagrado por parte de los seres humanos, cualquiera que sea la tradición religiosa que allí se refleja.<sup>2</sup>

## 1. Terminología y contenido

Medellín	Puebla	Santo Domingo	Aparecida
Religiosidad Popular	Religión del pueblo, religiosidad popular, Piedad popular, Catolicismo popular, Sapiencia popular	Religiosidad popular	Religiosidad popular – (Religión del pueblo y catolicismo popular) – Piedad popular – Mística popular
Religiosidad de tipo cósmico y utilitario	Hondas creencias que conllevan actitudes básicas y se manifiestan en expresiones religiosas	No son sólo expresiones religiosas, sino también valores, criterios, conductas, actitudes	Una manera de expresar la fe que está presente de diversas formas en todos los sectores sociales – Se evidencia en fiestas, rezos, procesiones, romerías...

El mero hecho de mirar el espacio dedicado al tema de la piedad popular en los cuatro documentos refleja también las preocupaciones y urgencias que había en los diversos momentos históricos dentro de la comunidad eclesial. También el contexto social y el ámbito utilizado para realizar la Conferencia dejan su marca en los documentos: una cosa fue la preocupación social del 68 y otra el ambiente de tensión cultural expresado en el Quinto centenario; una cosa fue la necesidad

<sup>2</sup> Ya Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* (n. 48) prefiere la expresión “piedad popular”.

de precisión doctrinal en los años setenta, reunidos en el seminario de Puebla, y otra cosa distinta el desafío kerigmático del nuevo milenio y realizar la asamblea en un santuario. Por eso, no hay que extrañarse de que en cuanto a la piedad popular el más receloso sea Medellín y el más positivo Aparecida; el más amplio sea Puebla y el más modesto Santo Domingo. Se puede decir que Medellín es austero, Puebla es detallado, Santo Domingo es lacónico y Aparecida es entusiasta.

## 2. Criterios de interpretación

Medellín	Puebla	Santo Domingo	Aparecida
Desde el significado que tiene para el pueblo – Puede ser balbuceo de una auténtica religiosidad	Desde la “memoria cristiana de nuestros pueblos”. - Conocer los símbolos y el lenguaje no verbal. - Las élites y militantes (cristianos) deben mirarla con respeto.	Como expresión privilegiada de la inculturación de la fe	No es una espiritualidad de masas ni vida cristiana de segunda – Es una manera legítima de vivir la fe, sentirse parte de la Iglesia y ser misioneros – Es parte de una ‘originalidad histórica cultural’ - Es espiritualidad popular

Los diversos documentos trazan algunos criterios hermenéuticos frente a la piedad popular. Ya desde Medellín se insiste en una interpretación desde dentro, desde el significado que tiene para el mismo pueblo, aunque este modo de lectura sólo sea de veras evidente en el documento de Aparecida.

Otro elemento hermenéutico propio de Aparecida es mirar la piedad popular desde la perspectiva de la espiritualidad, descubriendo en ella una mística popular.



### 3. Valores y deficiencias

Medellin	Puebla	Santo Domingo	Aparecida
Reserva de virtudes – Puede tener gérmenes de un llamado de Dios	Es identidad cultural que se simboliza en el rostro mestizo de María – Humanismo cristiano que afirma la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad y proporciona las razones para la alegría – Sapiencia popular católica capaz de síntesis vital (y con rasgos contemplativos P 413).- Capacidad de expresar la fe de forma comunitaria y en un lenguaje total, que supera los racionalismos – Capacidad de sufrimiento y heroísmo	Inmensos valores – Admirables ejemplos de vida cristiana – vivencias cristianas enraizadas en el evangelio	Precioso tesoro de la Iglesia católica – Imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda - Intenso sentido de trascendencia y verdadera experiencia de amor teologal – Espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos



Medellín	Puebla	Santo Domingo	Aparecida
Expresiones deformadas y mezcladas – Prácticas mágicas y supersticiosas - Sin relación con la conducta moral – vida cultural casi nula – escasa adhesión a la organización eclesial	Deficiente – Muestra signos de desgaste y deformación – Superstición, magia, fatalismo, fetichismo y ritualismo - Aparecen sustitutos aberrantes y sincretismos regresivos – Amenazada por corrientes apocalípticas	Incumplimiento de los deberes cristianos y desconocimiento de la doctrina – No está purificada de elementos ajenos a la auténtica fe cristiana ni lleva siempre a la adhesión personal a Cristo muerto y resucitado	(Es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda) – Hay que evangelizarla y purificarla

#### 4. Acción pastoral y recomendaciones

Medellín	Puebla	Santo Domingo	Aparecida
Incorporar vitalmente a quienes viven esta religiosidad – Descubrir allí la secreta presencia de Dios, no romper la caña quebrada	Debe ser evangelizada siempre de nuevo – Pedagogía pastoral que asuma, purifique, complete y dinamice – Esto exige de los agentes de evangelización amor y cercanía, prudencia y firmeza, constancia y audacia	Purificarla de sus posibles limitaciones y desviaciones para que encuentre su lugar propio en nuestras iglesias y en su acción pastoral - Orientarla hacia la conversión, especialmente en los santuarios	Hay que evangelizarla o purificarla – el discípulo misionero debe ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables



Medellin	Puebla	Santo Domingo	Aparecida
<p>– No suponer la existencia de la fe detrás de cualquier expresión religiosa ni negar el carácter de verdadera adhesión creyente y de participación eclesial</p>	<p>- Evangelizar y catequizar adecuadamente a las grandes mayorías que viven un catolicismo popular debilitado</p>		
<p>Que se realicen estudios serios y sistemáticos sobre la religiosidad popular y sus manifestaciones          – Que se impregnen las manifestaciones populares de la palabra evangélica</p>	<p>Que se revisen las espiritualidades, actitudes y tácticas de las élites de la Iglesia con respecto a la religiosidad popular          – Adelantar una planificada transformación de los santuarios para que puedan ser lugares privilegiados de evangelización          – Favorecer la mutua fecundación entre liturgia y piedad popular          – Reformular y reacentuar de modo nuevo la religiosidad popular en contexto urbano</p>	<p>Que se continúen los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos</p>	<p>Promoverla y protegerla</p>

En el fondo, Medellín y Puebla tienen como interlocutor principal las élites cristianas y a ellas les piden entender la piedad popular y orientarla. Aparecida hace una lectura más desde la realidad orante de los creyentes, en especial de quienes peregrinan a los santuarios, y desde allí invita a la conversión a todos los discípulos y misioneros.

## 5. Algunas conclusiones

- En todos los textos hay una actitud positiva hacia la piedad popular, aunque es creciente una aceptación más amplia y con menos prejuicios.
- También es común la relación que se descubre entre religiosidad del pueblo y camino de liberación en la justicia y la paz.
- Paulatinamente se descubre la piedad popular como una fuerza evangelizadora en sí misma y como una vida en el Espíritu, que dinamiza y da sentido a los gestos y palabras del pueblo orante.
- La propuesta de Santo Domingo para entender la religiosidad popular como expresión de la “inculturación de la fe” encuentra en Aparecida su complemento al reconocerla como elemento clave de la “originalidad histórica cultural”.
- Desde Medellín hasta Aparecida la piedad popular va pasando de ser vista como “menor de edad” a una adultez en la fe y en la vivencia cristiana.

